

¡QUÉ POCA

MAD... ERA!

**DE
JOSÉ
SANTOS
VALDÉS**

Por PRUDENCIO GODINES Jr.

PRUDENCIO GODINES, JR.

Prudencio Godines, Jr.

¡QUÉ POCA MAD... ERA

LA DE JOSE SANTOS VALDES!

2ª EDICION

MEXICO, D. F.
1968

© DERECHOS RESERVADOS

Impreso en México
Printed in Mexico

PROLOGO

Al fin, he recobrado la razón.

Veintisiete años de mi vida los pasé en ese manicomio increíble que se llama comunismo internacional. Muy niño entré, y ahora que peino canas en mi rala cabellera, pienso que viví en la penumbra odiosa de la locura. Por eso, en esta hora que golpea las cabezas de los mexicanos, se convierte en cómplice cualquier silencio sobre las maniobras del comunismo; sobre sus instrumentos; sobre sus máscaras; y sobre sus métodos de subrepción.

Cuando es más potente el propósito de transformar a México en la papilla sanguinolienta en que se ha convertido a millones de chinos, de africanos, de coreanos, de vietnamitas y de cubanos, se vuelve imperativo entregar un testimonio veraz, del que da fe cumplida mi larga, dolorosa y desesperada existencia; y que puede ayudar a entender con más lucidez el sistema político que pretende sojuzgarnos.

Este libro es un testimonio, no un tratado anti rojo.

Es la crónica de hechos, acciones, planes y maniobras que me tocó asistir como comparsa pasivo unas veces; como espectador o como actor, en otras; y siempre como testigo. ¡Yo estuve en Madera, Chihuahua, aquella trágica madrugada de septiembre! Soy de los pocos que se salvaron de la matanza, aunque no de las balas de los soldados. Mi cuerpo está perforado en varios sitios. Casi moribundo me rescataron tres camaradas, también heridos, aunque no tanto como yo.

Si fue horrible aquel largo momento de dos horas y media en que luchamos diecisiete hombres inexpertos en las artes de la guerra contra ciento veinticinco soldados bien armados y entrenados, más horrible, más espantosa y abominable fue la traición de que fuimos objeto, pues fue sólo una trampa que nos pusieron quienes organizaron con fines de propaganda ese crimen colectivo.

Soy el testigo que muchos quisieran que no viviera. Sé mucho, y lo voy a decir. Soy un muerto que ha salido de la tumba para denunciar a los asesinos.

Escogí como rubro de este libro "¡QUE POCA MAD... ERA de José Santos Valdés!" en respuesta al que acaba de publicar con el solo título de "Madera"; en el que a su modo relata las cosas y las enfoca para que dentro de poco tiempo se considere el combate como una réplica del ataque al cuartel de Moncada que abrió los titulares de los periódicos al nombre de Fidel Castro Ruz y bautizó a su grupo como "Movimiento 26 de Julio".

Sin testigos a la vista (al fin los muertos no hablan ni muerden) es fácil relatar una historia al gusto de quienes la pagan y la ordenan, y que son los que manejan y dirigen el comunismo internacional. Por eso pienso que para José Santos Valdés, Víctor Rico Galán, Estrada Villa, y otros cuyos nombres aparecerán en páginas posteriores, no hay sol que les caliente pues saben que voy a hablar claro, sin ambages, y que a las cosas y personas las llamaré por su nombre.

¡Soy el muerto que ha vuelto de su tumba —repito—, para denunciar a los bellacos que nos mandaron al matadero!

Sin compararme a Jan Valtin, ni al peruano Eudocio Ravines que llegaron a grandes figuras del Comintern, dentro de mi insignificancia formé en diversas delegaciones y también fui becado a la URSS donde me entre-

naron en tácticas y sistemas, y desempeñé comisiones en otros países.

Por eso, a la manera de Ravines, digo que lo que aquí entrego es mi sincera confesión humana, sin que por ello se trate de un drama personal ni sólo una protesta aislada. Si alguna virtud llega a tener este testimonio, es la de ser unívoco. Son millares y millones de existencias que han soportado análoga quiebra; es la tragedia minúscula y oscura de hombres y mujeres anhelosos de una vida mejor para sus pueblos, que fueron traslumbrados por el reverbero de la Revolución Rusa, seducidos por el vigor de la crítica marxista, y por el patetismo del encendido mensaje comunista y de millares de creyentes, que vieron transformados sus sacrificios y su fe, en estiércol del cultivo de una dictadura, que no es la de clase alguna, sino la de un clan terrorista, policiaco y belicista. Es el testimonio que interpreta un momento del drama de millares de existencias que se acercaron alborozadas al comunismo, y que han sido estafadas con ludibrio y con crueldad.

Escribo este libro tras de haber cruzado una desgarrante y sombría tempestad de vacilaciones. La fe que fue honda no sólo muere despacio, sino que se niega a morir: su agonía es muy larga y se llena con un rosario de catalepsias intermitentes. Alejado de las filas comunistas, siempre esperé el milagro de que el comunismo en Rusia, en China, en Bulgaria, en Albania, en Cuba y en otras partes se convirtiera en democracia proletaria, en factor auténtico de paz para los pueblos; que las proclamas pacifistas, primero de Stalin, después de Kruschev, y ahora de Leonides Breznev, saliesen de la mera fórmula para inaugurar de veras una colaboración humana entre capitalismo y soviétismo; que, en fin, el cheque sin fondos de esta gran estafa fuese cubierto en beneficio de los trabajadores del mundo.

Dos hechos macizos y tercios, concordes en todo con

la siniestra política que ya conocía, vinieron a crucificar mi postrera esperanza y a nihilizar los vestigios de mi fe. Uno de ellos, el ataque al cuartel de Ciudad Madera, en Chihuahua; y el otro, el escandaloso fracaso sin remedio de Fidel Castro en Cuba. Todo lo vi, todo lo observé, todo lo estudié a la luz de mis conocimientos marxistas, y todo lo constaté porque en la que fue Perla de las Antillas pasé mi convalecencia y rehabilitación a causa de las heridas que sufrí en Madera aquella infernal madrugada.

Después de eso, ya no quise esperar más. Decidí enderezar el rumbo de la nave de mi vida, y hablar claro, decir la verdad; sobre todo, cuando con asombro leí eso que escribió José Santos Valdés y que llamó a secas "Madera". Ya no pude más, y aquí estoy.

Retrocederé a mi infancia comunista, y luego contaré cómo se preparó el ataque al cuartel de Madera, dónde se incubó, todos y quiénes participaron, para rematar con el relato de la infame traición de que fuimos objeto quienes abrimos fuego contra los soldados que al toque militar correspondiente, iban a desayunar.

Era estudiante de secundaria —de la 4, que se llamaba "Josué Sáenz" y que está en la Ribera de San Cosme— cuando me enviaron a capacitar a Rusia. Acababa de pasar la furia nazi. Por eso presencié la traidora invasión de Checoslovaquia; la degenerada traición de Gotwald hacia un régimen progresista y avanzado, hacia una nación de la que Rusia no tenía que temer; traición hacia el Presidente Benes, amigo del Soviet y amigo de Stalin; traición repugnante con la imposición de un ignominioso "suicidio" de Jan Masaryk, amigo fervoroso del partido comunista, amigo de Rusia, amigo de Stalin, amigo de Gotwald.

(Ahora, otra vez las divisiones rojas del Soviet invaden a la Checoslovaquia que se está liberalizando. Por eso mi recuerdo de lo ocurrido hace una veintena de años fulge con claridad de mediodía).

Estaba yo en el "paraíso rojo" cuando se produjo la carga de odio lanzada, con la espuma en la boca, contra el régimen de Tito, insumiso a la yugulación rusa, rebelde al saqueo y a la rapacidad del sovietismo. Todo su crimen ideológico, toda su traición política residen en haberse resistido a que se hambreada a los yugoslavos para que la casta dominante rusa pudiese vivir mejor.

(Igual que ahora pasa en Checoslovaquia).

Con Ravines repito como si fuera una letanía, que yo tampoco denuncié al comunismo desde un ángulo liberal, ni desde el punto de vista de los derechos humanos, o desde las plataformas que defienden los derechos ciudadanos, porque eso sería un enjuiciamiento parcial que es tío sobrepasado por los hechos actuales. Lo denuncié, enfocándolo dentro de su terreno propio, como estafa a los principios que le dieron origen, como traición a la doctrina que le sirve de bandera para encubrir sus contrabandos de mentiras; no es estafa a los que creen en la bienaventuranza del capitalismo, sino estafa a los que creemos en la redención del hombre, a los que nos hemos batido por la liberación de los oprimidos, a los que hemos soportado hambre, persecuciones, torturas, prisiones, a los que hemos vivido "el tiempo del desprecio" por buscar la elevación humana y por redimir a los más menesterosos de redención.

Tal estafa no es producto de la perfidia de un dirigente malvado, o de la ambiciosa crueldad de un clan dueño del poder. Es la consecuencia inexorable de sistemas y métodos, de dogmas inhumanos que no pueden ser abandonados, de condiciones económicas, políticas y sociales que los dirigentes comunistas no pueden suavizar, ni modificar, ya que ello implicaría su caída. Para no caer, están obligados a marchar sobre cadáveres, a golpear sin piedad sobre todo lo que se les resiste; y por último, a lanzar a los pueblos a la hoguera del achicharramiento atómico. Es por esta esencia que el comunismo se ha vuelto la guerra. La dialéctica marxista ha sido convertida en saqueo y de-

gradación de Hegel, en racionalismo dogmático, dúctil para la justificación cínica de todos los oportunismos. De ágil concepción idealista, ha sido degradada por el sovietismo y por Mao y por Fidel y por todos, a la jerarquía podrida de filosofía del engaño, a la vez que de engaño de la filosofía.

La doctrina ha sido convertida en guiñapo; en viscoso contenido que se amolda a cualquier forma; en ropaje que se arregla para vestir en cualquiera hora y circunstancia los hechos consumados o los actos ejecutados por los jercas totalitarios. A la libre discusión dentro del partido ha sucedido el acatamiento indecoroso, la imposición terrorista, la servidumbre espiritual impuesta por el hambre, por amenaza, por dádiva, por terror; terror al campo de concentración, a la prisión de los parientes, o al tiro en la nuca, o frente al pelotón de ejecución.

La clase obrera ha sido suplantada por el clan imperante; el obrero no puede sino designar como sus representantes a los que han sido ya designados por el clan; los congresos del partido han sido abrogados; la libertad de todo género, dentro de la esfera de la realización revolucionaria, ha sido aniquilada hasta un lindero que es regreso histórico cercano a las teocracias.

Los manantiales de cultura han sido secados; la policía tiene racionado y encasillado al pensamiento; el arte es negocio de propagandistas; la creación espiritual de todo orden, asunto bajo la jurisdicción del servicio secreto; y el campo del espíritu, es lo más vecino al campo de concentración y al alambrado de púas. La rebeldía justa, la insurgencia fecunda contra la rapacidad imperialista de los conquistadores colonialistas, y de los trust internacionales, han sido utilizadas para imponer un tipo de conquista que se denomina con el sarcástico eufemismo de "liberación" (Movimiento de Liberación Nacional) y que consiste en la trituración despiadada, en el saqueo implacable, en la rapiña vandálica de los desventurados pueblos que han

sufrido la inmensa desgracia de haber sido "liberados" por el Kremlin.

Esa putrefacta y degradada realidad no es asequible al hombre común y corriente de nuestro México; ni es fácil de ser mostrada en toda su impúdica objetividad, porque ella se oculta y es ocultada tras de tupida brumazón de críticas válidas, de paradisiacas promesas, de augustas y venerables palabras. Por ello, la lucha es difícil, terca y áspera. Y para hacerla convincente y fecunda es preciso que el mensaje democrático tenga potencial para ganar el corazón de las gentes, para inspirarles fe y confianza, si no en su realidad actual, por lo menos en su posibilidad inmediata.

En América Latina ese potencial no lo tienen las andrajosas dictaduras que padecen diversos pueblos. Dictaduras filisteas, sin principios y sin ética alguna, que en muchos casos, con abominable inconsciencia y criminal irresponsabilidad otorgan auxilios, subvenciones y posiciones políticas y sociales a los altos comandos del quinta columnismo rojo, en sus respectivos países.

La privación de la libertad, la ominosa restricción de los derechos humanos, la envilecida limitación de los derechos civiles, la imposición demagógica o violenta de gobiernos de fuerza, es realidad dramática en muchas repúblicas centro y sudamericanas; y es, al propio tiempo, campo de gravitación que acarrea militantes y combatientes para la quinta columna del comunismo internacional.

O las dictaduras de América Latina dejan libre paso a la vida democrática y decente, o la vasta y tenebrosa campaña soviética minará la entrada misma de América y abrirá brechas que, si son cerradas más tarde, han de serlo con montañas y torrentes de vidas jóvenes, y en horas de angustia suprema para el mundo libre.

Por eso en México no ha podido pegar, cuajar, ni hacer roncha el comunismo. La Revolución Mexicana satisface por entero a todas las clases sociales; y es humana,

es libertaria, y tiene una apreciable interpretación de los gobiernos que han emanado de ella. Aquí en México, los comunistas hemos fracasado rotundamente.

No pudimos —ni podrán los que siguen empecinados en el error— hacer que el pueblo acepte cambiar pastel por tortilla dura. El pastel es la Revolución Mexicana; y la tortilla dura, es el comunismo.

* * *

José Santos Valdés llena muchas páginas de "Madera" con cifras respecto a la situación de Chihuahua pues está empeñado en presentarla como un infierno, como lo peor que hay sobre la tierra, con gobernantes del tipo del Gral. Práxedes Giner, dignos de la hoguera en leña verde al estilo de la Inquisición española.

Antes ha quemado todo el copal, la mirra y el incienso que ha podido en aras de Cuba (la de Fidel) y presenta su situación con colores óptimos y a su guía como gobernante perfecto, ideal. Si de allá habla en términos dominicanos, y de México con las frases más téticas, es que quiere que derribemos al gobierno e instauremos una calca de Cuba y de Castro.

Por eso, primero voy a hablar de éstos.



Prudencio Godines, Jr.

CAPÍTULO I

EL AÑO NUEVO DE 1959

Aquel primero de enero de 1959 fue de alegría delirante en Cuba para quienes no tenían idea de lo que es comunismo. Es decir, para la inmensa mayoría. Entre los que más se regocijaban y daban vivas a Fidel Castro se contaban grandes capitalistas, ganaderos, millonarios dueños de centrales azucareras, e industriales que habían puesto sus fortunas al servicio del movimiento revolucionario de Castro, sin maliciar que su revolución no era como habían sido todas las anteriores, otro "quítate tú para ponerme yo" —el simple derrocamiento de un gobierno dictatorial que se había hecho odioso por su actuación y prolongación en el poder— sino la revolución tramada por el Comunismo Internacional.

Mujeres de la mejor sociedad, profesionales, y toda la clase media, a la que no tardaría en estrangular; sacerdotes (algunos habían declarado que "la causa de Fidel Castro era la causa de Dios" y otros escalaron la Sierra Maestra y silenciaron la presencia de dirigentes del Partido Comunista, como Carlos Rafael Rodríguez, uno de los cerebros del Partido que se encontraba allí, y bajaron asegurando "que el espíritu que reinaba en la Sierra era el de León XIII", y a quienes más se les perseguiría hasta expulsárseles de Cuba); estudiantes de familias acomodadas y de principios conservadores; snobs, intelectualoides y toda la gama de fracasados, de resentidos,

de envidiosos, ambiciosos y oportunistas, se uncian al carro del vencedor.

Los trabajadores, organizados en poderosos gremios, satisfechos hasta entonces con sus buenos jornales y las leyes casi avanzadas, que los protegían, y parte de la masa del pueblo —quienes se habían mantenido indiferentes a la revolución—, repentinamente se lanzaban a celebrar la victoria que no dejaba de sorprenderles, y recorrían las calles gritando. Como era de esperarse, ya no hubo en Cuba quien no hubiese sido siempre devoto de Fidel Castro. El pueblo saqueaba las casas de los batistianos, daba rienda suelta a su júbilo, derribaba los parquímetros para guardarse las monedas, destrozaba las vidrieras de las tiendas, se metía en el Hotel Sevilla, en los Casinos, rompía las máquinas de juego llamadas “traga-níqueles”, y se aprestaba a recibir con entusiasmo a los seiscientos “barbudos” que llegaron conducidos por un médico argentino, —un agente comunista—, el “Che” Guevara, y por otro joven, Camilo Cienfuegos, cuyas negras barbas, mirar sereno y larga cabellera, impresionaron fuertemente la imaginación popular, que se dio a comparar su rostro con el de Cristo.

Mientras la televisión, noche y día, obsesionante, presenta a los héroes peludos de la revolución y cuenta sus proezas, revela crímenes cometidos por Fulgencio Batista el odiado Dictador que huyó y cuyas víctimas pronto alcanzan la cifra fantástica de veinte mil, Fidel Castro, a quien el Ejército Constitucional, traicionado por sus jefes se ha rendido mansamente en Santiago, sin librar batalla, organiza teatralmente su entrada a La Habana, que será un espectáculo sin precedente, importantísimo, pues se trata del primer impacto psicológico que los comunistas quieren producir en la masa, y hay que preparar con sumo cuidado el montaje colosal de la farsa que deberá subyugarla. Así, sin prisa, lentamente, en una bien calculada marcha triunfal, avanza desde Santiago haciéndose acla-

mar en cada pueblecito, seguido por multitudes delirantes, deteniéndose a hablar con cada hombre o mujer del pueblo que le sale al paso, y cimentando las bases de una popularidad que va a permitirle desarrollar la política que admirablemente planeada de antemano por el Comunismo Internacional, sólo persigue un objeto: inspirar confianza para instalar en Cuba el régimen soviético.

El joven héroe que adquiría en la pantalla las proporciones colosales de un semidios, esgrimiendo generalmente el arma infalible del comunismo —la mentira—, le prometía al pueblo paz, libertad, trabajo, riqueza, justicia; el restablecimiento inmediato de la Constitución de 1940; el retorno a las normas democráticas de vida con la celebración a corto plazo de elecciones honradas. Confiados, dormidas las dudas que algunos abrigaban sobre los buenos propósitos de Castro, los cubanos y todos los pueblos de América festejaron el asalto ruso al Hemisferio Occidental. No se olvidó un solo detalle para engañar al pueblo de Cuba. Tradicionalmente católico, a pesar de ser supersticioso y de mezclar en su fe muchas prácticas paganas importadas durante siglos por los esclavos africanos, los “barbudos” llegaron y se exhibieron en la televisión, ostentando en sus pechos rosarios, de los que a veces colgaba un auténtico amuleto, que evidentemente preparados con todas las de la ley por un brujo o santero, eran en número considerable y todos iguales. El “pladoso” Fidel los había encargado expresamente para aquel primer “show” decisivo..

Había que convencer a los mojigatos; y sobre todo, a las mujeres, sus más fieles aliadas, de que no era un ateo. Cuando arengaba a las multitudes en aquellas primeras comparecencias, manoseaba incesantemente una medalla de la Virgen de la Caridad del Cobre —algo así como para nosotros la Guadalupana— que lo había amparado en la Sierra, y de la que era, no cabía duda, devoto

ferviente. Aquella medalla, ya sin objeto propagandístico, desapareció más tarde de su cuello.

Las mujeres piadosas, las beatas, las que habían ayudado a los conspiradores en la lucha contra Batista, y a quienes se les pedía desde la Sierra novenas, estampas y escapularios, vieron en Fidel a un enviado de la divina providencia que convertiría a Cuba en un nuevo paraíso terrenal. Poco después, sin producir una gran conmoción entre los católicos, el nuevo Gobierno quitó el nombre de Dios de la Constitución y de los juramentos de cargo.

Con trucos como el de los rosarios y otros menos divertidos y siniestros para el observador que conociese las tácticas de los "camaradas" que se adueñaron de la isla, Fidel supo desencadenar una verdadera histeria colectiva. Si enloquecieron las mujeres jóvenes y viejas, ricas y pobres; el entusiasmo irresistible, contagioso, que provocó con sus arengas interminables y sus poses en los hombres de todas las clases y sectores, no era de índole menos patológica. Se perdió la noción de la medida, el más elemental sentido crítico e inclusive, el de la dignidad. Cuba perdió la razón. Se consideró un deber de patriotismo secundar incondicionalmente su obra de gobierno, abrazar su pensamiento político, su original y decantado humanismo.

Opinar en contra Fidel Castro, que era omnisciente, omnipotente y obraría milagros, poner en tela de juicio sus gigantescos propósitos, insinuar una crítica o confesar ingenuamente cualquier inquietud justificada por el más elemental sentido común, era exponerse a la indignación de quien menos podía esperarse; o a algo más peligroso aún: a ser acusado de simpatizador del régimen depuesto de Fulgencio Batista. Sólo los batistianos, que habían lanzado la especie de que era marxista podían dudar de su buena fe y de su idealismo.

Había en aquella entrega total e histórica al nuevo dictador que arremetía con tan persuasiva y arrebatado-

ra elocuencia contra las dictaduras para imponer a todas luces la suya en nombre de la Democracia, la voluntad misteriosamente suicida de todo un pueblo. Y en aquella euforia, que afloraba un miedo cervical que hacía doblar las rodillas, eran los mismos que más violentamente habían combatido a Batista —porque había hecho caso omiso de la Constitución—, los que parecían ver con mayor agrado que su sucesor se arrogase poderes ilimitados, absolutos.

"Cuando los pueblos de la América Latina están cansados de un dictador —ha dicho uno de los dirigentes rusos de Sur América— siguen a cualquiera que se alce contra la dictadura, aunque ese cualquiera sea comunista".

Los rusos no habrían podido encontrar un instrumento más útil que aquel hablador infatigable, lleno de magnetismo y con todos los recursos de un actor consumado, que fascinaba a la multitud, enardecía sus odios y la hacía pensar lo que él quería. Muy poco iba a costarle a Krushchev y a Mao una cabeza de playa tan bien situada, en el corazón del Continente Americano...

Fácilmente, del modo más brillante y efectivo, triunfaba de todos los escollos la propaganda comenzada años atrás —en 1953—, con el famoso ataque al cuartel Moncada, realizado con el fin de proporcionarle mártires a la incipiente revolución cubana planeada por el comunismo internacional y darle a su debido tiempo, al turbio estudiante de la Universidad de La Habana —Fidel Castro— las proporciones de héroe nacional, digno de atraer la atención del mundo. Este propósito fue admirablemente logrado por el editorialista del "New York Times", Herbert Matthews, "el más siniestro de los tontos útiles de América".

Matthews, con tres sensacionales artículos a primera plana del diario neoyorkino, realizó el milagro indispensable de tornar en figura prestigiosa para exportación, a quien era un gangster estudiantil desde que se inició en

la vida pública; y lo da a conocer universalmente. Al efecto, fabrica la leyenda de un Robin Hood del Caribe, justo a la medida del romanticismo e ingenuidad del pueblo yanqui, que se dispuso a calorizar esta causa que juzgó noble, pues tragó con ejemplar candidez el anzuelo de la excelente propaganda comunista. Dio su respaldo moral y financiero al Robin Hood tropical y a su romántica epopeya libertadora. El joven "idealista" de Mr. Matthews representaba muy bien en el teatro de la farsa soviética, en una versión del ruso al inglés, el papel de campeón de la democracia.

Mr. Matthews —su nombre quedará inseparablemente asociado a la tragedia de Cuba— puede sentirse orgulloso de haber sido el autor principal de la operación publicitaria más extraordinaria, eficaz y funesta de estos últimos tiempos. Es cierto que ya Herbert Matthews afirmaba en el mismo "New York Times" el 7 de mayo de 1918 que "no existía el menor peligro comunista en la revolución rusa", y que era injusto acusar a Lenin ni siquiera de izquierdista.

En gran parte influyó a que la opinión pública de Estados Unidos recibiera pasivamente este nuevo triunfo del comunismo. Se ha comentado mucho que Castro y su "Movimiento 26 de julio" contaban con el decidido apoyo del Departamento de Estado de los Estados Unidos, en cuyo seno se desechaban las advertencias de funcionarios que veían claro; y se olvidaban, silenciaban o negaban categóricamente las pruebas existentes de sus contactos y raíces comunistas. Pero quizás aquellos partidarios suyos, de haberse orientado mejor la opinión pública por una prensa objetiva, bien informada y celosa de la verdad, no se hubieran atrevido a sostenerlo hasta el fin; ni Washington se hubiese precipitado el 7 de enero de 1959 enviando un Embajador que simpatizaba con su "humanismo": Mr. Phillip Wilson Bonsal.

Cuba no sería hoy el polvorín que amenaza volar en

llamas a toda Hispano América. Castro no podría vociferar: "Cuba cuenta hoy con 200 millones de habitantes de la América Latina, sobre al cual se extenderá la Revolución Cubana"; ni hubiera lanzado el más audaz de sus retos: "Los Andes serán la Sierra Maestra del Continente Americano"...

Para haber evitado a tiempo la revolución de Fidel Castro, para entender ahora toda la verdad de lo que allí ha ocurrido y por qué ocurrió, para impedir que lo mismo se repita en México —cuya Sierra Tarahumara pretendieron convertir en una réplica de la Maestra—, hay que saber de qué armas se vale el comunismo, del que José Santos Valdés es uno de sus activos impulsores y propagandistas.

Por eso es que ahora estamos reviviendo lo que ocurrió en Cuba hace nueve años, pues es lo que puede sucedernos, si no abrimos bien los ojos.

En nueve años que parecen una pesadilla se han cumplido en Cuba todas las consignas de Lenin, y ni una promesa de las que Fidel hizo al pueblo y que eran en realidad las que aquél anhelaba: la vuelta a la Constitución de 1940, a la normalidad, al orden jurídico, a la libertad en todos sus aspectos, libertad de pensamiento, de expresión a la reorganización de los partidos políticos; y en fin, a las elecciones libres.

Fue esta promesa la que reitera en su famoso primer discurso en el campamento de Columbia el 8 de enero de 1959, en el que también hablaba conmovedoramente de paz y de concordia entre todos los cubanos, posada en su hombro una paloma blanca —signo inquietante para los que sabían que la paloma es símbolo soviético— mientras su hermano Raúl consumaba en Oriente aquellos fustigamientos en masa que estremecieron a la opinión pública extranjera. No era aquel un discurso de paz; era una acusación insidiosa a sus compañeros de lucha del Directorio Estudiantil, que se negaban a devolver sus armas

sospechando que no les dejaría compartir el poder, y contra los cuales incitaba peligrosamente a la inmensa muchedumbre allí reunida.

“¿Armas para qué? Hoy que todas las libertades están vigentes y la prensa es libre; cuando todos los derechos de los ciudadanos han sido restablecidos; cuando se piensa convocar a elecciones en un plazo de 18 meses”.

En esta primera etapa del engaño, reiteró durante su estancia en los Estados Unidos, que las celebraría dentro de 18 meses; y en la Sexta Conferencia Económica de Buenos Aires, condena duramente a las dictaduras que no se someten a elecciones como los gobiernos constitucionales, y a los dictadores que se mantienen en el poder hasta veinte o más años; pero poco tiempo después, se le oíría en la T. V.: ¿Elecciones? ¿Para qué?

Sólo en este sentido, en el incumplimiento de cada una de las promesas hechas al pueblo, puede hablarse de revolución traicionada, sin caer en la confusión que pretenden crear los que sostienen la tesis de que Cuba necesitaba una revolución económica y social, con el propósito de rehabilitarla. Cuba no quería una revolución comunista. No la deseaba ni la necesitaba. Se asombraba cuando Fidel repetía incansablemente: “La revolución empieza ahora”; ya que para ese mismo pueblo, la revolución había terminado el primero de enero con la caída de Batista. Tampoco se explicaba por qué tendría que verse forzado en día no lejano, y en aras de esa revolución, a comer exclusivamente malanga en una tierra tan pródiga como la suya; y los grandes sacrificios que le advertían se vería obligado a someterse, le parecían tan gratuitas como innecesarios.

Si se analiza con criterio genuinamente democrático la actuación de Fidel Castro desde sus inicios, es indiscutible que éste, lejos de respetar los principios del derecho y de la libertad, los destruyó deliberada y rápidamente para sustituirlos por la opresión de un régimen dictatorial

y asesino. Comenzó anulando todos los derechos humanos. Reorganizó de inmediato el Poder Judicial para suprimir el Habeas Corpus (algo como nuestro derecho de amparo); implantar la “justicia revolucionaria” con sus leyes retroactivas e instaurar la pena de muerte. No perdió un minuto en dominar a la prensa, los noticieros de radio y T. V., para terminar confiscando estas empresas y aboliendo de un todo la libre expresión del pensamiento.

¿Qué bien le hizo a Cuba, en los tiempos tempranos del régimen en los que han seguido, a los obreros, a los campesinos, a los humildes en general, “el programa positivo” e impresionante por su “concepción” como lo califica un personaje norteamericano?

Es inútil el debate sobre si Fidel Castro era comunista o no antes de llegar al poder. El mismo aclara estas dudas y da la razón a los que siempre lo tuvieron por tal. En la publicación “El socialista cubano”, de septiembre de 1961 escribe Fidel: “El germen socialista se encontraba ya en el movimiento del Moncada, cuyos propósitos claramente expresados, inspiraron todas las primeras leyes de la Revolución Comunista Cubana”.

Si el trío Fidel-Raúl-Che no hubiese sido marxista, nada ni nadie se hubiese opuesto a que las legítimas aspiraciones de justicia y de superación del pueblo cubano hubiesen sido satisfechas, ya que toda Cuba, los capitalistas y hasta los yanquis, estaban dispuestos a ayudarlos para colmar esos anhelos que eran esencialmente democráticos.

Al bajar de la Sierra, Castro declaró tener en su poder varios millones de dólares, procedentes según él, de colectas populares; algunas importantes en los Estados Unidos, y también de los impuestos que en su calidad de... Robin Hood, exigía a los hacendados, ganaderos y agricultores de la provincia de Oriente.

108 millones recaudó con la Ley 40. Los grandes industriales, los hacendados, los comerciantes en grande, los comerciantes en pequeño, los de los mercados y particu-

lares se apresuraron a pagar sus impuestos con tres meses de adelanto, para facilitar a la nueva administración "honrada" la realización de su programa de mejoras. Todo se le allanaba; pero la ejecución de aquel programa que de modo tan caótico ponía en marcha el nuevo gobierno, entre imprecaciones a los capitalistas, a quienes se les amenazaba con reducirlos a la pobreza, y a los gringos culpables hasta de las perturbaciones atmosféricas de la Isla, subrayaba día a día su carácter subversivo. Incansablemente anatematizaba contra los ricos; a cualquier hora del día y de la noche la radio y la T. V. repetían las fórmulas condenatorias empleadas con tanto éxito por la demagogia comunista.

La ojeriza y el rencor del pobre hacia el rico son tan viejos como el establecimiento del régimen de la propiedad privada en la sociedad; y son tan antiguos, como la lucha de clases exaltada por Karl Marx a la categoría de motor de la dinámica en las fuerzas sociales. Pero esta ojeriza y este rencor han sido fundidos en odio, organizado, espesado, repleto de amargura, por los comunistas. Son éstos quienes han ubicado al rico en la categoría de relapso, de réprobo, de elemento inservible y pernicioso para toda obra de libertad, democracia o solidaridad humana, de personaje merecedor tan sólo de la condena eterna.

Aquel humanismo fideliano que rezumaba odio, odio de clases, odio de razas, odio al gringo, daba cumplimiento a las consignas fundamentales de la URSS, y se vengaba despiadadamente de cuantos no compartían su ideología; sin exceptuar a los que más le habían ayudado, alegando pretextos inverosímiles para aniquilarlos.

Al proceder inmediatamente, considerándolos "criminales de guerra", al exterminio físico y al encarcelamiento a perpetuidad de los oficiales y soldados de carrera del antiguo ejército que se le había rendido, proporcionándole la más fácil de las victorias militares, y al licenciamiento

y persecución de todos sus miembros, Castro seguía fielmente otra norma fundamental del Comunismo: la de suprimir el gran peligro que supone para las dictaduras rojas la existencia de un ejército constitucional. Con esto se privaba a miles de hombres inocentes de ganarse el sustento y quedaban desamparadas miles de familias modestas; pero lo importante era disolver el ejército cuanto antes.

La Ley de Rebaja de Alquileres en un 50 por ciento, y la Ley de Solares que fijaba el precio máximo de éstos, en cuatro pesos por metro, sin considerar el lugar en donde estuviesen situados, eran ya leyes de tipo marxista que atentaban contra la libre empresa y el derecho de propiedad. (Llaman solares a las casas de vecindad). Por la Ley de Solares perdían su dinero quienes habían comprado a plazos, y fue un despojo inicuo a la clase modesta y humilde del país. Con ella le robaron sus ahorros de muchos años. El pueblo cubano tenía por tradición, la preocupación de hacerse de un techo, y se le habían facilitado los medios para lograrlo. Empezaban por comprar un terreno a plazos que pagaban en precios divididos en un promedio de cinco años. Una vez liquidada la deuda del terreno, podía acudir a instituciones de crédito tales como las compañías de seguros, mediante el sistema de fondo de hipotecas, conseguir tres cuartas partes del valor de la casa con su terreno, lo que dio lugar al auge de la construcción en los diez años anteriores a 1959, y al número sorprendente de propietarios pertenecientes a las clases humildes del país.

Esta ley disponía que al construcción de viviendas estuviese exclusivamente a cargo del Instituto Nacional de Ahorro y Viviendas, que al paralizar la industria de la construcción dejó sin trabajo a más de 250,000 obreros en La Habana, cuyo fracaso explica el modo elocuente que a pesar de la gigantesca cantidad de cubanos que hay en el exilio en Miami, Puerto Rico, Chicago, Nueva York,

México, España y diversas naciones del continente, el déficit de la vivienda en la Cuba comunista sea el más alto que recuerda la historia republicana. Las casas empezadas a construir por el INAV en La Habana del Este, en la primavera de 1959 aún no han sido terminadas muchas, ni repartidas al pueblo.

Así fue como con la Ley de Rebaja de Alquileres y la Ley de Solares, se inició en los albores del régimen el proceso de comunización que terminó con la Ley de Reforma Urbana que desposeyó sin compensaciones, a todos los propietarios de casas y hasta de chozas y bohíos. Los inquilinos, a quienes en un momento dado se les hizo creer que entraban en posesión de los apartamentos y casas que habitaban, tuvieron que pagar sus alquileres al propietario único: el Estado.

La Ley de Reforma Agraria, caballo de batalla de la Revolución de Castro, que con su lema "la tierra para el que la trabaja" despertó tanto entusiasmo en los países latinoamericanos, tampoco persiguió otro objetivo que socializar la tierra cubana.

Castro Ruz había anunciado que llevaría a cabo una Reforma Agraria inspirada en la que contempla la Constitución de 1940, que contaba con la simpatía de la mayoría; suprimiría los latifundios, refiriéndose, creyó el pueblo a las tierras baldías, que después repartiría entre los campesinos creando una clase de pequeños propietarios rurales y generalizando la propiedad privada. Hubiera sido inocente preguntarse si los autores del Programa Revolucionario se habían detenido a considerar las graves dificultades que ofrece la realización de una reforma agraria integral capaz de aumentar efectivamente los recursos del campesino al mismo tiempo que los del país, sin menoscabo, por supuesto, de la libertad individual: la amañada maraña de la nueva legislación disimuló poco tiempo su molde marxista. Disponía la ley que le entregaran de 3 a 5 hectáreas al campesino, y en algunos casos hasta

cien —no obstante exigir la producción azucarera y la ganadería vastas extensiones de terreno—, y que se les indemnizara con bonos del Estado en un término de 20 años.

Nada de esto se cumplió.

El primer burlado fue el campesino que no recibió tierra alguna, y los propietarios fueron despojados aun de las cantidades de tierra que disponía la ley. En unos cuantos "shows" bien preparados para un público de intelectuales invitados por la Casa de las Américas y corresponsales de la prensa extranjera, que luego propalarían por el mundo los grandes beneficios que recibía el pueblo de Cuba de su Revolución, Fidel, en calidad de primer actor de aquellas farsas, repartía a grupos de campesinos unos diplomas, haciéndolos creer que entraban en posesión de las tierras prometidas. Lo cierto fue que el dueño absoluto de toda la tierra resultó ser el Instituto Nacional de la Reforma Agraria; y ellos pasaron a trabajar en las cooperativas del INRA, no como copartícipes, sino como peones.

El obrero y campesino trabajan en las cooperativas sin el menor estímulo. No reciben salario en moneda sino en vales, que limitan sus compras a las Tiendas del Pueblo, abastecidas por el INRA. Lo que se ha hecho al campesino cubano es volver a situarlo en el antiguo sistema esclavista y colonial abolido en Cuba en los primeros años de la Independencia.

Es preciso aclarar, pues parece que aún se ignora en muchas partes, que jamás se hicieron las emisiones de bonos para pagar las indemnizaciones que la Ley anticipaba. No se indemnizó a nadie; ni a los dueños de las grandes haciendas, ni al agricultor en pequeño, propietario modesto de unas pocas hectáreas, a cuyo cultivo había dedicado los mejores esfuerzos de toda su vida.

Arruinando a ricos y pobres, esclavizando al campesino, el INRA, que controla absolutamente todos los

sectores de la economía agrícola, es el terrible monstruo estatal engendrado por la Revolución comunista que ha segado las mejores fuentes de riqueza del país.

En el primer año, llamado de "la reforma agraria" con el pretexto de redistribuir el ingreso nacional, se dictaron una serie de aumentos de salarios que dieron origen a que los negocios de muchas empresas resultaran incosteables. Inmediatamente, el Ministro del Trabajo dictó una resolución por la cual se intervendrían todas las empresas que adujeran incosteabilidad. Y a últimas fechas —hace unos meses— se intervinieron e incautaron hasta los humildes puestos de periódicos, de cigarros, y estancuillos. Fueron confiscados sin ninguna compensación a sus legítimos dueños. Quedaron cesantes quienes componían el personal ejecutivo de las empresas, alegando que recibían altas remuneraciones.

Una vez terminada la confiscación de las tierras, de la propiedad urbana y de las empresas industriales, misceláneas y estancuillos, llegó la de los servicios públicos. La confiscación de la Banca terminó ese ciclo.

El desempleo aumentó considerablemente al quedar sin trabajo miles de personas que contaban con destinos remunerativos. Por ejemplo, al incautarse los Bancos, que tenían cientos de sucursales en toda la República, y disponerse por el Banco Nacional que sólo quedase una oficina bancaria en cada localidad, miles de empleados calificados que ganaban altos sueldos quedaron sin trabajo y han emigrado del país.

A los obreros, ahora cuando "verdaderamente hay libertad en Cuba" se les hacen descuentos por ley o "voluntarios" por cualquier motivo: para la Reforma Agraria, para armas y aviones, para la industrialización, etc. que rebajan sus sueldos en un 13 y 18%, o se les aumentan las horas de trabajo, "voluntario" también, para ayudar a la revolución. Tienen que servir en las milicias, no pueden cambiar de empleo y se les despide y persigue por

razones políticas. De allí el número creciente de dirigentes y de obreros en el exilio.

La Ley monetaria puesta en vigor es el último despojo realizado que marca la destrucción total de la propiedad privada y de la libre empresa. Uno de sus propósitos es evitar que el pueblo tenga capacidad adquisitiva, dada la carencia de los artículos más esenciales al consumo, como son los alimentos. El nivel alimenticio de este pueblo hoy hambriento, era de los más altos en la América Latina. En consumo de carne ocupaba el tercer lugar, ya que sólo lo superaban Argentina y Uruguay. En Cuba se producían más de 150 millones de toneladas anuales de papas, frutos y otros tubérculos, y se importaban 150 millones de dólares en alimentos.

Cuba era el cuarto país latinoamericano en las importaciones de esos productos a los Estados Unidos; y el séptimo de los del mundo, siendo sólo superado por países de población mucho mayor, como Gran Bretaña, Alemania Occidental e India.

La Ley de la Reforma de la Enseñanza suprimió la Autonomía de la Universidad de La Habana, y controló todas las universidades y escuelas privadas. Fue el resultado de las reiteradas promesas de Castro de intensificar la enseñanza y dar máxima protección a la cultura. Aseguró mil veces que convertiría los cuarteles en escuelas, e inmediatamente convirtió la escuelas en cuarteles. Tan pronto tomó las riendas del gobierno, al mismo tiempo que cimentaba el monopolio de vidas y haciendas, se ocupaba de asegurarse el monopolio de las almas. Esto era indispensable... Maestros y maestras no tardaron en verse obligados a alistarse en las milicias, y a seguir cursos de adoctrinamiento marxistas que los capacitaría para modelar, de acuerdo con los ideales de la revolución, las mentes de los alumnos. Los que se negaban por escrúpulo de conciencia, eran cesados y señalados como traidores.

En cuanto a la cultura, en efecto, fue admirablemente

servida con toda la deshonestidad intelectual que requiere un régimen comunista, por un ávido semillero de intelectuales y artistas, por algunos intelectuales que debían su reputación al Partido; y por otros, cínicos y egoístas. Es doloroso observar que, salvo contadas y honrosas excepciones, a la mayoría de los artistas e intelectuales de Cuba les basta y les sobra con que la dictadura roja les acuerde la satisfacción de sus vanidades y pequeñeces, y les asegure un bienestar relativo.

* * *

La ignorancia total de los métodos y fines del comunismo fue la aliada poderosa que hizo posible que se estableciera en Cuba la primera colonia soviética en América. Mientras la Democracia calla somnolente y no se explica, la Unión Soviética, que posee la propaganda más formidable que ha existido jamás en el mundo, no permanece un solo minuto inactivo. Propaga sus mitos y falacias en todos los idiomas, tanto en los más evolucionados como en los dialectos más primitivos; y se vale de todos los medios accesibles, libros, panfletos, periódicos, revistas, volantes, radio y televisión; esta última, empleada con tanto éxito en la conquista y rápida comunización de Cuba.

Ya utiliza una oratoria ramplona y callejera, a uso de talleres, bodegas y solares (solares en Cuba, está dicho, se llama a las casas de vecindad; y bodegas, a las tiendas de abarrotes) a la altura del auditorio más ignorante, con la que atiza los rencores y la envidia del pueblo necesitado; como usa la docta y cuidada oratoria para los cursos y conferencias en planteles y centros culturales —como hizo en el Liceo de La Habana, institución femenina compuesto por la aristocracia del pensamiento cubano— en el que durante años una dirigente del Partido Comunista, refugiada española, y otras activistas y “compañeros de

viaje” con máscara de intelectuales, llevaban la voz cantante y laboran “desinteresadamente” por... la cultura nacional.

Defendiendo también en Cuba como en otras partes las mejores causas, se infiltraban en aquellos círculos filantrópicos y religiosos y aun aristocráticos y frívolos, en los que no hubieran sido recibidos y en los que hábilmente, cumpliendo sus consignas, supieron crear mezclando mentiras con medias verdades, el clima de confusión ideológica indispensable al logro de sus fines, que a las mil maravillas supieron aprovechar Fidel, Raúl y el “Che”.

Para sembrar en las mentes el veneno sutil de sus mentiras, el comunista aprende a hablar el lenguaje de quien lo escucha, o de cada grupo social que se propone confundir. Teniendo muy en cuenta que cada individuo o grupo social es diferente por el nivel de cultura, de sus intereses y necesidades, en cada caso con infalible acierto psicológico sabe aplicar la táctica que mejor conviene, y adopta el disfraz más convincente.

Desde 1930 los comunistas no perdieron ocasión de preparar para el golpe final, el subconsciente de la mayoría del pueblo cubano. En 1933, a la caída del Presidente Gerardo Machado, casi lograron apoderarse del poder. En la provincia de Oriente, en tierras del Realengo 18 se creó un soviet; la bandera roja era paseada por las calles de La Habana, onduló en su parque central y fue izada en algunos ingenios azucareros como el “Washington”, en Santa Clara y el “Mabay”, en Oriente.

Insensiblemente lograron crear un verdadero complejo de inferioridad y de culpabilidad en los capitalistas y en los hombres que dirigían al política: ningún partido se hubiera atrevido a llamarse moderado. Así, la apatía de la Democracia, la tolerancia irresponsable o pecaminosa de los políticos, les facilita, cuando no colabora a su tarea de administrar hasta en el villorrio más apartado de cada país, el opio de las falsas promesas. Al igual que en

Cuba, en ninguna parte del continente latinoamericano hoy tan amenazado por Fidel, Mao y Breznev, se pensó en contrarrestar su propaganda, combatiéndose las mentiras comunistas con información y hechos irrefutables, con las realidades que desenmascararían al astuto impostor.

Para cada uno de los temas principales y constantes de esta poderosa, continua y corrosiva propaganda se tiene una respuesta, temas que son susceptibles de variarse y de enriquecerse con otros, según soplen los vientos y mejor convenga a su política, ya agresiva o apaciguadora, a saber:

"La Unión Soviética es la defensora de los humildes"; "el comunismo defiende a los obreros y a los campesinos"; "el comunismo combate las injusticias"; "es la única salvación del pobre"; "el comunismo anhela la paz", etcétera... y para toda esta fraseología, en la Democracia hay respuesta irrefutable. Le es fácil destruir con datos sólidos y precisos que cualquiera puede comprobar la absoluta falsedad de cada una de sus afirmaciones. Por el contrario, datos verdaderos son los que no puede presentar Rusia ni ninguno de los países en que se ha impuesto el comunismo, siempre por el terror, jamás por la libre determinación de los pueblos.

Por eso en las últimas semanas ha habido tantos movimientos de rebeldía en los países de la Cortina de Hierro y en la de Bambú. Ya no pueden los pueblos con sus redentores. Checoslovaquia se está liberalizando; Rumania anda en camino parecido; en la China Roja hay una revuelta terrible contra la dominación de Mao Tse-tung, de su mujer, y de Lin Piao; y en Polonia ya no aguantan a Gomulka.

En los pueblos comunistas la propaganda necesariamente sustituye a la realidad de los hechos, que son inconfesables; y los slogans o consignas reemplazan toda información genuina.

Yo lo afirmo, porque fui comunista durante toda mi

vida: que el comunismo no puede sostener una sola de sus supuestas verdades. De ahí la aberración de su dialéctica. Pero la democracia ha consentido, tolera torpemente que se tomen todas las iniciativas agresivas de tal propaganda. Irónicamente, "Verdad" ("Pravda") se llama el rotativo portavoz oficial para el mundo entero, de la URSS. Pero al cabo de cincuenta años de existencia, su gobierno no ha podido cumplir ni una sola de sus promesas de bienestar que hizo al pueblo ruso, al que ha sojuzgado.

Detrás de la Cortina de Hierro, el crimen y el terror es lo único que hay de cierto. Los millones de prisioneros hacinados en las cárceles —como pasa en Cuba— los horrendos campos de concentración, las purgas, el trabajo forzado, el hambre, la miseria, la degradación y el envilecimiento inseparables de la esclavitud, la persecución a las creencias religiosas, y el martirologio de los sacerdotes, la realidad desnuda y espeluznante de los regímenes comunistas, esto lo mantienen en el mayor secreto; y los que las padecen, muertos de hambre, son forzados a declarar que comen bien; harapientos, que tienen buena ropa; pesimamente alojados, que disfrutaban de casas provistas de todo el confort imaginable; en una palabra, que su condición de ciudadanos de un Estado que es dueño absoluto de todo, no dista de ser la de un siervo, condenado a no poseer nada para sí.

Ni siquiera es dueño de su propia conciencia, y mucho menos de la vida. En ese Estado "perfecto", exclusivamente la clase privilegiada compuesta por la alta dirigencia del Partido y los miembros de su aparato represivo viven en el lujo y en la abundancia...

La terrible experiencia de esta forma tiránica de gobierno que controla con bestial y cínico despotismo la vida de los pueblos y borra de ellos hasta los últimos vestigios de su libertad social, civil, económica y política, es la que está viviendo en todo su rigor la isla que hasta hace

poco se le llamaba con razón "la Perla de las Antillas", y cuyos habitantes todo lo contrario de lo que aún pretende insistentemente la propaganda comunista, tenían motivos para sentirse felices. Era, repito, una nación próspera, con un alto nivel de vida, con leyes sociales extraordinariamente avanzadas, más demócratas que los Estados Unidos, y enfrentada a un brillante porvenir. Las estadísticas, y la sinceridad de los que la conocieron antes de sucumbir a la agresión rusa, pueden atestiguarlo.

Cuba contaba con un ingreso bruto doméstico de más de 2,500 millones de pesos. (El peso cubano equivalía al dólar). Sólo Argentina superaba a Cuba en el ingreso nacional per cápita, y Venezuela a partir de 1955, debido a sus grandes exportaciones de hierro y petróleo.

Cuba tenía, según el anuario estadístico de las Naciones Unidas:

1 radio por cada cinco personas. (En Rusia, uno por cada 66 personas).

1 televisor por cada 18 personas.

1 teléfono por cada 38 personas. (En la URSS, 1 por cada 580 personas).

1 automóvil por cada 39 personas.

Estas cifras no eran superadas por ningún otro país de Hispano América. Tenía más estaciones de radio y televisión; más prensa escrita y más gasto de papel por persona que ninguna otra; en cuanto a espectáculos públicos, mantenía el primer puesto en la América de habla española. Del mismo modo era la que más kilómetros de ferrocarril poseía en relación con su territorio: un kilómetro de vía ferroviaria por cada siete kilómetros de territorio.

En 56 años de vida republicana, Cuba había exportado 20,000 millones de dólares y sus importaciones alcanzaban la cifra de 15,000 millones.

Existían en el país 33,384 centros industriales que daban trabajo a 960,760 obreros, con una producción de

3,228 millones, y 65,872 establecimientos comerciales en los que laboraban 250,000 obreros, lo que unido al valor de las propiedades rurales y urbanas, los servicios públicos y los bancos, representaban para Cuba una capitalización de 10,000 millones de pesos, la más alta por persona de la América española.

No era Cuba, pues, un país "sub-desarrollado", ni una "colonia norteamericana" como afirma Fidel Castro Ruz. Las inversiones norteamericanas alcanzaban en 1958 la suma de 800 millones de dólares: esto es, el 8 por ciento de los 10,000 millones de su capitalización total. El 67 por ciento de la industria azucarera estaba en manos cubanas, tanto en el número de ingenios como en cuanto a la producción. De los 161 ingenios que había en 1958, 121 pertenecían a cubanos y solamente 36 eran de extranjeros, en su mayoría gringos.

Las ventas de azúcar al mercado norteamericano significaban una diferencia de dos y medio centavos en libra con el mercado mundial, o sea que por cada tonelada métrica (dos mil libras) recibían cincuenta dólares más que en el mercado mundial. Por eso el país podía compensar el precio con el de sus ventas en Estados Unidos. De lo contrario su industria, que tenía altos costos, no hubiera podido servir para inyectar el ingreso nacional en el 30 por ciento de éste. La exportación de azúcar representaba por otra parte, más del 80 por ciento de las exportaciones totales de la Isla.

La ganadería, en pleno auge en 1958, era una fuente importante de riqueza. Existían 85,000 ganaderos y Cuba se iniciaba ya como país exportador. Había 65,000 colonos y miles de campesinos productores de otros frutos que tenían derecho a la permanencia en las tierras que cultivaban. El estado de desarrollo agrícola era uno de los de más alto nivel en Hispanoamérica. En la industria de la construcción trabajaban un cuarto de millón de obreros. En 1958, la construcciones en toda Cuba ascen-

dian a 120 millones de dólares; y solamente en la provincia de La Habana a 70 millones. También en lo urbano los ciudadanos tenían derecho a la permanencia, igual que los comercios e industrias.

La legislación social de Cuba era hasta cierto punto avanzada. Garantizaba la inamovilidad del trabajador; régimen de salarios o sueldos mínimos establecidos por comisiones paritarias para cada rama de trabajo, de acuerdo con el nivel de vida y las peculiaridades de cada región; el derecho irrenunciable e imprescriptible a los seguros sociales; legislación protectora por accidentes de trabajo, regulación de jornada máxima, que semanalmente no podía exceder de 44 horas equivalentes a 48 de salario; jornada de verano; el derecho al descanso retribuido; 9 días de licencia con sueldo por enfermedad en el año; la protección a la maternidad; participación preponderante de los nacionales en el trabajo; el derecho a la sindicalización; el derecho a la huelga; prohibición de todo tipo de discriminación; y asistencia social.

El peso cubano equivalió siempre al dólar, como está dicho; y Cuba disfrutó de las mayores reservas per cápita, de la América española. La Banca cubana había superado a la extranjera, tanto en depósitos como en total de operaciones.

Por último, Cuba había entrado en un periodo de industrialización, y numerosas fábricas se estaban instalando en el país. Con el descaro y aplomo con que dicen sistemáticamente sus mentiras los agentes comunistas, el "Che" Guevara habló en Punta del Este, de una fábrica siderúrgica instalada por la revolución. Esa fábrica existía ya en 1958, y se llamaba Compañía Antillana de Acero, S. A., lo cual puede comprobarse fácilmente consultando los informes de la CEPAL (Comisión Económica para la América Latina de las Naciones Unidas). También se refirió a tres fábricas de producción de cemento. En Cuba existían no tres, sino cuatro en 1958, y se llamaban "Ce-

mento El Morro", "Cemento Titán", "Santa Teresa" y "Calera de Santa Teresa", con una producción de un millón y pico de toneladas. Guevara sólo hizo mención de tres fábricas, porque la cuarta (la "Calera de Santa Teresa") fue desmantelada y enviada a Rusia.

Poco después embalaron y se llevaron también a la URSS la maquinaria de la compañía minera Moa Bay Co.; la fábrica de cigarros Partagás y la de Cerveza Antillana, terminada en 1959 y que iba a lanzar al mercado un nuevo tipo de cerveza llamado "La Criolla". Otras muchas fábricas fueron desmanteladas y enviadas a la URSS.

Yo considero —después de lo que he visto y las cosas en que he participado como miembro del PC—, que de los éxitos avasalladores de la expansión soviética y china en el mundo entero, es culpable la Democracia, que ha dado muestras continuas de miopía y de una inercia alarmantes, al no llevar a las juventudes universitarias, a las politécnicas y a las grandes masas (trabajadas incesantemente en cambio por la propaganda roja), esas verdades apuntadas anteriormente, que pueden demostrarse hasta la saciedad: que la vida en los países que yacen bajo la bota roja y donde hasta ahora sólo progresan las industrias de guerra, es intolerable; que en éstos no existen los sindicatos, ni el derecho de huelga; que el obrero no puede buscar trabajo libremente donde mejor le convenga, ni tiene el derecho de oponerse a que el Estado lo saque de su taller y no envíe a trabajar en regiones lejanas de las que a menudo no regresa; que son reducidos sus salarios, nunca suficientes para que viva con un mínimo de decencia, ya que los alimentos, la ropa y los enseres domésticos, los objetos más necesarios, escasean tras de la Cortina de Hierro, o alcanzan precios altísimos muy por encima de sus posibilidades; mientras contempla el lujo insultante de la privilegiada clase dirigente, sin atreverse a formular una protesta que lo llevaría —como en el caso hoy

y desde hace nueve años en Cuba—, al paredón de los sentenciados a muerte por traidores.

En el paraíso rojo, los envidiables camaradas suelen morir de hambre. No hay suficiente comida en el mundo comunista; y más de cien millones de campesinos —desgraciados como son hoy los desgraciados campesinos de Cuba—, mal comidos, explotados, viven hacinados en casuchas miserables y sucias; los obreros —millones de obreros— desgraciados, como son hoy los desgraciados cubanos, generalmente disponen para sus hogares, de una habitación y un excusado que tienen que compartir con otra familia.

¿Qué oportunidades les quedan a estos hombres dignos de lástima para su desarrollo espiritual y cultural? ¿Qué horizontes de superación o de alegría espontáneas?

A cada trabajador, a cada empleado, a cada campesino, en una palabra, a cada hombre y mujer de México y demás países de América Latina debería enterárseles honradamente de las tristes realidades a que los lanza una minoría desalmada, y que son los que esconde en sus bien estudiados movimientos y seductores cantos de sirena el comunismo internacional.

Habría que pregonar las 24 horas del día la gran desgracia de Cuba, la hasta hace poco feliz isla antillana, donde como en la canción vernácula, "cuatro milpas tan sólo han quedado"; donde ya no hay ganado, donde todo el bienestar terminó, donde hay sólo hambre y desesperación; y donde hay que oír de noche y de día los discursos del barbón.

Armados de un ideario claro, sencillo e irrefutable, sabrían defender fuertes en sus convicciones, el único sistema de gobierno en que el pueblo ejercita plenamente derechos y poderes, y goza de positivas libertades, como es el que ha producido nuestra insuperable Revolución Mexicana, hoy envidia en el Continente, y digna de estudio e imitación en el mundo entero.

* * *

Ya platicué ampliamente —no en la extensión que me habría gustado— de lo que es la hoy hambrienta y esclavizada Cuba, de su dictador y de sus sistemas. Ese es el modelo que nos ponen los comunistas de fuera y de adentro. Hay que ser perverso de verdad para desear a México un destino tan espantoso. Ciertamente que en Chihuahua el Gral. Práxedes Giner Durán no es una perita en dulce; que como estadista es una nulidad, y que no ha dado impulso a ese Estado; cierto que los ganaderos y explotadores de bosques despojan a gente pobre; pero entre la Chihuahua actual —aun pintada horrible por Santos Valdes—, y Cuba, me quedo con Chihuahua.

Práxedes Giner Durán es como un ataque de apendicitis; y Fidel Castro Ruz como un cáncer avanzado y generalizado. Los dos son males dolorosos y asesinos. Nada más que al primero con un simple tajo de bisturí queda conjurado el peligro; y el segundo es mortal por necesidad. Giner es sólo un cólico pasajero. Su período es de seis años y ya casi los completó. En cambio Castro Ruz quiere ser eterno. Es el tumor canceroso que ya dañó todo el organismo cubano.

CAPÍTULO II

III. ATAQUE AL CUARTEL SEGUN LA VERSION DE JOSE SANTOS VALDES

El 24 de septiembre de 1965 la República entera se conmovió con la información que dieron los diarios: el cuartel que alojaba en Madera, Chihuahua, a 125 soldados

federales, fue asaltado por un grupo todavía no precisado en su número, pero que no llegaba a veinte, de jóvenes que al grito de: '¡Ríndanse... los tenemos completamente rodeados!', intentaron apoderarse del cuartel (unas barracas de madera que las compañías habían proporcionado al ejército) y convertir en prisioneros a los soldados.

"El hecho sangriento tuvo lugar en las últimas horas de la madrugada del día 23. De acuerdo con las versiones recogidas —porque a la fecha no hay quien haya proporcionado información veraz, de cómo, por qué, y para qué los jóvenes se lanzaron a la aventura que tantas vidas costó— el grupo asaltante lo formaban un médico y profesor normalista llamado Pablo Gómez Ramírez, y un ex maestro rural que sirvió en una escuela del Estado, Arturo Gámiz García, considerados ambos como jefes del grupo.

"Participaron con ellos Salomón Gaytán, campesino; Rafael Martínez Valdivia, profesor en Basúchil; Miguel Quiñones Pedroza, maestro normalista rural egresado de Salaices, y director de la escuela rural federal de Ariseáchic; Oscar Sandoval, estudiante de la Normal del Estado hasta noviembre de 1964; Emilio Gámiz, estudiante y hermano de Arturo; y se supone que el profesor Manuel Peña González, que procedía de Zacatecas, y Antonio Escobel Gaytán; pues como los ocho aquí anotados murieron durante el asalto, los cadáveres de dos de ellos no pudieron ser identificados plenamente, y nada más se han hecho hipótesis".

De ese modo presenta la noticia del asalto al cuartel, este pintoresco y peligroso inspector de educación José Santos Valdés, más conocido en las conspiraciones antimexicanas dentro de la insurgencia comunista como "Jueves", pues cuando se conspira y se sale a las guerrillas es de buen tono usar un nombre distinto, llámese seudónimo o apodo. Fidel Castro Ruz se identificaba como "leche", el "Che" Guevara como Carlos; Stalin no era apellidado

ni en la guerrilla de Madera había Hugos, ni Alex, ni Alfredos, ni Danieles. Eran nombres sustitutos.

José Santos Valdés, en nuestras reuniones y en su vida clandestina es simplemente el camarada "Jueves" (tal vez porque nació un Jueves de Corpus y ése es el día de las mulas). El caso es sin importancia. José Santos Valdés es "el camarada Jueves", y así lo llamaré en el curso de este libro.

Agrega él:

"De la misma manera todavía —26 de febrero de 1967— nadie está en condiciones de aseverar con certeza el número de atacantes. Hay quienes dicen que eran 14; otros, que 15; y no faltan los que arguyen que 17. Lo cierto es que ocho fueron los muertos; que no hubo prisioneros ni heridos, y que las fotografías de los cadáveres revelan que fueron materialmente acribillados a balazos. De parte de los soldados murieron seis, jóvenes también, que derramaron su sangre en cumplimiento de lo que para ellos fue su deber. Si hubo heridos entre los jóvenes revolucionarios nadie lo sabe porque desaparecieron rápidamente del lugar de los sucesos. La serranía próxima, y la semioscuridad del amanecer y la soledad total por los disparos permitieron que se perdieran de vista".

(Fuimos 17 los de ese grupo. Yo iba en calidad de "comisario político", con la representación del PCM y MLN. Como puede verse, el "camarada Jueves" se hace el loco y finge no saber cuántos éramos; ni si en la refriega cayeron Peña González y Escobel Gaytán. ¡No sabe nada el inocente! ¡Y por qué sabe los nombres de estos dos, si no estaba al tanto de lo que iba a ocurrir? ¡Qué poca mad... era para hacerle su ataúd!)

"La versión oficial publicada por los diarios más importantes de la ciudad de Chihuahua —sigue diciendo el "camarada Jueves"— difiere y más aún si se lee la versión de la 'extra' que el mismo 23 —a medio día— lanzó uno de ellos: se dio como hora del asalto las 5 de la mañana se-

ñalando que cuatro soldados y varios guerrilleros, habían muerto. 'La guerrilla asaltante' la componían 30 hombres y se recogió la versión de que Ciudad Madera estaba dominada por los rebeldes, y de que los guerrilleros tenían rodeado el aeropuerto de la ciudad y la estación ferrocarrilera. Noticia importante la última porque los generales Tiburcio Garza Zamora, jefe de la zona militar, y Práxedes Giner Durán, gobernador del Estado, acompañados de otras personas habían salido por la vía aérea con destino a la alarmada ciudad, y no se les había podido informar del peligro que correrían al aterrizar en el lugar de destino.

"En la misma hoja, y como noticia de última hora, se informaba al público que a las 11.45 horas del mismo 23, un avión procedente de Ciudad Madera había aterrizado en el aeropuerto federal de Chihuahua a bordo del cual llegó un teniente herido de gravedad con bala expansiva en el estómago. El piloto proporcionó los informes que empezaron a esclarecer la confusión sembrada por los muchos rumores que circulaban por la ciudad capital del Estado: 1º La situación estaba dominada por el ejército; 2º Había más de cien personas detenidas, atadas de manos y pies, en una de las pistas del aeropuerto de Ciudad Madera. Al día siguiente —24 de septiembre—, ambos diarios aparecían con amplias informaciones profusamente ilustradas con fotografías.

"Un diario afirmó que los primeros disparos se escucharon a las 6.10 de la mañana y que el tiroteo duró tres horas. El otro señaló las 5.50 horas como el momento en que el ataque se inició y le dio una duración de hora y media. La verdad es que debió principiar el tiroteo cuando todavía faltaba totalmente la luz solar. El maquinista ferrocarrilero que a esa hora se preparaba para la diaria jornada, al encender el farol de la máquina a su cuidado iluminó a los atacantes que se encontraban parapetados en la vía y a los soldados que avanzaban sobre ellos. De

acuerdo con el plano recogido del cadáver de Arturo Gámiz García, los atacantes se colocaron en cuatro lugares: tras de la vía férrea, frente al cuartel, en la escuela y la iglesia, en la Casa Redonda, en la casa del señor Pacheco y detrás de una camioneta.

"En ese mismo plano —figura una relación de 13 nombres de personas, entre las que no está el de Arturo— señalando las armas, granadas, etc. de que cada uno disponía. Debido a que ese documento se considera como plan de ataque al cuartel, se fortalece la suposición de que fueron catorce los autores del asalto: los trece enlistados, más Arturo. A los primeros disparos siguieron los gritos de: '¡Ríndanse, están rodeados!', y ocurrieron justamente en el momento en el que los soldados acuartelados realizaban las maniobras necesarias para tomar el primer alimento del día. La disciplina militar se impuso entre el grupo de soldados desarmados que en esos momentos salían para recibir el 'rancho'. Se tiraron pecho a tierra, y poco a poco fueron recogiendo sus armas y municiones, mientras que desde cuatro rumbos distintos les disparaban y lanzaban bombas de fabricación casera y granadas que ya antes los guerrilleros habían recogido como botín, al copar y apresar a una patrulla de soldados federales, a los cuales dieron libertad después de desarmarlos, como ya antes habían hecho prisionera a una patrulla de soldados estatales, a los que también desarmaron y dejaron en libertad.

"A esa hora la oscuridad era completa: los soldados disparaban guiándose únicamente por los fogonazos producidos por los disparos de los asaltantes y por el rumbo que señalaban los gritos e intimaciones para que se rindieran.

"El asalto había sido cuidadosamente planeado según se desprende del documento recogido a Gámiz y de una lista de actividades que había que realizar, previas al mismo, que se encontró entre las ropas del Dr. y Prof. Pablo

Gómez Ramírez. Se supone que no tuvieron tiempo o no pudieron hacer todo lo que habían pensado porque los depósitos conteniendo gasolina que habían escondido y seguramente destinado a incendiar el cuartel, fueron encontrados intactos. (No olvides este detalle, lector amigo. Esto es muy importante).

"La inexperiencia y lo mal armados, aunque se dice lo contrario, con base en la cantidad de municiones recogida, dio como resultado que fracasaran en su intento. Informes diversos originados en las versiones dadas por los soldados revelan que el Dr. y Prof. Pablo Gómez Ramírez disparaba con una escopeta, cuyas postas apenas si dejaron huella en la piel de los soldados, mientras que éstos disparaban con mosquetones M-1 y hasta con ametralladora.

"La relación dada en el plano que se recogió del cadáver de Arturo, es por sí sola reveladora de la falta de armas adecuadas. Los tres grupos que allí aparecen están formados como sigue:

"Grupo 3: Hugo, Molotov, granada, 30-05; Alex: Molotov, granada 77 mm; Carlos: Molotov 30-05.

"Grupo 2: Alfredo, 7 mm; Ernesto, rifle 22 y Victor 30-06.

"Grupo 1: Luis, 7 mm; Daniel, rifle 22, Manuel, escopeta y Martín 30-06.

Como puede leerse, en su arsenal de armas figuraban una escopeta que ni siquiera era de repetición —había que volverla a cargar después de cada disparo— y dos rifles 22. Es verdad que contaban con granadas y bombas Molotov y dinamita que metieron en pedazos de tubo grueso para hacer bombillos, pero repito, la inexperiencia y falta de madurez en las acciones guerrilleras los llevaron a la muerte.

"Los ocho cadáveres recogidos por los soldados correspondieron a las seis personas ya anotadas antes, y a dos no cabalmente identificados. Según los cálculos oficiales y la declaración de algunos vecinos que afirmaron haber visto huir a cuatro de los asaltantes, fueron seis

los que lograron escapar; y de éstos, dos iban gravemente heridos.

"Por su parte, los 125 soldados acuartelados sufrieron de inmediato cinco bajas: sargentos Nicolás Estrada Gómez y Moisés Bustillo Orozco; cabo Felipe Reyna López y soldados Jorge Velázquez y Virgilio Yáñez Gómez. Quedaron heridos y fueron enviados a Chihuahua y posteriormente a México, el teniente Rigoberto Aguilar, los sargentos Virgilio Argüelles López, Eugenio Ramírez López, Manuel Ramírez Cabral y Aurelio Ramírez, más los soldados Natividad Juárez Hernández, Adán Jiménez Martínez, Manuel Félix Hernández, José García Martínez y Roberto García Mendoza.

"Total: cinco soldados muertos y once heridos, aunque en Chihuahua falleció el teniente Rigoberto Aguilar; lo que hizo subir la cifra de muertos a seis. En esa lista no figura el soldado José Santos Rodríguez que en el hospital central militar de México fue entrevistado el 27 de septiembre de 1965.

"Las simpatías del que esto escribe (no hay que olvidar que estoy transcribiendo a José Santos Valdés, "camarada Jueves", como él quiere presentar las cosas y opinar sobre ellas, considerando que no había quedado vivo ninguno de los participantes de esa trágica aventura. Lo que yo diré, va en los capítulos sucesivos. Así es que el que sigue hablando, y por eso entrecomillo, es el "camarada Jueves").

"Las simpatías del que esto escribe están con los muchachos que lucharon con las armas en la mano, buscando que se les hiciera justicia a los trabajadores del campo chihuahuense. Lamento profundamente la muerte de hombres tan valiosos para la causa de la educación y de la defensa y amparo de los pobres. Todos tenían familia que los lloró con dolor amargo y hondo. Pablo tenía además de sus hermanos, a su esposa y cinco hijos, cuya fotografía encontraron entre sus papeles. Pero también son la-

mentables las muertes de los seis miembros del Ejército, y lamentable que otros diez soldados —jóvenes—, hayan sufrido heridas, algunos de mucha gravedad.

"También ellos tienen familia que los lloró. También ellos, igual que los descontentos y rebeldes, fueron víctimas de una misma circunstancia: la incapacidad de un gobernador de Estado para regir con prudencia y tino la vida pública encomendada a su cuidado; incapacidad asociada al espíritu reaccionario de autoridades, latifundistas y explotadores. Maestros, estudiantes, campesinos y soldados fueron víctimas por igual de una situación social indeseable porque para los campesinos, los maestros y los estudiantes, cada día iban en aumento la injusticia, la explotación, la opresión y el mal trato.

"Todos los datos e informaciones aquí recogidas antes de ocuparme del drama de Madera, llevan justo un propósito: hacer ver que la impunidad con que los caciques, las guardias blancas y los malos funcionarios actúan en contra de campesinos, maestros y estudiantes, tenía que dar como resultado la violencia.

"De la sangre de Madera son responsables quienes asesinaron, despojaron, encarcelaron y befaron a pacíficos e inermes campesinos, a maestros y estudiantes. En qué grado las torpezas del gobernador del Estado y la villanía de sus funcionarios policiacos y judiciales fueron capaces de provocar este violento estallido del descontento (que desde hace muchos años se venía acumulando), ya es sabido por la gran masa del pueblo de Chihuahua; donde decir, campesino, estudiante y maestro es decir enemigo del gobierno del Estado, y concretamente del Gral. de Div. Práxedes Giner Durán, para cuyo pueblo trabajador ha resultado una verdadera maldición. Para nadie es un secreto que el verdadero culpable de esta situación de hondos y justificados descontentos es el general Giner Durán quien, para colmo, hace gala de ser villista, cuando el villismo se caracterizó por su profundo

amor y por su defensa de los pobres. Claro que él no tiene la culpa de haber encontrado caciques rurales, latifundistas y explotadores. Pero sí lo es de haberlos alentado y fortalecido negándose a escuchar las quejas de los agraviados; negándose a castigar a los criminales, y poniendo al servicio de los ricos toda la fuerza de la ley y sus jueces; de sus policías, y de sus llamadas fuerzas rurales.

"Campesinos, maestros, estudiantes y soldados muertos o heridos en Madera fueron víctimas por igual de la inepticia reaccionaria de un solo hombre: Giner Durán, Gobernador del Estado.

"Después de terminado el tiroteo, grupos de soldados salieron a perseguir a los que supusieron fugitivos. Su empeño sería vano: la masa del pueblo campesino los absorbió. Pudieron los campesinos estar contra la violencia realizada por los fugitivos; pero no pudieron negarles tan necesario auxilio, por una razón: los hombres del campo sabían que los seguidores de Gámiz y Gómez Ramírez andaban luchando porque a ellos, los campesinos, se les hiciera justicia. Fue por eso que ni los pudieron encontrar, ni los encontrarán nunca.

"Se fundieron con la masa anónima del pueblo, y tal vez un día surjan de nuevo como vengadores".

* * *

Sigue hablando el "camarada Jueves":

"A continuación hay que recoger algunos hechos que demuestran de la manera más palmaria el espíritu no solamente reaccionario, antihumano, vengativo y ruin del que siempre han dado muestras los enemigos de la causa del pueblo. Ferozes, con ferocidad de hienas, se abandonan de las más nobles y bellas palabras para justificar sus actos repulsivos: de bebedores de sangre.

"A).—En Madera había entonces, probablemente sea el mismo hoy, un sacerdote de nombre Roberto Rodríguez

Piña. Fue solicitado para que oficiara durante la ceremonia organizada para sepultar a los cinco soldados muertos (cada uno en su caja de madera decorosamente forrada con tela), y no tuvo inconveniente alguno para participar en su calidad de sacerdote católico, en las honras fúnebres a los militares: bendijo los ataúdes, vistió las ropas usuales en estos casos, y dijo las palabras apropiadas de acuerdo con sus ritos, para el acto.

"Vecinos y algunos familiares presentes, conmovidos por la tragedia de los ocho muertos en el asalto al cuartel, le pidieron lo mismo: que oficiara, que bendijera a Gámiz, a Gómez Ramírez y a sus seis compañeros. Y el sacerdote Rodríguez Piña se negó a hacerlo. Los ocho hombres fueron arrojados como animales atacados de aftosa o cualesquiera otra enfermedad contagiosa y peligrosa, en una fosa común. Llenos de tierra y pólvora, sangrantes, después de haber sido paseados sobre la plataforma de un camión maderero, los dejaron caer en una gran zanja, sobre la cual EL DIA QUE VENDRA el pueblo habrá de levantar un monumento. No creo que el Dios en el que él cree ni sus autoridades y de manera especial Paulo VI encuentren justa y digna de alabanza la actitud sectaria de este ignorante y rencoroso.

"B).—La medida del valor humano que como hombre y como gobernador tiene Giner Durán, la dan los incidentes que recojo enseguida: algunos familiares de los muertos habían conseguido que les permitieran llevarlos a Chihuahua, o darles una decorosa sepultura; cuando Giner lo supo, no sólo anuló el permiso dado; sino que apresuró el entierro de los mismos en una fosa común para los ocho. Su pequeñez espiritual se puso de manifiesto con esa persecución para los muertos.

"C).—El mismo Giner, que calificó de salteadores, bandidos y latrofaciosos a los Mártires de Madera, tuvo el cinismo de comentar que no había pasado nada. Que lo sucedido 'no tenía importancia', porque según el criterio

de este 'sociólogo' y 'político' que avergonzaría a los apaches, 'lo que ocurrió lo mismo pudo haber ocurrido en un baile o en una cantina'... ¡Y pensar que quien opinó así es un Gobernador de Estado!... Sin embargo hay que reconocer que no podía adoptar una actitud diferente: su sentimiento de culpa —aunque inconsciente— se estaba manifestando en el deseo de restarle importancia a la humana matanza como que él —y nadie más que él— es el principal culpable o responsable por tanta vida segada, por tanta sangre derramada... Es público que además, al verlos en la fosa exclamó:

"—¿Querían tierra?... ¡Hártense de tierra!

"D).—Pero lo que lo pinta en toda su palurdez política, lo que hace que aparezca en toda su desnudez el pobre hombre que en realidad es, fue lo que declaró al bajar del avión que lo regresó de Ciudad Madera a Chihuahua: 'Todo se reduce a una bola de locos mal aconsejados'; fue la contundente afirmación con la que remató la ya comentada arriba: 'No tiene importancia'. Tal vez se sintió de pronto (influido por la presencia de fotografías) actor de cine, un poco Arturo de Córdova. ¡De estos viejecitos reaccionarios, vanidosos y de mentadidad feudal pero tontos de capirote, libranos Señor!

"E).—Después de que pasó el tiroteo, de que los muertos fueron recogidos —fueron inhumados el 24— de que la calma volvió para sosegar los ánimos, los observadores vecinos de Ciudad Madera se pudieron dar cuenta de cómo Rito Caldera, jefe de las guardias blancas utilizadas para perseguir, torturar, aterrorizar y asesinar a los campesinos, no ocultaba su satisfacción por la muerte de Gámiz y sus compañeros, en contra de los cuales jamás pudo hacer nada, y siempre los rehuyó. Pero ya estaban muertas y su alegría era tan grande que no la pudo disimular y de ello se dieron cuenta los vecinos. Igualmente satisfecho, contento por la muerte de los guerrilleros —a los que negó oficios que por su ministerio estaba obligado a

darles— se mostró el sacerdote Roberto Rodríguez Piña. Fue tan notable su alegre estado de ánimo que —al igual que el matón Rito Caldera— parecía que se había sacado un gran premio de la lotería. Pero falta un tercer hombre que también gozó con la muerte de los jóvenes rebeldes: Ernesto Castellanos, ex mayordomo de varios latifundistas de la región, y al que por méritos ganados con la siembra del terror entre los campesinos, le dieron como premio la Presidencia Municipal de Ciudad Madera.

"Don Ernesto fue más allá, más sincero consigo mismo —más leal a quienes lo pusieron allí para que los sirviera— reveló todo su instinto de alano, de perro de presa, y propuso formar un grupo armado para ir a perseguir agraristas... Mientras Gámiz y sus guerrilleros vivieron, Castellanos no se sintió con arrestos para formar un grupo armado para ir a batirlos. Ahora estaban muertos, y todo el mundo sabe aquello de que 'a moro muerto, gran lanzada'.

"Pero no todo ha de ser porquería en este sucio mundo. El chofer José Florindo Santos, que maneja el automóvil 2-50, Chevrolet modelo 1963 perteneciente al sitio ubicado en la esquina de las calles Valdés Carrillo y Juárez, frente a la plaza de armas, en la ciudad de Torreón, fue requerido por un hombre como de 35 años al que acompañaban tres jóvenes, el 15 de septiembre como a las 6 horas, para que los llevara hasta La Zarca, Durango. Las investigaciones de la policía (el auto fue reportado como robado al no aparecer ni tener noticias del chofer) revelan que los cuatro hombres a las 4.45 horas de ese día llegaron en un camión de 'Los Altos' llevando por todo equipaje un bulto largo, como de un metro veinticinco centímetros.

"Algunos amigos del doctor Gómez Ramírez suponen que era él y que otro de los viajeros pudo ser el profesor Miguel Quiñones, ignorándose completamente quiénes fueron los otros dos. El chofer José Florindo Santos declaró

que antes de salir se detuvieron en una botica donde el de mayor edad compró unas medicinas. Que al llegar a La Zarca volvieron a salir como a las 10 horas del día 15 rumbo al norte. Que unos cuantos kilómetros adelante, pistola en mano le quitaron el volante que tomó el de mayor edad, y al llegar al entronque de la carretera con Canutillo, Dgo. se salieron de ella, quedando fuera de la cinta asfáltica, como a tres kilómetros del lugar.

"Bajaron dos pasajeros jóvenes, y los otros dos con él en el auto, enfilaron por la Panamericana hacia el norte. No recuerda más. Lo inyectaron por la fuerza. Volvió a darse cuenta de lo que ocurría en lo que supone era la ciudad de Chihuahua, pagándole el viaje.

"Otro día —17 de septiembre—, le hicieron entrega de \$ 2,200.00 y le dijeron que fuera al día siguiente a Cuauhtémoc a recoger el automóvil; lo que hizo sin encontrarlo, pero que posteriormente lo recobró, pues lo dejaron abandonado en Ciudad Guerrero. Este chofer, un trabajador desde luego, informó a la policía todo lo que pudo ver y oír, pues lo inyectaron dos veces más para que siguiera durmiendo, aclarando que nunca entendió de qué hablaban ni se dio cuenta de la ruta que llevaban. Además, hizo una declaración que es necesario recoger: 'Hizo notar que mientras estuvo en poder de los cuatro, lo trataron bien'.

"Además, confesó que le entregaron \$ 2,200.00. Conducta que revela que quienes asaltaron a Madera eran hombres honrados, respetuosos de la vida humana, y de los intereses de sus semejantes, más bien de sus iguales, los trabajadores. Conducta que está en desacuerdo con los calificativos de gavilleros, bandidos, salteadores y asesinos, que les aplicó el iracundo Giner Durán".

Hasta aquí, el "camarada Jueves". El capítulo que sigue ya es mío.

CAPÍTULO III

LA CONSPIRACION

La cosa empezó en junio.

Acababa de regresar de Colombia donde anduve un tiempo con "Tiro Seguro". Recibí instrucciones de venir a México, pues se preparaban acciones en las que mi experiencia serviría de mucho. Yo desde mi adolescencia como alumno de la Secundaria "Moisés Sáenz" (junto al mercado de la Ribera de San Cosme) había salido a Rusia a entrenarme en agitación, sabotaje, y demás armas que ponía en juego el Cominform. Fue por recomendación de Diego Rivera, mi tío; y a fe mía, que fue mucho lo que aprendí.

Allá conocí a Evelio Vadillo, amargado, apestado, de cárcel en cárcel, porque refunfuñaba de todo y se hacía llamar engañado. Había sido comunista rabioso en México, y cuando conoció la URSS sufrió un terrible desencanto; y como estaba impuesta a vociferar sin que nadie le hiciera nada, creyó que podría hacerlo en Leningrado y en Smolensk, y fue a parar hasta Siberia; aunque regresó más tarde a Moscú, y estuvo en diversos reclusorios.

Me causó pésima impresión oírlo expresarse mal del comunismo, y aprobé que lo castigaran "por hocicón".

—El día que crezcas y entiendas estas cosas, me harás justicia—, me dijo alguna vez, cuando por gestiones de nuestro gobierno se le repatrió. Lo acompañé a la estación del ferrocarril con algunos funcionarios de la Embajada.

Yo estaba en pleno sarampión comunista. Era más

marxista, más leninista y más stalinista que el propio Stalin, que Molotov, que Kaganovich o que Laurenti Beria. Por eso escupí lleno de rabia en señal de desprecio como respuesta a lo que ahora veo que fue una certera profecía de Evelio, el cual fue asesinado más tarde en México cuando se disponía a hacer revelaciones.

Alguna vez recibí instrucciones personales nada menos que de Georgi Dimitrov; y en respuesta al buen desempeño recibí del grande personaje del Cominform, unas palmadas en el hombro. Un valioso premio en metálico no me habría dejado tan satisfecho como esas palmadas del camarada Dimitrov. Aclaro que la comisión era mínima —digamos, funciones de mensajero—, pero yo me sentí el comunista número tres en este mundo y en su satélite adyacente.

Después, luego que dominé algunas lenguas extranjeras, estuve en Yugoslavia cuando la crisis de Tito y Stalin; en Rumania; en Checoslovaquia y finalmente, cuando me convertí en adulto, me transfirieron a la América del Sur. Participé pues, en la organización del Frente de Liberación Nacional de Venezuela que derribó a Marcos Pérez Jiménez; no fui ajeno a desórdenes habidos en Bogotá a consecuencia de la muerte de Eliecer Gaytán y que en el mundo se conoció el acontecimiento como "bogotazo", y donde Fidel Castro Ruz tuvo excepcional papel.

Yo sólo cumplí con ayudar a que la turba se encaminara a Palacio con el propósito de tomarlo y derribar al Presidente. Nada más que caí preso; y el final lo leí en los periódicos. Fui deportado. Más tarde, después que Castro Ruz se consolidó en Cuba (en cuya aventura nada tuve que ver, pues yo estaba en Venezuela) formé en las guerrillas contra Anastasio Somoza, en Nicaragua, y también terminó en fracaso. Y tengo la impresión de que conocí al "Che" Guevara cuando era sólo un médico asistente y agitador en Guatemala con Arbenz, sin nombre

ni nada. Creo que alguna vez lo ví; nada más que más tarde nunca tuve ocasión de cambiar impresiones con él cuando ya era el segundo personaje de Cuba; pues poco tiempo después desapareció, y se convirtió en el moderno judío errante al que veían como ombligo de todas las conspiraciones en Africa, Asia, Oceanía y América.

Un día recibí instrucciones de trasladarme a México. Me dio un vuelco el corazón. ¡Tantos años de ausencia! En realidad yo no sabía lo que era mi patria, pues salí chico, cuando apenas vislumbraba las cosas pero ni las entendía ni me importó gran cosa pues yo había rebasado esos linderos al convertirme en ciudadano del mundo.

Se me indicó que iba a iniciarse una guerra de guerrillas para derribar al gobierno e instaurar un régimen comunista. Me documentaron ampliamente respecto a las condiciones que prevalecían; y que de acuerdo con esa literatura, podían considerarse igual o peor a las de Batista en Cuba, de Tacho Somoza, Prado en Perú, etc.

Con mi experiencia, asesoraría a los guerrilleros y los tendría bajo mi control político. Mi función era la de aconsejar y a la vez ser comisario político.

Según supe en Cauca, el pueblo de México estaba esperando el estallido de las primeras balas para alzarse contra el gobierno y enarbolar la bandera roja. Los mexicanos gemían en las cárceles; se vivía un régimen policial; los obreros y los campesinos sufrían hambres y en cada oficina de Gobierno había un censor de la CIA o de la embajada americana. Aunque al comunista lo primero que se le limpia de la mente es el concepto de patria y el amor por los símbolos como la bandera, el himno, los héroes y demás cosas, sentí que me hirvió la sangre cuando me enteraron de la barbarie que reinaba en la que al fin y al cabo era mi patria; pues nací en Tacuba, y mis orígenes eran guanajuatenses.

Me emocioné cuando recibí la consigna:

—¡A liberar a México!

No está por demás decir que creí todo lo que se me dijo de México porque yo no conocía los regímenes de libertad. En Rusia no la había, pero como yo era de los estudiantes, recibía consideraciones que no me permitían advertir la falta de libertad y de muchas cosas.

Ni en Yugoslavia, ni en Albania, ni en Rumania, ni en Checoslovaquia, y tampoco en Venezuela, Colombia, Nicaragua o Cuba —que eran los lugares por mí conocidos—, sabían de libertad a no ser el empleo de la palabra, que era algo que se deletreaba, se soñaba, o se perseguía. Cuando salí de México era un pibe que carecía de discernimiento. Por eso, cuando se me dieron instrucciones de venir como comisario político de las guerrillas me sentí libertador de mi patria; algo parecido a Miguel Hidalgo, o al camarada Benito Juárez. Admiraba a distancia a Demetrio Vallejo, a Campa, a Filomeno Mata y a David Alfaro Siqueiros. Se les tenía en el mundo rojo como mártires de la opresión azteca.

Arribé a México en junio de 1965.

No tuve ocasión de andar solo ni un momento. Mis acompañantes eran Víctor Rico Galán (un español fatuo, llena la cabeza de imbecilidades y fanfarrón), y el Ing. Marcué Pardiñas. Me retacaron la mente de versiones pavorosas de la situación de esclavitud que prevalecía en México. Uno y otro me congestionaban con sus artículos, en que denostaban al gobierno y presentaban al país con las peores tintas y epítetos.

La primera junta fue en la casa de Rico Galán.

Asistieron, que yo recuerde: Ramón Danzós Palomino, Marcué Pardiñas, José Santos Valdés, el doctor Estrada Villa, J. Dolores López, Arnoldo Verdugo y Alonso Aguilar. Naturalmente que también los otros responsables del PC y del MLN.

Rico Galán hizo saber que había recibido un grave extrañamiento de Raúl Castro Ruz a causa de que sólo en México no se producían sucesos no obstante la cuantiosa

inversión para sostener hombres y grupos y costear propagandas. Repitió cada una de las palabras de Raúl, quien de un legajo sacó noticias de explosiones populares organizadas por el PC y por Liberación Nacional; y ni una correspondía a México, el país que más interesa al mundo comunista convertirlo en soviético dada su ventajosa posición limítrofe a Estados Unidos, que haría vulnerable a éste a todos los ataques.

Victor acababa de regresar de La Habana.

—Se me caía la cara de vergüenza cuando el camarada Raúl hacía mofa de nuestra hombría y de nuestra capacidad combativa. Llegó a decirnos que se verían en la imperiosa necesidad de enviar comandos cubanos para que nos dieran lecciones. Yo rogué que no nos sometieran a tanta humillación, y por eso nos enviaron a un asesor mexicano, que es el camarada Prudencio Godines, aquí presente.

Largo rato se deliberó sobre la cuestión. En un mapa se buscaron sitios para iniciar la guerra de guerrillas. Me explicaban la configuración del terreno, los problemas políticos, sociales y económicos y ya casi al amanecer acordaron elaborar memorándums de cada entidad para discutir el asunto con más calma, y que yo pudiera documentarme y emitir mi opinión.

Dos semanas después, fue la siguiente reunión. Pero ya no en casa de Rico Galán, sino en la Escuela Normal Rural de Roque, Guanajuato. Entonces ya participaron además de los de la primera vez, Adán Nieto, Juan Martínez Cedano, de la CCI y sus compañeros de la misma organización Manuel Anaya Rentería, Graciano Benítez y el estudiante de Monterrey Rogelio Cantú Meza, líder de las Juventudes Comunistas de Nuevo León. Allí conocí a Orona, responsable de la comarca lagunera, y al doctor Pablo Gómez Ramírez, que llegó con José Santos Valdés.

Prevalció la opinión del "camarada Jueves" (J.S.V.) que con Rico Galán y con Marcué Pardiñas escogieron Chihuahua para iniciar la guerra de guerrillas. Estrada

Villa quería que fuera en los límites de Oaxaca con Guerrero, donde aseguró que tenía muchos adictos; y Adán Nieto la zona de las Tierras Calientes de Michoacán.

A la postre todos se inclinaron en favor de Chihuahua; y a ello dedicamos nuestros esfuerzos. "Jueves" nos dijo que casi tenía armada la guerrilla, pues varios maestros rurales que él había adoctrinado y enardecido daban uno que otro golpe en la serranía, y tenían preparación militar.

—Bueno... ¡Yo los he entrenado! —se pavoneó ufano Victor, quien habló linduras de su escuela de guerra, donde aprendían manejo de armas, fabricación de granadas y de otros artefactos infernales; y donde se les adoctrinaba en Lenin, Breznev, Fidel y Mao.

Hubo bromas y ¡olés! para Rico Galán, quien se ofendió y amenazó con negar su colaboración a la empresa que se planeaba. "Jueves", maestro al fin, metió la paz y serenó la discusión. Varios alumnos de la Normal de Roque estaban con nosotros. José Santos salió garante de su insobornable comunismo, de su lealtad a la causa, y de su valor que los convertía en la segunda línea de batalla.

Es que Santos Valdés durante muchos años ha sido inspector de la Secretaría de Instrucción Pública, y Chihuahua y otros Estados norteros forman su zona de influencia. La ha recorrido en tren, a caballo, a pie, en coche y en ómnibus, y no descansa en su afán de subvertir el orden. Cuando tuve en mis manos la lista de los comprometidos me disgustó que fueran en su casi totalidad profesores, y sólo un campesino. ¿Cómo es que gente del pueblo no figura en la guerrilla? —pregunté.

"Jueves" titubeó, miró a Marcué y a Rico Galán, y dio una salida de pie de banco que no recuerdo; máxime que esa tarde me cocía una fiebre a consecuencia de un resfriado. Me explicaron que cuando se diera la voz de ¡en marcha! o ¡al ataque! saldrían los remisos de sus chozas y de sus casas, pues todos tenían armas, se unirían a noso-

tros, y aquello se convertiría en el principio de la Revolución Comunista en la tierra firme americana.

En la primera oportunidad me llevaron a conocer el terreno escogido para campo de batalla. Me chocó una cosa:

No era como me lo habían pintado. La gente andaba por todas partes y hablaba bien o mal del gobierno y no los encarcelaban ni mataban. Comían unos bien y otros mal y fuera de algunos puntos de la sierra tarahumara, abundaba la comida y la bebida. Supe que había partidos políticos y que realizaban sus campañas y ofendían al Presidente de la República, al Gobernador, al Partido de Estado, y que luego se paseaban sin que los molestaran. No supe de ningún fusilamiento, y vi al pueblo divertirse en fiestas que llamaban "bailongos", y que al embriagarse con sotol o con cerveza vociferaban contra cualquiera, y se quedaban tan frescos.

Platiqué con varios campesinos y los invité a participar en las guerrillas y me miraron feo. Tuve que alejarme rápido. En Venezuela, al que le hablara de subversión en el acto se disponía a la pelea; y lo mismo pasó en Nicaragua, por el odio a la familia Somoza.

Pero en Chihuahua, aunque se quejaban de la situación no la veían como para insurreccionarse. Eso lo hice saber en juntas subsecuentes y creo que les caí mal a Rico Galán, a Verdugo, a Marcué y a Orona. Sentí que había secretes, que me ocultaban datos, me pusieron casi en manos de los hermanos Gámiz, del doctor Gómez, y de Salomón Gaytán. Casi la dirección de los trabajos pasó a manos de los cuatro arriba dichos, y el asesor en vez de ser yo, era el "camarada Jueves".

Rico Galán era el que más órdenes daba. Parecía como si alguna vez hubiera sido militar o guerrillero, por la locuacidad y derroche de fraseología militar. Yo no sabía que sólo era un teórico; y como es español, pensé que había sido de los veteranos de la guerra republicana contra

Franco, olvidando que por su edad era imposible tal cosa. En fin, que a veces me subyugaba con su verborrea guerrillera. Todo lo sabía. Daba cátedra sobre la forma en que los guerrilleros mexicanos vencieron a los franceses; cómo Ho-Chi Min se impuso y triunfó a base de guerrillas; y hablaba de Sierra Maestra, Escambray y demás sitios de la "epopeya" de Fidel, como si Víctor hubiera sido uno de los de la punitiva del "Gramma". Confieso que le tenía respeto; y eso que yo cargaba mi enorme experiencia en las luchas del FLN en Venezuela, volando oleoductos, batiéndonos con la policía, colocando artefactos para hacer pedazos una casa Sears, unas oficinas de la Standar, o de la United Fruit; o jugándonos la vida en las avenidas de Caracas y Maracaibo; y que participé en no menos de quince acciones al lado del temible jefe guerrillero colombiano "Tiro Seguro"; y que por encima de mi juventud, encabezé una infiltración en tierras brasileiras.

La noche que se tomó la determinación de asaltar el cuartel federal de Madera estábamos en la junta (que se verificó en un cuarto del hotel San Juan, de la ciudad de Chihuahua) los siguientes, pero ya usando nuestros respectivos seudónimos:

José Santos Valdés que por ser conocedor del terreno y el de mayor influencia con los muchachos profesores que iban a pelear, presidió la junta; Víctor Rico Galán, llevaba la voz cantante; el diputado Estrada Villa; el licenciado Adán Nieto; el Prof. Ramón Danzós Palomino, Manuel Anaya Rentería, J. Dolores López, Graciano G. Benítez, Juan Martínez Cedano, Arnoldo Verdugo, Rogelio Cantú Meza, Raúl Ramos Zavala, Iván García, Jesús Bosa Castro y Juan Reséndiz (los tres últimos del movimiento Revolucionario Magisterial de Othón "N").

Además, Arturo Molina, Samuel Sánchez, Rafael Jacobo García, Ernesto Chagoya, Orona, Alonso Aguilar, Manuel Terrazas Guerrero, una delegación de la Normal

de Roque, y otras de Salaices, el Dr. Pablo Gómez Ramírez, Arturo Gámiz y Miguel Quiñones Pedroza.

Con base en una fotografía aérea de Ciudad Madera —población a que me llevaron a conocer oportunamente— se sugirieron los sitios de ataque de acuerdo con las ideas de Rico Galán (que absorbía y centralizaba la coordinación de la estrategia) resultaron ser en la escuela, en la iglesia, en los talleres del ferrocarril, desde la casa de un señor Pacheco, y desde la vía del ferrocarril.

Yo acepté porque el "camarada Jueves" le daba la razón a Rico Galán y lo fortalecía el Ing. Marcué Pardiñas. También estaba de acuerdo Gámiz, y no se oponía Gómez Ramírez. La verdad es que si hay que creer en las corazonadas, el plan no me gustaba, ni la estrategia que se aconsejó.

Nos dispersamos aquella noche, y quedamos de fijar fecha una semana más tarde; pero ya no en el hotel "San Juan", sino en el "De Luxe", de Ciudad Juárez, población que conocí y participé de su vida nocturna. Cada vez me convencía que el horno no estaba para bollos, pues la gente se divertía, comía y andaba por donde le daba su real gana y a nadie se encarcelaba. Buena comida pude advertir y abundante. Al Gobernador nadie lo podía ver porque según me informaron, no lo eligió el pueblo, sino que les pusieron a ése cuando querían a otro; y como ya estaba muy viejo el general Giner, erraba todas sus acciones; además de que contaban que se enriquecía, y que favorecía a los ganaderos y a los explotadores de los bosques, sin importarle que se perjudicaran los campesinos.

Por cuanto a las expresiones a favor del gobierno central de México, se hablaba bien en términos generales, sin que acusaran de dictador y opresor al Lic. Gustavo Díaz Ordaz, ni a su antecesor, ni al otro, ni al otro. Es decir, que estaban conformes con su gobierno y con sus sistemas; y es más, pude observar que la preocupación del régimen federal era beneficiar a la población siguiendo

el cartabón que trazó la Revolución de Madero, de Villa y de Zapata.

Escuelas en todos los pueblos, siempre en la mejor casita; caminos, tiendas de víveres más baratos que el comercio libre, presas y otras obras; pero sobre todo, yo veía regocijo en las miradas y en los labios de la gente del pueblo. Era un espectáculo al que yo no estaba habituado, pues los veintisiete años que viví en la URSS, en Rumania, Checoslovaquia, Yugoslavia, Albania y demás países que ya mencioné antes, es peculiar el gesto adusto, agrio, o de resentimiento; y en las palabras un rencor aplastado, y una conformidad a la fuerza. Ya se les olvidó reír.

Esto lo comenté con mis camaradas; y Orona dijo en voz alta para que los otros lo oyeran:

—El "tovarich" se ha impresionado.

—¿Nos lo habrán comprado ya? —terció Marcué.

—Esto hay que discutirlo en serio —sugirió el Prof. Sosa Castro.

Al día siguiente nos dimos cita en una casa que está en Río Júcar sin número, pero cerca de 421 sur.

Casi me enjuiciaron. No me perdonaban que tuviera expresiones favorables a la situación que observaba. Hasta alguien sugirió que investigaran mi verdadera personalidad pues podría ser uno de la CIA incrustado en el organismo rojo, que estuviera suplantando al verdadero enviado de Raúl Castro. Me salvó de la humillación Rico Galán. Salió garante de mi identidad, pues como es de suponerse, no se manifiesta con credenciales, pues no las usamos. Se pensó y se propuso que el 15 de septiembre en la noche se diera el golpe al cuartel de Ciudad Madera, para ligarlo a la celebración patria. Fue proposición de Rogelio Cantú Meza, de Monterrey; pero en el acto fue aplastado por las burlas del resto de la concurrencia, que lo acusó de sentimentalismo y patrioterismo, con resabios de burgués.

—Nuestro movimiento no deberá parecerse a nada de

lo que está ya inscrito en la historia, porque la historia la vamos a escribir con tinta roja, en páginas rojas.

—¿Y cómo leeremos los textos? —preguntó Manuel Peña González.

—¡Con luz infrarroja! —le respondí; y provoqué otra tormenta. Por lo visto, estaban empeñados en que yo viera opresión, miedo, miseria e insurgencia popular donde francamente no la había.

Dos días más tarde, un domingo por cierto, hubo nuevo cambio de impresiones. Ahora otra vez en el hotel "San Juan", de la ciudad de Chihuahua. A espaldas mías habían deliberado antes, porque con rara unanimidad llegaron todos coincidiendo en la fecha para el ataque, el 23 de septiembre al declinar la madrugada, cuando los soldados tomaran su desayuno.

Me confirmaron mi nombramiento de comisario político de la guerrilla de Ciudad Madera. Di mi parecer, y como ya no tenía ganas de oponerme para que no pensaran que tenía miedo, y a mí me tenían sin cuidado las circunstancias, acostumbrado a ver la muerte muy cerca (como en la jungla colombiana o en las instalaciones petroleras de Maracaibo), estuve de acuerdo en la hora, y en los puntos de ataque.

Hasta entonces pude preguntar cuántos seríamos, que clase de armas teníamos, los nombres que usarían los guerrilleros, y los sitios de reunión en caso de triunfo o de derrota.

—¡No habrá derrota! —me interrumpió el camarada "Jueves". Ya están de acuerdo los vecinos de Madera y pueblos más cercanos en acudir en auxilio de nuestra guerrilla; para que la toma del cuartel sea como La Bastilla por el pueblo de París, el 14 de julio.

—¿Entonces, ya saben allá que vamos a atacar, y la hora? —interrogué alarmado.

—¿Cuál es el error?

—Que los soldados estarán al tanto, y nos esperarán preparados.

—Mira, camarada —dijo el Dr. Gómez—, a la hora de la pelotera nos das consejos, y pones en juego tus conocimientos. Nosotros sabemos con qué gente contamos. ¡Y es un asunto más que estudiado!

—¿Cuándo, que no lo he sabido?

—Pues... ¡ya es asunto estudiado!

Gámiz estuvo de mi parte; y también su hermano, y el profesor de Basúchil, Martínez Valdivia. La discusión se volvió tormentosa. Rico Galán juró que estaría a la hora del combate; y que a cargo de un grupo que encabezaría el "camarada Jueves", estaría el uso de los depósitos de gasolina para incendiar el cuartel.

Cuando se suavizó un tanto la discusión que estaba poniendo muy nerviosos a los muchachos del grupo Gómez-Gámiz, el Dr. Estrada Villa anunció que cuarenta y ocho horas después de la toma del cuartel de Madera, sus guerrillas en el sur tomarían Cuanicuilapan, en Guerrero y Adán Nieto ofreció el levantamiento en las Tierras Calientes del mismo Estado. Los profesores que en nombre del MRM participaban en las juntas, y que eran Iván García Solís, Jesús Sosa Castro y Juan Reséndiz, dijeron que ellos estarían dentro de Ciudad Madera para encabezar al pueblo y lanzarlo contra el cuartel diez minutos después de iniciado el primer tiroteo, que estaría a cargo del grupo situado en la vía del ferrocarril.

—Ya estamos apalabrados con varios que a su vez tienen gente que los sigue, y que a la hora del repique de campanas —que estará a cargo del grupo situado junto a la iglesia—, con bombas Molotov que estamos preparando, y con los tubos rellenos de dinamita que nos proporcionará el camarada Rico Galán, consumaremos una hazaña que hará palidecer de envidia al propio camarada Raúl Castro Ruz, para que no piense que los mexicanos somos incapaces de ejecutar una acción de esta clase. Ellos no pu-

dieron con el cuartel de Moncada. ¡Nosotros sí con Cuartel Madera! —aseveró Iván.

Casi estuvieron tentados a aplaudirlo los muchachos, que faltos de experiencia en estos casos, no saben que esas explosiones de júbilo son burguesas.

Orona ofreció poner a disposición de la guerrilla quince metralletas M-1 y tres M-2 más varios rifles de alto poder. Estarían en una casa que marcó en el plano con la punta de un alfiler.

Un muchacho que no puedo ubicar, dijo que las alumnas de la Normal de Saucillo y los de Salaiques ya estaban organizados en guerrillas y que sólo esperaban un cargamento de armas que les iba a llegar. Habían practicado a sugestión del "camarada Jueves", y lo único que les faltaba era la fecha de su rebelión y los objetivos de combate.

No sé por qué, pero hallé una ausencia total de organización en esto que se proyectaba que fuera el inicio de la revolución comunista en México llevada en escala mayor para la toma del poder. Cada quien hablaba y barajaba cifras, fechas, contingentes y no dejaba la oportunidad de emplear la dialéctica marxista; como para presumirme de que estaban al tanto de Marx, de Lenin, de Stalin, de Mao, de Fidel, de las guerrillas que sugería el "Che" Guevara, y que el que sobraba allí era yo. ¡Yo, el único que había andado en esos menesteres durante largos años! Me daba la impresión aquello de que yo estorbaba, y que malograba algún plan.

Me volvió a dar mala espina.

Estuve tentado a escribir al camarada Raúl para comunicarle mis temores dada la ignorancia y estupidez de quienes se habían echado a cargo una tarea sobre cuestiones en las que eran neófitos; el temor a que se fracasara y provocara una represión general y se dieran pasos atrás en el camino de la lucha emprendida; pero desistí de hacerlo porque volví a sobreestimarlos. A lo mejor ellos tenían razón. En cuestión de guerrillas nada es absoluto.

Fidel Castro Ruz, sin haber ganado una sola acción, con unos cuantos que tiraban un tiro y se escondían, hizo que huyera Fulgencio Batista, un soldado profesional experto en rebeliones, y que se rindiera un ejército bien organizado, bien armado y bastante fuerte, como era el cubano. Acá me contaron que Porfirio Díaz se vino abajo con la sola toma de Ciudad Juárez por Francisco Villa. ¡A lo mejor Rico Galán y demás tenían razón, y yo era el timorato!

Se formaron tres grupos con los que iniciaríamos el ataque. Como cada cual tomó el nombre que usaría en lo sucesivo hasta la consumación de la Revolución Comunista en México —para evitar represalias con las familias de los combatientes—, la lista se elaboró así:

Primer grupo: Luis, Daniel, Manuel y Martín.

Segundo grupo: Alfredo, Ernesto y Víctor (no Rico Galán).

Tercer grupo: Hugo, Alex y Carlos.

A manera de reserva de pronta acción, dispondría yo de otro grupo que me serviría algo así como de estado mayor, y que estaría conmigo para llevar las órdenes y consejos a cada uno de los lugares. En vez de arma larga estarían dotados los de esta reserva, de granadas y escuadras calibre 45 que prometió Arturo Orona y que no entregó. Este grupo móvil se integraría con alumnos de la normal de Salaiques que ofreció Miguel Quiñones, que eran de los preparados por "Jueves", y que harían su incorporación a la guerrilla 24 horas antes de la acción, o sea el 22 de septiembre.

Fui a Ciudad Madera a conocer cada uno de sus rincones, y ver si podía mejorar la estrategia del ataque. Tuve que salir al día siguiente pues parece que olfateó algo Rito Caldera, jefe de las guardias blancas que me miró muy de mala gana; y con una señal dio instrucciones a un bigotón que no me perdiera de vista. Se puso un dedo abajo del

ojo derecho, y como que lo jaló apuntando la vista hacia mí. Le decía:

—¡Vigilalo!

Esa seña no es usual en otros países, pues cada cual se expresa a su modo; pero comprendí que era una indicación, y discretamente observé que el bigotón iba atrás de mí sin acortar ni alargar la distancia, siempre mirándome como si viera a otro lado. Mi físico no corresponde al de los lugareños. Aunque soy alto y fornido como abundan allá, tal vez mi larga estancia en países europeos me daba aire extranjero que me hacía pensar que llamaba la atención de todos. También mi español lo pronuncié con acento sudamericano, pues el original capitalino lo perdí en mi larga estancia en Rusia, Rumania, Checoslovaquia, Yugoslavia y Albania, en que jamás hablaba castellano, sino el correspondiente al lugar donde estaba asignado. Y luego que me incorporaron a las guerrillas en Colombia, Venezuela y Nicaragua, acabé por hablar un español con el dejo característico de los sudamericanos del norte.

Y en Chihuahua se canta de otro modo el idioma.

Opté por evadir la persecución del hombre de los mostachos. Me fue fácil. Estoy entrenado y acostumbro dar clases de cómo zafarse la vigilancia. ¡Tantas veces lo practiqué en Maracaibo y en otras tierras!

Estuve en Temosáchic y luego en Bavícora. Me interesaba conocer la topografía del terreno, para casos de desastre. Yo no estaba tan optimismo como Rico Galán y como José Santos Valdés, que ya se veían despachando en el Palacio Nacional de la ciudad de México antes de las navidades.

Recuerdo que se perdía el tiempo en cosas infantiles.

Víctor Rico Galán no era partidario de que los guerrilleros de México fueran barbones como los de Sierra Maestra y Escambray. Su preocupación era cómo nos habríamos de caracterizar. Parece que le había dolido la regañada que le dio Raúl, y tenía empeñado su amor pro-

pio en ganar esta guerra y no estar bajo la tutela de los Castro Ruz, sino crear su propia jerarquía, que la juzgaba más poderosa que la cubana en razón a la cuantía del territorio mexicano, y a la real fuerza que tendría en la conquista de los Estados Unidos.

No conozco a nadie más vanidoso ni más pagado de sí. Yo no sé si las fuerzas políticas comunistas lo habían seleccionado como jefe; o él creía que podría quedarse con el pontificado, pues sus planes, siempre que hablaba conmigo y con José Santos Valdés eran en torno al reparto del poder, correspondiendo a él la sopa más gorda.

Estoy con la idea de que es un esquizofrénico.

CAPÍTULO IV

LAS VISPERAS DE SAN LINO

En Madera tuve la sensación de que eran más de 40 los soldados de la guarnición. Justamente me proponía contarlos, cuando Caldera me puso el ojo encima y tuve que escabullirme. Víctor Rico Galán nos dijo que eran cuarenta "sardos" (así llamaba al soldado raso) los acuartelados, y que no nos iban a saber "ni a melón".

También advertí una visible nerviosidad en las gentes, como cuando esperan algo no muy de su agrado. Era evidente que los preparativos del ataque los conocían muchos y por lo tanto, las guardias blancas y los soldados deberían saberlo también, dado lo pequeño de la población.

Las fiestas septembrinas las pasé en Chihuahua en compañía de los Gámiz, de Oscar Sandoval, y del muchacho de Ariseachic. Como andábamos muy escasos de

dineros — ¡pero muy escasos! — una noche que no teníamos para cenar ni para amanecer siquiera pues el “camarada Jueves” se nos había desaparecido y era el que nos refaccionaba, tuvimos que aceptar tapándonos la nariz, que fuera nuestro anfitrión un “jotito” enamorado de Oscar, que lo perseguía desde hacía algún tiempo.

Lo encontramos en la calle Juárez; y al ver a Oscar, se le iluminó el rostro y se desparramó en aspavientos. A Sandoval, le molestaban las atenciones del tipo; pero esa noche teníamos mucha hambre y al otro día emprenderíamos el regreso a la sierra y necesitábamos una dotación de energías “por lo que hubiera”. Así que aceptamos su invitación a cenar en un restaurante lujoso donde se especializan en carnes asadas, sabrosísimas.

No cabe duda que el enamorado de Sandoval era espléndido pues roció la cena con buen coñac que hizo destacar en su presencia. De alguna manera intuyó que andábamos sin un céntimo, pues discretamente, para no ofendernos nos invitó a almorzar al otro día. Aceptamos, y el desayuno consistió en un humeante y aromático “menudo” con tortillas de harina y frijoles refritos que oían a gloria. Muy parlanchín, nos mostró una impresionante colección de credenciales de empleos políticos que aseguró haber desempeñado en su tierra. Repartió tarjetas con sus señas por lo que se nos ofreciera. El buen hombre es profesor, y muy locuaz. Se nombra Ignacio Victoria Hernández. Se acompaña bien con la guitarra. Ignoraba nuestras actividades, que además ni le importaban, porque para él lo único interesante era estar muy cerca de Oscarito. Este muchacho fue el único que cenó a disgusto, y no almorzó contento.

Más tarde nos decía que su “enamorado” le pellizcaba las piernas y se sobaba los muslos en forma descarada. Oscar se dejó manosear “como un sacrificio y una contribución más a la causa”, ya que tantos y tan apetitosos

alimentos nos eran indispensables para el retorno a la sierra. Don Gabriel — “Grabiél” pronuncian en su casa — tío de Rafael Martínez Valdivia tiene un negocito cerca del hotel “Apolo” donde ahora estamos hospedados. Es un apasionado partidario del Gral. Giner; y sin importarle el mucho disgusto de su sobrino (el maestro de Basúchil) hizo la apología del Gobernador, de quien fue soldado en los remotos años 14.

Don “Grabiél” platicó que Giner fue jefe de los Dorados de Villa, formado ese batallón con los más bravos entre los más valientes. Era la escolta selecta del Centauro. En la batalla en que perdió el brazo el Presidente Obregón, el entonces coronel Práxedes Giner Durán comandó las cargas de caballería que estuvieron a punto de inclinar la victoria a favor del célebre guerrillero Villa.

Llevado de su entusiasmo ginerista poco faltó para que nos llevara a “enseñar las muchas obras de ‘mi’ Gral. para que el ‘cabeza-dura’ de Rafael viera que no es tan ‘pior’ como aseguran”.

Don “Grabiél” pagó la cuenta del hotel “Apolo”, echó unos pesos en el bolsillo de Martínez Valdivia, sin saber en lo absoluto sus nuevas actividades, y tampoco las nuestras. El dinero fue en préstamo.

En Cuauhtémoc nos esperaban los profesores Sosa Castro y Juan Reséndiz. Llevaban las monedas que nos mandó el “camarada Jueves”. Se ofrecieron acompañarnos en el “jeep” que contrataron. Ibamos como en lata de sardinas. Sosa Castro no paró de hablar en el camino. Me aseguró que el magisterio rural de la República que controla el MRM, se lanzará a la huelga general que hará extensiva a todas las actividades en sus jurisdicciones (la huelga general revolucionaria) tan pronto nosotros capturáramos el cuartel y tomáramos la primera plaza importante por ser municipio, como lo es Ciudad Madera. El paro vendría inmediatamente después, para impedir que las

tropas federales acudieran en ayuda de sus vencidos compañeros y para darnos un escarmiento.

El paro, pues, alcanzaría a los ferrocarriles y demás transportes.

En mi fuero interno, este maestrillo no era más que un tonto con iniciativa y un botarate más con el que había que "colaborar". Me dio la impresión de ser un indiscreto que no guarda en la boca ni la lengua.

Platicó mil historias en las que su líder Othón burlaba la vigilancia policiaca siempre auxiliado ¡tenía que ser! por el Prof. Jesús Sosa Castro, que se enfrentaba a "cuicos" (como llama a los policías), los desarmaba y haciéndolos huir, rescataba a su caudillo.

Aprovechó el viaje para revelarme las divergencias que dividen al PCM del MLN, del FEP, de la UGOCM, del PPS, del POCM y demás afines. Eso fue lo único interesante de su charla farragosa, pues por ella supe que la extrema izquierda se debatía en odiosas discordias intestinas que tenían en pleito a todos contra todos por los motivos más baladíes. De expulsión en expulsión de líderes ha surgido tal cantidad de "organismitos" rojos que fundaban los expulsados, que faltan letras en el alfabeto para identificarlos por sus iniciales.

Yo anhelaba que el sueño venciera al fin a esa guacamaya chillona, pero no tenía para cuando acabar. Tuve que rogarle que me dejara dormir un rato pues llevaba juntas varias desveladas. De no haberle pedido eso, ya se preparaba a contarme la forma en que Lombardo Tolodano traicionó a Othón.

¡Se me había ido el sueño!

De todos modos había ganancia porque pude concentrarme en mis pensamientos y hacer mis deducciones. Asocié el proyectado asalto al cuartel de Madera con el de Moncada el 26 de julio de 1953. Bien recuerdo aquello porque después del "bogotazo" que me costó ir a la cárcel, salí deportado; y más tarde, a consecuencia de lo mismo,

cambié de nombre. En Caracas encontré a "Leonilo" que tomó parte en lo de Moncada, quien me narró la historia de lo sucedido. Me contó en charlas, una tras otra, que para llevar adelante su programa de agitación continental, la URSS tenía entonces en Cuba al mejor cuadro de dirigentes de América. Juan Marinello y Blas Roca integraban el binomio que, amparado en su condición de congresistas, recorrían frecuentemente América del Sur.

Para la organización sindical tenía al arrogante Lázaro Peña, como tuvieron en el sector azucarero a otro afrocubano no menos altanero, Jesús Menéndez, muerto en un duelo a balazos con un capitán del ejército en tiempos de Grau San Martín. Y en otras actividades a Salvador García Agüero, Martín Morúa Delgado, César Vilar, Joaquín Ordoqui, José María Pérez y Romárico Cordero, activistas de primera.

Maestros consumados en el arte de la propaganda, infiltraron a sus hombres en casi toda la prensa. Pero el centro de la actividad marxista estaba en México, no obstante que Cuba tenía relaciones con Rusia. El cerebro estaba en el edificio 204 de la calzada de Tacubaya, en plena capital de México, con poderosa antena direccional y 123 miembros adscritos a la oficina comercial, al boletín informativo, y a la propia embajada. Es allí de donde se lanzaron los planes que habían de llevar a Cuba a la órbita soviética. En la Embajada rusa se efectuaban reuniones a las que asistía Castro; como otrora fue visita frecuente de la misma, Julio Antonio Mella.

¡Lo que son las cosas! Para comunizar a Cuba, el trabajo se hizo desde México. Ahora que íbamos a iniciar la Revolución Comunista con la toma del cuartel de Ciudad Madera, era La Habana la que daba instrucciones, dinero y todo para la comunización de México.

Es que interesa mucho a la URSS fomentar sus quintas columnas en cada país de América, de las cuales habrá de valerse en la eventualidad de un nuevo conflicto mundial.

A ese propósito responde la formación de partidos comunistas nacionales.

Por eso, cuando poco faltó para que pelearan la URSS y Estados Unidos, en la Argentina se lanzó una cerrada consigna de cooperación para que Rusia conquistara la victoria. En México, Dionisio Encina abogó "por la formación de un frente común para oponerse a cualquier guerra imperialista"; en Cuba, Carlos Rafael Rodríguez proclamó que "las fuerzas progresistas de la América Latina necesitaban aliarse con las de campo anti imperialista que dirigía como gloriosa vanguardia la URSS"; en Chile Ricardo Fonseca aseguró que "el pueblo no pelearía nunca contra la URSS"; y en Brasil, afirmó Luis Carlos Prestes que "el pueblo brasilero no desea participar en una guerra agresiva, y particularmente de una guerra contra la Unión Soviética".

El plan a seguir fue concebido en México por el embajador Constantino Oumansky, que perdió la vida más tarde en un accidente aéreo. Desde allí se dirigían las actividades "anti imperialistas" en el hemisferio, se lanzarían las consignas, y se fomentarían los focos de agitación y propaganda. Al desaparecer en 1956 el Cominform, se inventó la Operatsionnye Upravleyse (Buró ejecutivo) conocido por la sigla OPU-YE en sustitución de la Sección Ibérica (IBA) que funcionaba en Praga, a cuyo frente se encontraban mi gran amigo el salvadoreño Adrián Rivas, adoctrinado junto conmigo en la URSS, y que fungía como secretario general del comité de acción de la Federación de Estudiantes Venezolanos (FEV).

Posteriormente surgió la Junta Revolucionaria de Centroamérica y del Caribe (JRCAC) que en cierto modo venía actuando desde 1952. Pablo Jiménez, su primer jefe era un antiguo oficial soviético que fue instructor de activistas latinoamericanos en Praga. Lo secundaba el dominicano Pablo Bernardino, también adoctrinado atrás de la Cortina de Hierro y capitán de milicias durante la guerra

española. A Jiménez lo sustituyó el misterioso Calderón Pinto Blanco, comunista nicaragüense, encargado especialmente de las actividades contra Somoza y Trujillo con base en Guatemala bajo la protección de Jacobo Arbenz.

Derribado éste por Carlos Castillo Armas en 1954, Pinto Blanco provisto de pasaporte costarricense, viajó por el Caribe en compañía del nicaragüense José María Torneo, ex comandante del ejército de Guatemala, como activistas ambos de una sociedad secreta, la CESTA (de la que fui jefe interino) y cuyas principales bases radicaban en México y Costa Rica.

Uno de los miembros de la Junta Revolucionaria de Centro América era un médico argentino que sufría asma. Se llamaba Ernesto Guevara, quien comenzó a elaborar la "Operación Batista", pues los comunistas no perdonaban a éste su decidida posición contra el Partido y la ruptura de relaciones diplomáticas con la URSS en marzo de 1952. Por eso es que digo antes que tengo la impresión de haber tratado con el "Che" cuando él carecía de significación.

Desde ese momento se imprimió gran impulso a la conquista de Cuba. Es por ese tiempo cuando apareció en la isla una extraña misión de geógrafos y geopolíticos. No puede precisarse por dónde penetraron en territorio cubano estos "especialistas" soviéticos. De sus trabajos participó como asesor y cicerone el siniestro Antonio Núñez Jiménez. Le prestaron su concurso Luis Mas Martínez, Oscar Pino Santos, el profesor Salvador Massip y Vilma Espin, que más tarde fue llamada "la Pasionaria cubana". Su misión consistió en realizar exploraciones y verificaciones en las costas del oriente cubano, a fin de determinar la posibilidad de crear nidos secretos para submarinos, en posiciones estratégicas cerca de la base naval de Guantánamo.

Se hicieron igualmente ascensiones a los picachos y mesetas de la Sierra Maestra para estudiar la posibilidad

de establecer campos de aterrizaje y seleccionar lugares para el descenso de paracaidistas.

* * *

Estamos en los dinteles del 26 de julio de 1953.

Castro Ruz no actúa por sí mismo, pero es el factor juvenil lo que a la URSS interesa aunar, y vale la pena intentar en Fidel una segunda prueba ya que la primera —la de Bogotá—, no defraudó las esperanzas en él depositadas. La toma del poder por Batista en marzo sorprendió al Partido Comunista Cubano en pleno desarrollo del plan de infiltración de la Ortodoxia. Sus líderes quedaron desconcertados, y más, cuando se produjo la ruptura de relaciones con la URSS.

El 21 de marzo —a los once días del Golpe—, llegaron a La Habana dos correos de Moscú: Fedor Zaugog y Alex Selatov, provenientes de México. Conducían un voluminoso equipaje. Un joven teniente cubano consideró que debería ser abierto y revisado a pesar de la inmunidad diplomática, y entonces los correos soviéticos se negaron a la revisión y prefirieron regresar con su equipaje intacto a la capital mexicana. A consecuencia de ello, vino el rompimiento de relaciones entre la URSS y Cuba el 31 de abril.

Al producirse el inesperado suceso —lo reveló más tarde el "News" de Nueva York el 16 de marzo de 1960— se conjuraron en la Universidad de La Habana con Blas Roca, los camaradas Leonel Soto, su esposa Geisha Borrero, Alfredo Guevara, Raúl Roa, el siniestro Antonio Núñez Jiménez, Fidel Castro Ruz y Vicentina Antuña, para asesinar a Batista, por haber destruido la base soviética en las Antillas; y a la vez, para desarrollar un plan de violencias para despertar al país de su indiferencia.

Para tal empresa se escogió a Fidel.

Es mentira que haya sido en una reunión de inconfor-

mes del Vedado donde nació la idea de una operación militar que no solamente electrizará a Cuba, sino que redundará en excelente oportunidad para suscitar una rebelión contra Batista. El plan se trazó en México —me dijo el camarada Leonilo, que tomó parte en él— y su realización se confió a Fidel, que desde el primer momento intentó destacarse como opositor al Golpe de Estado que dio Fulgencio Batista, presentando ante la Sala de Garantías del Tribunal Supremo, denuncias por violaciones al Código de la Defensa Social.

El plan para realizar el magnicidio (el asesinato de Batista) que se acordó en el aquelarre de la Universidad fue sacar con maña al Presidente de la Ciudad Militar de Marianao, o de la Mansión del Ejecutivo en La Habana. Pronto pareció presentarse una ocasión propicia cuando los veteranos de la guerra de Independencia de Oriente lo invitaron a presidir actos conmemorativos de la Guerra Hispano-Americana, que deberían celebrarse en el mes de julio en la ciudad de Santiago de Cuba.

Fidel (que carece del espíritu de auto inmolación de un Czolgosz, o de un Angiolillo), tiene simpatizantes en el pueblo occidental de Artemisa. Reúne un pequeño grupo en una finca del barrio de Capellanías. Los adoctrina, les inyecta fervores revolucionarios. Los envía luego a la capital oriental provistos de insignias y placas falsas que habrán de colocar en automóviles para ser confundidos con los del Ejército y de la Policía, encargados de la custodia del Jefe del Estado.

El plan fracasó porque Batista desistió del viaje, acaso advertido del peligro que corría. Hay sospechas del atentado, y recaen sobre Fidel. La policía, tras de someterlo a un interrogatorio, lo deja en libertad. Pero cuando esto sucede, ya está en marcha la idea del Moncada. Por delante, para explorar el terreno y calcular probabilidades, van Pedro Miret Prieto y Abel Santamaría Cuadrado, los dos comunistas del rango de "fieles". Con hombres esco-

gidos del grupo de Artemisa y con otros enviados desde La Habana, se integra el contingente de la "Operación Moncada". Fidel desconfía de todos. Al país sólo le interesaba el centenario de José Martí, que celebraba con severa solemnidad. Pero por el desquite andaba Carlos Prio Socarrás; andaba el senador Varona; y andaban desde luego, los Ortodoxos pidiendo como las ranas de la fábula de Esopo, un rey, un líder capaz de sustituir al insustituible Chivás.

El Partido, después de facilitar la frustración de los planes de Montreal, tenía verdadera ansiedad en tomar la iniciativa contra el Gobierno de Marzo (llamado así el de Fulgencio Batista, porque en ese mes dio el golpe de Estado).

Con piñareños y habaneros se prepara el contingente para la alocada aventura. Se les envía a Santiago "donde ha de darse el golpe"; y sin más aclaraciones se les acomoda en una granja sobre la carretera a la histórica playa Siboney, lugar del campo de batalla de la guerra hispano-americana. Una guardia permanente y discreta vigila sin cesar la entrada a la granja que, arrendada para una imaginaria crianza de gallinas y puercos, se ha convertido en cuartel. La actitud sibilina de Castro Ruz despierta recelos que él con zalamerías se esfuerza en acallar. A los desconfiados, a los impacientes, dirá que deben permanecer allí hasta que el "cuerpo principal haya salido". En la granja sólo hay dos mujeres: Haydée Santamaría y Melba Hernández. Su misión: preparar los uniformes.

Las armas que se reciben se ocultan en un garaje de madera. Y no es sino en la madrugada del 26 de julio cuando deja Castro entrever el proyecto tan celosamente guardado. "Vamos a tomar el Cuartel Moncada —les dice en medio de general sorpresa—. Los soldados de la guarnición nos esperan para reunírse nos. Todo está preparado".

Cruel mentira.

Algunos vacilan. A todos la aventura luce sumamente riesgosa. Fidel insiste, ruega, apostrofa, conmina. Juan Almeida que, andando el tiempo llegará nada menos que a jefe del ejército "rebelde", improvisa una clase de minutos para cargar carabinas. El mulato Almeida tiene una larga hoja penal: varias condenas; entre ellas, una de cuatro años por asalto y robo a una turista.

—Vamos a tomar el Moncada —insiste Castro Ruz—. El factor sorpresa hará fácil la tarea. Una vez que lo hayamos capturado, será nuestra toda la provincia de Oriente. Vamos a ser más grandes que Martí y que Maceo. —Las dos mujeres visten uniformes de enfermeras. Las acompaña un sujeto con atuendo de médico interno. Deberán llegar al campamento atravesando el hospital civil "Saturnino Lora".

* * *

En varios automóviles salen de la granja tomando por la carretera, el camino de la ciudad. Bueno es recordar que el santo patrono de la capital de Oriente —cuyo primer alcalde fue Hernán Cortés— es el apóstol Santiago, cuya festividad se celebra el 25 de julio. Coincide allí con el cierre del llamado "carnaval de verano" que se inicia el día de San Juan, el 24 de junio. Desfile de comparsas, en su mayor parte enmascarados, bailes, y toda clase de diversiones populares.

A la hora señalada para el asalto la mayor parte de los habitantes fatigados por largas horas en pie o por bailar incesante, y no pocos rendidos por los "tragos" están ya de regreso a sus hogares en demanda de un sueño reparador. Por las calles sólo deambula el reducido grupo de trasnochadores. Los soldados del Moncada duermen a su vez, desde las nueve de la noche anterior en espera del toque de diana.

A las 5.15 un grupo inicia el ataque. Los soldados de

las tres postas de acceso al campamento: la principal, la del hospital y la de la Audiencia, son pasados a cuchillo. Y es un hecho cierto que el contingente de las dos mujeres logró llegar al hospital del campamento donde asesinan a soldados recién operados, que no podían moverse de las camas.

De los 120 hombres con que Fidel contaba, sólo respondieron 80. El resto se "perdió" al penetrar en la ciudad; entre ellos, Raúl, su hermano. El ataque culminó en fracaso total. Lejos de secundarlo, los soldados sorprendidos los rechazaron con energía.

"Se nos engañó miserablemente —dijo más tarde al 'News' uno de los que participaron en la aventura—. Se nos persiguió por todas partes".

Y cuando ya el desastre estaba consumado, se oyó la voz lejana de Castro Ruz gritando:

—¡Sálvese quien pueda!

Boris Santa Coloma, novio de Haydée le preguntó:

—¿Y las muchachas?

—No tenemos tiempo de ocuparnos de ellas —le respondió—. No podemos arriesgar nuestras vidas. ¡Es un orden!

Boris protegió la retirada; mejor dicho, la fuga de Fidel. Trató luego de rescatar a su prometida. Esto le costó la vida. Aquéllas, después de derrochar crueldades, pretendieron confundirse con las auténticas enfermeras para pasar inadvertidas en aquel momento de confusión. Las descubrió un fotógrafo militar. Años más tarde, la inexorable y deshumanizada Melba lo buscó, lo encontró, y jubilosa hizo que lo fusilaran.

Fidel y Raúl se ocultaron en la residencia del Rector de la Universidad de Oriente, doctor Felipe Salcines, quien inmediatamente se puso en contacto con el arzobispo de Santiago, monseñor Enrique Pérez Serantes.

Todo aquello ha durado menos de una hora; pero una hora que hizo historia. Se hizo aparecer a Fidel, fugitivo

en las vecinas montañas, temeroso de su vida. Se iniciaron gestiones cerca de las autoridades para garantizársela. Nadie pensó en los soldados asesinados en sus puestos. Salcines interesó a los Rotarios, a los Leones, y movió a los profesores de Dolores en pro del discípulo predilecto. Ruega el Cardenal Arteaga; y en fin, como vocero de todos, medió el arzobispo bien amado. El alto mando militar se apresuró a ofrecer las garantías pedidas. De recibir la rendición se encargó el capitán Pérez Chaumont. Fidel y el grupito de prisioneros temían la justa ira de los soldados en cuyas filas dejaron huellas de una ferocidad inaudita; y quedaron en poder no de las autoridades militares, sino de las civiles, para que respondieran de su delito ante tribunales de justicia común.

En el asalto al Cuartel Moncada murieron 14 soldados; y 23, de los 80 asaltantes.

El plan no fue hecho para triunfar, sino para hacer ruido. Se llevó a la muerte a los muchachos, para esgrimirlos después como mártires. Mientras mayor fuera el número de inmolados, más grande sería el ruido de la propaganda.

Todavía los capitaliza. Su grupo se llama: "Movimiento 26 de Julio".

* * *

Casi al amanecer llegamos a Bavicora.

El frío era espantoso. Lo sentí más porque ya me había habituado a los calores horribles en Nicaragua, Venezuela y Colombia. No dormí en toda la noche. El repaso de la forma en que se fraguó el asalto al Cuartel Moncada me hizo encontrar muchos puntos de contacto y de parecido con el que estábamos preparando para tomar el Cuartel de Madera.

Había preguntas sin respuesta; misterios, seguridades, promesas y mentiras que no me gustaban. También había-

mos acampado en una ranchería cercana a Madera; y no todos los profesores que estaban en la guerrilla sabían la verdad. Ni siquiera estaban enterados de la fecha, ni de los pormenores.

Para no incurrir en indiscreción, al asalto le llamamos "San Lino", porque el 23 de septiembre es ese santo, y nadie podía suponer una aventura tan tremenda.

De nueva cuenta nos reunimos en Chihuahua los dos jefes de la guerrilla, yo, "Jueves", Marcué, los delegados del MRM, Terrazas, Orona y Víctor Rico Galán que volvió a presumir con su academia para guerrilleros que tenía en la metrópoli, en la que dirigía los cursos sobre métodos de sabotajes, de ataque y defensa, de lucha callejera, de asalto a cuarteles, líneas férreas, depósitos de armas, víveres, y también elaboración de bombas.

Con gran ligereza bordaban sobre el triunfo dándolo por hecho no sólo en Madera, sino en todo Chihuahua y en el país. Ya suponían y veían a los gringos temblando de miedo enarbolando en el Capitolio de Washington la bandera blanca de la rendición.

Yo estaba francamente molesto. Ya no soporté tanta estupidez, y les dije que en el momento en que Estados Unidos sintiera que el "Cuartel de Madera" constituía un peligro para su seguridad, nos pondría una sombrilla de bombarderos, cruzaba el Bravo, y entraba por los puertos y nos aplastaba. ¡Era la verdad! No se me había ocurrido antes. Pero a medida que hablaba me fueron saliendo razones, y al final mi acento era de convicción, sobre todo cuando me estaba dando cuenta que el comunismo en México era insignificante; que las fuerzas estaban pulverizadas; que cada quien era enemigo de cada cual; y que buscaban sabotearse en vez de agruparse y presentar un frente común.

Además, en el poco tiempo que tenía en mi país, me había dado cuenta que poseía una Revolución superior a la que yo había abrazado en mi adolescencia; y que era

aceptada y defendida por el pueblo, cosa que no ocurre con el comunismo, al cual hay que apuntalar con bayonetas, patibulos y campos de concentración. Ahora que había aspirado los primeros efluvios de una libertad auténtica, parecía como que me habían removido sentimientos, y me atraía.

Rico Galán rebatió mis opiniones, burlándose sarcásticamente:

—Nuestro querido camarada tiene razón si dejamos las cosas donde él las deja planteadas. ¡Si los Estados Unidos movilizan aviones, barcos y tropas hacia México... pues claro... no vamos a pedir que el pueblo mexicano luche con estacas o con orquídeas contra cañones...! Por felicidad para nosotros y para suerte del proletariado mundial, la URSS, China roja, Cuba, Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria Alemania Oriental y demás democracias populares han planteado con mucha anticipación el problema que ha visto el camarada Godines, y también su solución que sólo el pobrecito no la ha visto, ni sospechado. De sospecharlo, su posición habría sido diferente en esta reunión y en las anteriores.

"El comunismo internacional, camaradas, se ha preocupado más bien que de controlar los aviones, los cañones y los barcos de guerra, de influir, de sujetar aquel dedo que habrá de oprimir el botón mágico —al que con tanto susto ha hecho referencia nuestro camarada— y que será el que haga zarpar a la flota y movilizar a las tropas de aire y tierra".

Luego, con el auxilio de Marcué Pardiñas y de "Jueves", se extendió en una amplia información sobre las grandes realizaciones comunistas en Estados Unidos, sobre la penetración en muy altas y poderosas esferas y sobre los servicios que habían de prestar de una y otra manera, muy importantes personajes. De otro lado exployó su pensamiento sobre la ayuda que recibiría el levantamiento

y sobre la acción de solidaridad que se desarrollaría en toda la América.

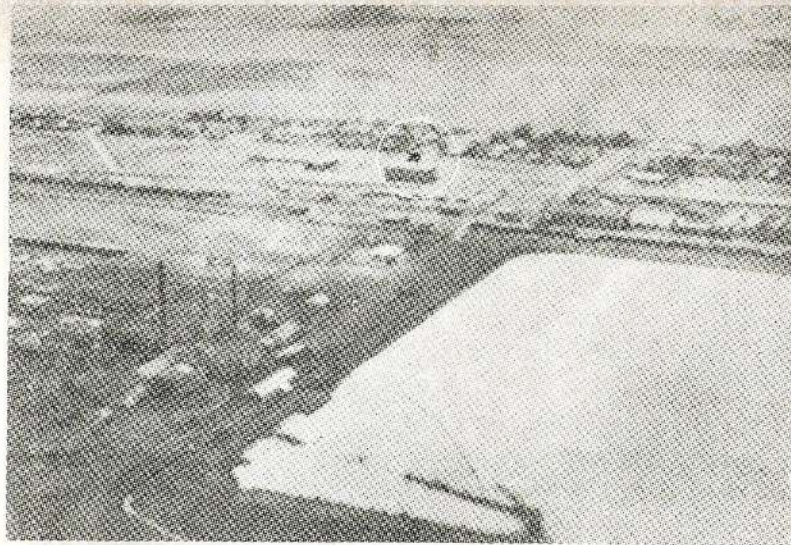
Orona invocó al poderío submarino, aéreo y nuclear de Rusia; el dominio de los espacios siderales; desde los cuales, con sus satélites podría pulverizar a Estados Unidos en menos de lo que canta un gallo.

—México tiene costas maravillosas, privilegiadas —terció Rico Galán— y sería cuestión de una semana en que las fuerzas rojas de Europa surcaran los mares y desembarcaran para dar la pelea junto con nosotros a los yanquis, hasta reducirlos a la condición en que ellos tienen a los países subdesarrollados.

Yo estaba furioso. Una partida de badulaques me estaba dando lecciones sobre lo que yo era catedrático. Les hice ver entonces que el momento era decisivo y que pusiéramos los pies en el suelo, pues con demagogias no se ganan las guerras. Agregué que todo lo que ellos dijeron sobre el poderío del mundo rojo yo lo había pregonado en todas las latitudes hasta enronquecer, hasta parecer un disco; pero siempre como arma de propaganda, para impresionar bobos; y que los que estábamos reunidos en ese momento (en el hotel "Casablanca" de Chihuahua) éramos dirigentes, no infantería.

Les repetí que en ningún momento hallé al pueblo de Chihuahua dispuesto a levantarse en armas; y tan tenía razón, que en la guerrilla que operaba en la sierra y que iba a ser la base de la toma de Madera, solamente Salomón Gaytán era campesino; y el resto profesores, y estudiantes. ¿En dónde está ese pueblo?

¿Y qué pasará si se repite a la llegada de los ejércitos rojos a Veracruz, Tampico, Acapulco, Mazatlán y Guaymas, lo que ocurrió a Maximiliano y Carlota cuando vinieron a tomar posesión de su imperio porque les habían dicho que los recibirían con flores y besos; y en vez de ello les dieron balas y dos metros bajo tierra en el Cerro de las Campanas? —les dije.



Ciudad Madera, Chih., la cruz indica el cuartel en dicha población



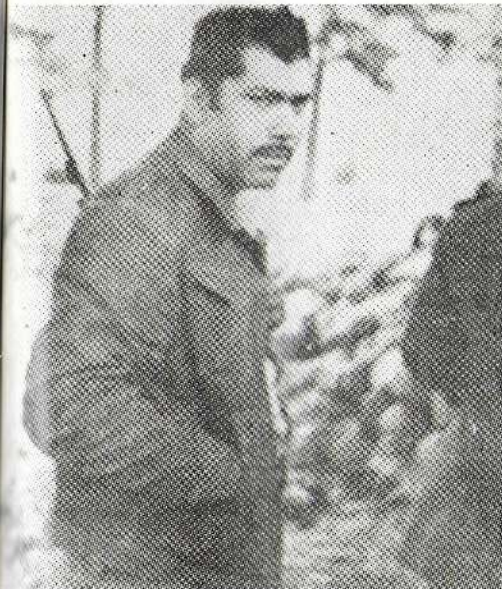
En la foto los cadáveres de Miguel Quiñones Pedroza, Antonio Escobedo Gaytán, Arturo Gámiz García, Manuel Martínez Valdivia, Pablo Gómez Ramírez y Emilio Gámiz García. Faltan los cuerpos de Salomón Gaytán y el de otra persona no identificada



Arturo Gámiz García, que fuera cabeza del grupo en lucha contra el gobernador Giner Durán



Doctor Pablo Gómez Ramírez, en el ataque al cuartel disparaba con una escopeta de taco



Rito Caldera, jefe de guardias blancas en la región



Miguel Quiñones Pedroza, estudiante ejemplar, maestro rural también ejemplar



Salomón Gaytán



Oscar Sandoval



Rafael Martínez Valdivia



Emilio Gámiz García, hermano de Arturo



Antonio Escobel Gaytán



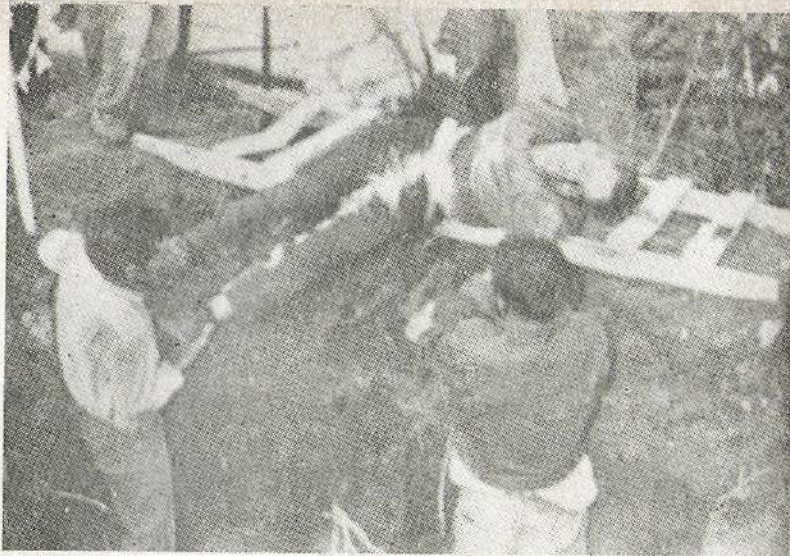
Uno de los cuerpos no identificados. ¿Gámiz?



Armas usadas en el ataque al cuartel de Ciudad Madera, Chih.



Los cuerpos lanzados del camión en que fueron exhibidos, aparecen como sembrados a boleo. Esto sirvió de inspiración al pintor del cuadro. ¡Ellos sabían por qué!, reproducidos en la carátula



Pablo Gómez Ramírez en el momento de ser lanzado a la sepultura común



A la fosa los "locos mal aconsejados".—Giner Durán

¡Para qué habré dicho eso!

Se me vino el mundo encima. Se habló de informar inmediatamente a Raúl Castro Ruz, a Fidel, y también a Breznev, pues cantaba yo como jilguero de Washington, y no como comisario político del ejército rojo mexicano que iba a dar su primera batalla.

La discusión siguió al amanecer en tono más conciliador. A la larga tuvieron que admitir de dientes para adentro, que yo tenía razón pues había soltado verdades del tamaño de la Sierra Tarahumara. De todos modos, no se modificó el plan, ni se cambió la fecha del ataque, ni el horario.

Como no quería que me tomaran por cobarde y menos aún por réprobo del comunismo, insistí en que saliéramos a pelear como se había dispuesto; y me prometí in mente dar una pelea feroz hasta capturar el cuartel a sangre y fuego. Quería después, echarles en cara y hacerlos que se tragaran sus puyas sobre mi supuesto miedo.

Fue esa la última junta del alto mando rojo.

Cada cual llevó copia de sus instrucciones escritas. Orona, comprometido a entregarnos las pistolas calibre 45 para mi grupo volante, las 15 metralletas M-1, las 3 M-2 y los rifles; José Santos Valdés, atender los depósitos de gasolina e incendiar el cuartel; Víctor Rico Galán colocarse al frente de los dinamiteros que lanzarían sobre el cuartel, los tubos cargados de explosivos, y las bombas "Molotov" (aparte de las nuestras); y los profesores delegados del MRM acaudillar al pueblo y pasar a cuchillo a los soldados sobrevivientes, a los guardias blancas, y a todos los enemigos del pueblo.

El ataque sería exactamente a las 5.50 horas, de acuerdo con las posiciones convenidas en el plano que se elaboró.

Esa junta fue el día 20 de septiembre. Quedaban tres días.

Regresé al campamento cerca de Bavícora. Los mucha-

chos que me iban a enviar de la Normal de Salaces nunca llegaron. "Se perdieron en el camino". Se me agregaron tres que no eran estudiantes ni campesinos, sino prófugos de Camargo, a los que convenía que hubiera "bola", pues a lo mejor —como decían— "es chicle y pega" y llegaban a generales.

Las armas prometidas por Orona no las vimos nunca. Por ese motivo tuvimos que decidirnos a pelear con las que usaban en las escaramuzas que habían tenido con tropas federales y del Estado, y que eran rifles calibre 22, una escopeta de un solo disparo, unos 30-06 y las granadas y bombas "Molotov" del arsenal con que se comenzó. De parque estábamos muy limitados.

* * *

Durante el tiempo que estuvimos en el ranchito cercano a Bavicora —propiedad de un enemigo de José Ibarra— les enseñé los mil trucos de que se valen los guerrilleros en Centro y Sud América, y los que usaron en Sierra Maestra, en Escambray, y en Viet Nam. Los aprendían con facilidad tanto en teoría como en la práctica. Yo hubiera querido que afináramos puntería, pues como nuestro parque era muy escaso, no podíamos darnos el lujo de desperdiciar cartuchos. Pero ¿con qué ojos, Divina Tuerta? —como decía el Dr. Gómez.

No había desesperanza en el campamento porque todos pensábamos que nuestra participación en la toma del cuartel iba a ser mínima; pues de acuerdo con los planes y el dicho de Rico Galán, de los "profes" del MRM y de "Jueves", el pueblo en masa tomaría parte en el combate, incendiarían y volarían el cuartel; y a lo mejor, ni siquiera íbamos a terminar nuestro parque.

Pablito gustaba mucho cantar las canciones de la Revolución Mexicana, que "aunque eran de tipo burgués y para una revolución burguesa —como decía Gaytán—,

no por eso dejaban de ser bonitas". Teníamos dos guitarras, de manera que unos cantaban en primera, otros en segunda, y las guitarras hacían el juego.

Las canciones del Tata Nacho eran las preferidas, como "Borrachita", "A la orilla de un palmar", "Adiós mi chaparrita", y "La rielera". Esa era mi predilecta.

El frío arreciaba. Nuestras cobijas apenas si nos defendían. Los muchachos aguantaban mejor que yo, porque son del rumbo y estaban acostumbrados. Yo —repito— venía del trópico feroz donde el calor es más feroz aún. Ciertamente que disponíamos de una buena dotación de "sotol" y de algunas otras bebidas fuertes; pero no las consumíamos porque se iban a emplear poco antes de entrar en combate. Tomaríamos sotol con pólvora, como acostumbraban hacerlo los guerrilleros de Pancho Villa, según decía Salomón Gaytán.

El día 21 faltó muy poco para que descubrieran nuestra guarida. Una partida de soldados pasó a unos cuantos metros de la haciendita, y el teniente que los guiaba miró varias veces hacia adentro. Los rifles casi estaban a la vista por un descuido de Quiñones Pedroza, quien luego que hicimos práctica de ataque cuerpo a cuerpo, tal vez debido al cansancio o por una confianza imprudente, las dejó recargadas en la pared que daba al frente de la puerta.

Ni siquiera hubiéramos podido correr a cogerlas para pelear. Habríamos perdido las armas y también la vida. Nos andaban buscando. Contuvimos la respiración, y el pobre de Rafael hacía esfuerzos para no toser pues había pescado un resfriado de pronóstico que el doctor Gómez Ramírez en vano trató de curarle a base de bebedizos, porque no teníamos botiquín, ni siquiera rudimentario. Lo poco que se tuvo antes, había terminado, pues los muchachos curaban a los amigos de la sierra cuando enfermaban.

Si Martínez hubiera tenido el acceso de tos tan sonoro

como el que nos desvelaba, a esta hora seríamos pasto de los gusanos.

Yo pienso que los soldados iban cansados, con ganas de regresar a su cuartel o campamento, y que ya no les importaba buscarnos debajo de las piedras o en los matorrales. Y si alguien nos vio, se hizo loco para no meterse en problemas de vida o muerte.

El caso es que sudamos durante varios minutos no obstante el frío atroz del anochecer.

El más chico de los Gámiz —Emilio— se torció un tobillo y cojeaba para caminar. Dicen que en las escaramuzas anteriores se había portado con gran valor; en cambio no había manera que lo convenciera Pablo para que se dejara curar. La vez que entre varios los sujetamos para que le colocaran el hueso en su lugar gritó tanto, que preferimos dejarlo, no fuera a ocurrir que los buscadores de guerrilleros oyeran sus aullidos y nos atraparan. Oscar Sandoval le hizo burlas más de la cuenta, y entonces Emilio lo desafió a matarse a tiros en ese momento si es que dudaban de su hombría.

Tuve que hacer acopio de toda mi autoridad para calmarlo. Después, a la hora en que consumimos nuestros pocos alimentos se dieron la mano y renació la cordialidad. Lo que pasa es que ya estábamos padeciendo el llamado "mal de cabaña". Eso de vernos las veinticuatro horas del día una semana, dos, tres, un mes, y cuatro meses, acaba uno por molestarse con el de junto hasta porque tiene los ojos de color café. ¡Qué no habré padecido yo, cuando obligado por la policía estaba encerrado días enteros en un cuartito junto con otros del Frente de Liberación Nacional Venezolano, padeciendo hambre, sueño; e imperiosas ganas de desahogar necesidades imprescindibles!

Recuerdo con agrado la vez que —recién que ocupamos el ranchito como campamento— los muchachos cazaron un venado a la usanza de los tarahumaras; sin dispararle

ni un tiro, sino a base de corretearlo con determinada técnica. La detonación nos habría delatado. Lo aderezó Salomón Gaytán que en esos menesteres era un consumado cocinero. Como el venado era grande, pudimos hacer una cecina que nos duró tres días.

Emilio, antes de torcerse el tobillo, era el encargado de salir a las chozas dispersas en la serranía o a los ranchos cercanos —y también a Bavícora— por queso, carne, café y leche en polvo. Algunas veces nos llevó carne "machaca" de la que venden preparada. Nos habría gustado comerla capeada en huevo, con su picante adecuado; pero nos teníamos que conformar con devorarla hervida. No había para más.

Lo bueno de todo esto es que la mejor salsa es una buena hambre; y eso —hambre— era nuestro padecer. Yo no sé quién cometió la indiscreción, pero una tarde, cuando ya se ponía el sol, llegaron cuatro alumnas de la Normal de Saucillo, llevando unos canastos llenos de comida muy rica que nos prepararon en su escuela. Las pobrecitas llegaron casi sangrando de los pies, pues quién sabe desde donde caminaron a salto de mata, hasta dar con nosotros. Las abrazamos y besamos con ternura. ¡Ni por un momento pensar nada sucio!

Cenamos a cuerpo de rey, y ellas ¡tan lindas! cantaron, improvisaron un juguete cómico, que nos hacía desternillar de risa. Luego mientras unos cantaban y tocaban la guitarra, nos íbamos turnando para bailar. Y eso que venían a pie desde muy lejos, sangrando, y no dejaron a nadie con las ganas de danzar. El día siguiente las obligamos a dormir para que pudieran descansar. Velamos su sueño. Eran muy jovencitas.

Luego que pasó la euforia, cuando cuidábamos celosamente y con las armas listas a disparar si se acercaban extraños, pensé si no las habrían seguido los enemigos; y que a lo mejor estábamos cercados. O que a ellas le fueran a faltar quienes toparan en su camino. Me pareció un

error criminal haberles dado nuestra ubicación. Era poner nuestro cuello en manos de los soldados, de los rurales, o de la policía de los madereros y ganaderos. Nunca nos dijeron cómo dieron con el escondite que considerábamos inexpugnable. Para mí que fue "Jueves", porque es imprudente y perverso.

Estaba escrito que llegaríamos vivos al 23 de septiembre —al día de San Lino—, pues sorteamos todos los peligros y nada nos pasó. Uno de los prófugos que se nos agregaron cogió una culebra gorda que mató y puso a las brasas. Oía bien. Algunos aceptaron un taco. Yo no. El doctor Gómez me aseguró que en algunas partes la comen los enfermos de cáncer; y que tiene noticias de que sanaron. De lo que no podía jurar es que precisamente el reptil capturado fuera de la especie que cura el cáncer.

La noche víspera de San Lino ya nadie durmió.

Pasamos en vela la primera hora, y luego emprendimos el camino para estar cerca de Madera, a fin de que a la hora exacta convenida, abriéramos fuego sobre los soldados del cuartel. Pablo, siempre jocosos, estaba taciturno, hasta cierto punto neurasténico; Emilio se apartaba y miraba a lo lejos; Arturo se veía tranquilo, decidido, y daba ánimo a los que veía amoscados. Miguel Quiñones simulaba buen humor. La risa era en los labios y en las mejillas, mas no en los ojos, por los que vagaba una nube de preocupación.

En el trayecto, dos o tres comenzaron a entonar en voz baja, en primera y segunda, una canción que dice en uno de sus versos:

—Si me han de matar mañana
que me maten de una vez...

Hicimos un alto a las dos de la mañana para tomar lo que para la inmensa mayoría iba a ser su última cena. Nadie mencionó esa palabra; pero de seguro que la pen-

saron. Nadie devoró como antes. Cenamos pausadamente. Los chistes salían un tanto forzados, casi para demostrar el que los decía, que no sentía miedo, "pues estaban impuestos a velar muertos con cabezas de cerillo".

Fuimos repitiendo las instrucciones.

Gaytán sería el primero en abrir el fuego, seguido unos tres segundos después por Pablo, Oscar y Miguel, que formaban el grupo 1, o sea desde la vía, sobre los soldados que desarmados irían a tomar su rancho minutos después de la "diana". Los otros, situados convenientemente en los lugares asignados, harían fuego dos minutos después que el grupo uno lo iniciara.

A mí me tocaría lanzar el grito:

—¡Rindanse, los tenemos completamente rodeados! —dado que mi voz es fuerte y penetrante. Inmediatamente los demás deberían corearlo al tiempo que tiraban a dar sobre los uniformados, y lanzaran las granadas de mano y las bombas "Molotov". También intimarían a rendición con la misma frase.

A las cuatro de la mañana con veinte minutos comenzamos a tomar el sotol con pólvora. ¡Sabe a rayos! pero... ¡Qué pronto enardece!

CAPÍTULO V

¡AL ASALTO!

A las 5.30 de la mañana nos escondimos junto a los vagones del ferrocarril. Allí nos despedimos deseándonos buena suerte. Los ex convictos prófugos que yo iba a tener como ayudantes de campo para transmitir consejos y órdenes, llevaban un paliacate amarrado al brazo derecho

pero de manera que pudiera colgar la mayor parte, para que a la hora que fueran corriendo flotara en el aire de la madrugada.

¡El frío era tan intenso que parecía como que mordía o quemaba! A todos nos castañeteaban los dientes. Por el frío y por la emoción. ¡Nadie sabe!...

Emilio y Arturo se dieron un abrazo.

—¡Cuidate mucho, hermanito!

—¡No tengas cuidado!... ¡Suerte!...

Salomón y Pablo cambiaron encargos. El que quedara con vida, lo cumpliría. ¡Quién sabe qué sería! No estaba yo para escuchar lo que pasaba pues aprovechaba el tiempo rápidamente para infundirles valor y darles las últimas recomendaciones. Oscar Sandoval se encaminó sereno y valiente. Lo mismo Martínez Valdivia, Quiñones, Arturo, Peña González y Antonio Escobel Gaytán. Igual conducta observaron nuestros aliados los prófugos.

Creo que hasta florecieron sonrisas en los labios secos y partidos por el frío.

Se oyó el clarín despertando a la tropa con sus notas agudas. El corazón nos tronó y aceleró sus palpitaciones. Apretamos nuestras armas. Yo me compuse el pecho para que no me fuera a salir un "gallo" a la hora de intimar a rendición a los cuarenta soldados. Nos tiramos pecho a tierra los que estábamos cerca de la vía. Apuntamos bien. En el silencio del amanecer oscuro sólo se escuchaba el trajinar de los soldados que se arreglaban y disponían para ir a tomar el rancho.

Sin proponérmelo, estaba contando yo los segundos al estilo de los disparos de las atómicas: diez... nueve... ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡fuego!

Sonó tremenda la carabina de Salomón Gaytán, y en el acto se dobló un soldado que estaba fuera del cuartel con otros más. Inmediatamente después tronaron la escopeta de taco de Pablo, y las carabinas de Oscar y Miguel.

También se desplomaron soldados; en tanto que el resto, sorprendido por el ataque, se tiró al suelo de acuerdo con lo que se les ha aconsejado para casos iguales.

De varios sitios —los convenidos para el grupo— se oyeron los disparos y se vieron los flamazos. Los soldados aún no respondían. Los habíamos sorprendido totalmente. El centinela fue el primero en echarse la carabina a la cara y tirar. Le pegó a uno de los muchachos sin que supiera quién, pues sólo oí la exclamación:

—¡Ya me dieron!... —y una imprecación siguió al grito de dolor.

Yo ya había intimado a rendición, y todos me hacían segunda. Tiraban y gritaban. Varios bombillos de dinamita de los que llevábamos hicieron explosión cerca del cuartel, y también las bombas "Molotov" ponían lumbres como luceros junto a la barraca de madera que alojaba a los soldados.

La balacera se generalizó. Los soldados, arrastrándose, llegaron hasta donde estaban sus armas y empezaron a repeler el ataque. A los que no alcanzaron a llegar, otros les llevaban sus fusiles. El fuego se hizo intenso. El clarín de órdenes dio el toque: ¡fuego nutrido! Nosotros seguíamos gritando mucho para dar la sensación de que éramos tres veces más de los que atacábamos.

En eso, el maquinista de la locomotora encendió el fanal y el haz de luz nos dio de lleno, descubriendo nuestra posición y haciéndonos fácil blanco. Por suerte, también alcanzó a iluminar a los soldados que más cerca venían, y a dos más vimos soltar el arma —como en las películas—, girar casi en redondo, flexionarse hacia atrás, y al doblar las corvas caer de bruces de cara contra el suelo.

Yo procuraba atisbar en la oscuridad en busca del auxilio prometido por el "camarada Jueves" con su gasolina para incendiar el cuartel, y nada; tampoco la guerrilla de dinamiteros que ofreció encabezar Rico Galán; ni el pueblo que iban a llevar los enviados del profesor Othón. Los

primeros en ser silenciados fueron los que se situaron junto a la escuela, pues ya no vi el flamazo de sus disparos, ni sus bombas "Molotov", ni escuché sus gritos intimando rendición.

Luego observé —y todos los otros también— que del cuartel salían soldados a borbotones. No eran cuarenta. Tal vez sesenta, ochenta, cien, o ¡mil! ¡Eran muchos! Pero de verdad, ¡muchos! Imposible ponerse a contar; pero uno está habituado al cálculo, y esos eran tres o más veces que los cuarenta que nos dijeron estaban acuartelados.

Sentí como una pedrada en la cabeza, y a poco la sangre me bañó la cara y me manchó la ropa. No era pedrada sino balazo —rozón—, por fortuna, pues no sentí que me impidiera pensar ni actuar. Luego otro más, a dos dedos del ombligo, que me dobló y tiró al suelo. Tal vez me dieron tres balazos a un tiempo, pues no sentí cuando me agujerearon el pecho. Comencé a arrojar sangre por la boca, y me fue imposible levantar el brazo izquierdo. Lo tenía roto. La bala pegó en el húmero, y lo partió.

Junto a mí estaba muerto Oscarito, que desde su sitio había venido arrastrándose con un boquete en el costado, por donde le salían chorros de sangre, y con otras heridas más en la cara y en el cuerpo. El doctor Gómez con su escopeta de taco se veía hecho un coloso de la antigüedad, pues a cada disparo tenía que realizar varios movimientos para cargar de nuevo y hacer fuego.

¡Y todavía no llegaba el auxilio! ahora sí urgente y angustioso. Sólo nosotros nos batíamos con los federales que habían asumido la ofensiva y que se movían con técnica y disciplina. El toque de la corneta repercutía hasta en lo más hondo de mi ser. ¡Fuego y avancen!... ¡Fuego nutrido!... y ¡qué sé yo cuánto decían las agudas notas del clarín!

La gritería era espantosa. Gritábamos para acobardar o engañar al enemigo; gritaban los nuestros y aquellos, por el dolor de sus heridas; y gritaban y hasta aullaban

los soldados que ya entrados en calor, sentían que estaban dominando la situación, máxime que ya por el oriente comenzaba a despuntar la luz del alba, nuestra enemiga. Descubría nuestra ridícula insignificancia.

¡Nos habían dejado solos! Nos enviaron al matadero. Nadie acudió en nuestra ayuda. Peleamos con lo que teníamos, que era poco y no disponíamos de repuesto de armas, parque, ni hombres. Pablo se adelantó y caminó corriendo hacia los soldados. Llevaba en las manos la escopeta cogida del cañón y la esgrimía como una maza. Con ella golpeó a un soldado que derribó como herido por un rayo. Tal vez Pablo ya no tenía cartuchos, o se le acabó la paciencia de disparar y ¡espérame tantito!

Le hicieron fuego de distintas posiciones. Se estremecía, a cada impacto, y seguía corriendo hacia adelante lleno de tierra, sangre y lodo. Les lanzó su escopeta y ya no dio en el blanco. Sacó una granada y tal vez moribundo —yo casi no veía por la sangre y la debilidad— la arrojó sin puntería ni vigor. Estalló donde no había soldados.

Me zumbabas los oídos. Oía campanitas. Las figuras de los guerrilleros y de los soldados se contorsionaban y distorsionaban como en la cara del agua cuando cae una hoja o una piedra. Las heridas me comenzaron a doler al mismo tiempo. Las sentía como brasas pegadas a la carne. El olor de la sangre me daba náuseas; y seguíame saliendo sangre.

Arturo Gámiz, sin un tiro, ni nada con qué atacar, llegó hasta mí a pedir armas y parque. Traía el cabello hirsuto, los ojos redondos, estaba bañado en sudor y en sangre. Creo que no miraba porque me hablaba como si yo estuviera de pie, y no tirado revolcándome en el suelo.

Nos habíamos sostenido mucho tiempo. Más del preciso. Pienso que dos horas y media, pues el sol ya alumbraba con claridad. Ya no sentía frío... ni calor. Un sopor comenzó a invadirme desde la punta de los cabellos.

hasta las uñas de los pies. ¡Tenía mucha sed! Quise hablar, y no oí mi voz.

Arturo Gámiz que venía acribillado por las balas de los mosquetones, que chorreaba sangre por todos lados, de pie miró a Madera; no vio que nos mandaran ningún auxilio ¡ni en su postrer segundo! y exclamó con acento ronco, siniestro:

—¡Nos engañaron miserablemente!... ¡Qué poca madre la de Santos Valdés!

Se derrumbó sin vida. Me cayó encima. Sentí que me rompió una pierna al golpearla con su cabeza inerte.

Ya no ví más... Mis oídos continuaron escuchando:

—¡Qué poca madre la de Santos Valdés!... ¡Qué... poca... mad...!

Quizás me levantaron o me arrastraron. Cuando recuperé el sentido días más tarde, fue en un sitio alejado que no conocía. Era la choza de amigos que me curaron a su modo, y que dio resultado al menos para salvar la vida. No supieron decirme qué pasó, ni quiénes eran los tres que me llevaron. También iban heridos aunque podían sostenerse, caminar y cargarme. Los curaron, les dieron alimentos y unos ochavos para el camino, y ropa limpia que ocultara sus heridas y cuajarones de sangre seca. Cuando volví en mí, una voz ronca, mezclada con sangre y con tierra, martilleaba en mis oídos. Era la de Arturo, que ahora se fundía en horrendo coro, en trágico orfeón, a las de los otros sacrificados:

—¡Nos engañaron miserablemente!... ¡Qué poca madre la de Santos Valdés!...

CAPÍTULO VI

¡SUBLIMES SUICIDAS? ¡MANGOS!

La convalecencia fue lenta y dolorosa.

Tan pronto pude, salí de la serranía tarahumara cuando cesó la vigilancia en caminos y aldeas. Por conductos nanada más de mí sabidos me comuniqué a Cuba y más tarde, tras un largo rodeo, llegué a La Habana. No quise que "Jueves", ni Rico Galán, ni Marcué, ni Jacinto López y demás conjurados de San Pedro de Madera supieran que estaba vivo. ¡Me habrían rematado en el acto!

Un testigo de mi calidad no convenia vivo aquí y en ninguna otra parte. Ni en Cuba, ni en la URSS, ni en China.

Me buscaron por cielo, tierra y mar. Valido de su empleo como Inspector de Educación, "Jueves" hurgó en la Sierra hasta con el auxilio de una lupa. También los buscadores de Jacinto husmearon en pueblos y caseríos aislados y no dieron conmigo. Del único que no me cuidaba era del Gobierno pues éste ignoraba no sólo que hubiera tomado parte en la trágica y fallida aventura, sino que ni siquiera sabía que yo existiera. Pero ellos sí, y tendrían que pulverizarme porque vivo constituía un índice que los señalará como miserables criminales ayunos de cualquier sentimiento humano.

Yo vivía ahora en casa de uno de los evadidos de Camargo, en Namiquipa. Fue él uno de los tres que me rescataron cuando perdí el conocimiento mortalmente herido frente al cuartel. Le llamaré Julián porque lo busca la justicia por otros motivos ajenos a Madera, y no quiero

complicarlo con un proceso más. Ya tiene con lo suyo. Su compañero David Chávez que fue otro que me trajo no obstante la gravedad de sus heridas murió quince días después. No hubo manera de impedir el avance de la gangrena. Lo enterraron junto a unos pinares.

Algo se supo, y desde entonces cesó la búsqueda mía que hacían Santos, Marcué y demás, pues pensaron que era yo. Dieron mis señas los enterradores y eso los tranquilizó. Ya anidaba yo bajo dos metros de capas de tierra. ¡Los muertos no hablan!

Julián me informó que todos los muchachos murieron heroicamente en los sitios que se les asignaron. En verdad realizaron una hazaña porque se batieron durante casi dos horas y media, siendo sólo 17 contra 125 soldados armados, equipados y entrenados. En ningún momento llegó el auxilio. Es más, Víctor Rico Galán no estuvo en Madera ni tampoco los "maistrines" del MRM, ni José Santos Valdés. Cuando se acercaba la fecha procuraron estar en la ciudad de México, y ser vistos en el café "La Habana" para que nadie pudiera decir ni sospechar de su participación.

Procuraron estar precisamente en ese restaurante porque está sometido a vigilancia, dado que allí se reúnen muchos guerrilleros de café. Los agentes comisionados, en su parte ordinario, dirían que habían visto departiendo y vociferando a Rico Galán, a José Santos, a Marcué, etc. ¡Coartada perfecta! En cambio, nosotros, seguros de que en el cuartel sólo había cuarenta soldados y que contaríamos con armas y la ayuda convenida, casi desarmados y carentes de todo nos batíamos hasta caer perforados y atravesados en el sitio que se nos señaló.

Después se diría que fue un ataque suicida. ¡Mangos! Ninguno teníamos ganas de morir, aunque no andábamos escatimando el peligro. Queríamos triunfar; queríamos ver realizadas esas cosas que en frases tan descriptivas y elocuentes ofrecían los cabecillas comunistas. Queríamos que en Chihuahua no siguiera Práxedes Giner Durán, ni los

guardias blancas al servicio de los Trouyet, Ballina, Serano, Antonio Guerrero, Schneider, Prieto, Vega, Alemán, Quevedo, Leyva Mancilla y demás que forman el consorcio "Bosques de Chihuahua" dueño por un viejo decreto de Alemán, de un millón de hectáreas —las mejores— que desplazaban a los campesinos hacia rincones donde ni las cabras se sostienen.

Queríamos ganar aquel combate, y vivir para ver proscritos los organismos punitivos de que se valían políticos, madereros y ganaderos, como las llamadas Guardias Blancas; y queríamos ver las lápidas de los Ibarra, que tanto daño habían hecho.

No queríamos morir. Soñábamos ver el fin del imperialismo yanqui, y ondear en palacio nacional la bandera roja del comunismo. ¿Cómo íbamos a desear la muerte? Tal vez eso —los suicidas— se den entre los japoneses, como aquellos que tripulaban aviones y torpedos para estrellarse contra los acorazados norteamericanos en la pasada guerra mundial. Ellos no tenían ideales. Ellos esperaban sitio en un mundo mejor; en la vida que les prometió Confucio; y por eso, al grito de ¡Banzai! ofrendaban sus vidas. Había una promesa.

Los comunistas no tenemos un cielo para después de muertos. El materialismo histórico, la literatura marxista, y las prédicas desde Lenin hasta Castro Ruz proscriben los paraísos celestiales y las otras vidas extra terrenas. Por eso nosotros no podíamos ser suicidas. Más que nadie, somos nosotros quienes amamos con más desesperación la vida. ¡Para nosotros no hay más allá!

Muy cómodamente Víctor Rico Galán en la revista "Sucesos" hizo un reportaje (como si en realidad hubiera ido en plan periodístico) dando pelos y señales de la acción de San Pedro Madera. Nos colmó de elogios, y sólo faltó que hicieran clichés con sus lágrimas para que se supiera cuánto dolor padecía por nuestro heroico sacrificio. ¿Cómo no iba a saber todo, si él fue quien planeó el asalto, pro-

metiendo no la vida eterna, sino la ayuda de Santos Valdés comprometido a untar de gasolina el cuartel y prenderle fuego; Orona, de darnos rifles de alto poder y metralletas; los del MRM acaudillar a los del pueblo para pasar a cuchillo a los soldados del cuartel; y el propio Rico Galán ir al frente de los dinamiteros? Y nos prometió también todo el apoyo de Cuba, de la URSS, de China, Polonia y creo que hasta de Albania la diminuta.

Manuel Marcué Pardiñas se puso sentimental en su revista "Política", y nos elevó a la dignidad de los altares laicos del comunismo, unos puntos menos que Lenin, Stalin, Gorky, Kirov, etc. A su lujoso automóvil rojo le hizo pintar una franja negra para que supieran que nos guardaba luto.

¡Los suicidas sublimes! —nos llamó.

¡Mangos! —vuelvo a decir—. ¡Suicidas no! ¡Asesinados; mas no por los soldados, sino por el PCM, MRM y UGOCM!

Cuartillas y más cuartillas empleó para llenar un sinfín de páginas dolientes o de protesta. ¡Claro! Había que echarle la culpa a Díaz Ordaz, porque como Presidente es el Jefe Nato del Ejército en México y los soldados que nos perforaron y nos mataron son sus subordinados. ¡Debieron haberse dejado matar, y entregarnos el cuartel barrido y con gladiolas!

Y así como Víctor Rico Galán, Manuel Marcué Pardiñas, Jacinto López, Arturo Orona y otros que en sus órganos publicitarios quemaron incienso en nuestra memoria y fabricaron nuevos insultos contra el régimen al que culpaban de lo ocurrido, ahora va saliendo José Santos Valdés con su batea de babas llamada "Madera", un libro que lo condena desde la portada hasta la última línea impresa, porque cuanto dice es en su contra. Cada maldición para otros cae por entero sobre él y sus cómplices.

Repitieron lo del cuartel de Moncada.

A Fidel Castro no le importaba tomarlo, sino que hicieran mucho ruido las muertes de los muchachos que

cayeron en el engaño, para esgrimirlos como bandera de lucha y de venganza. Igual con la fallida toma del cuartel de San Pedro Madera. Se hizo mucho ruido, y aún siguen la tambora y los platillos aturdiendo. Y resulta curioso que horas después de nuestro sacrificio, en Estados Unidos se supiera hasta los nombres de los caídos, la hora y cuanto pasó, y que las agencias periodísticas transmitieran al mundo entero que había estallado en México la revolución roja, que el campo aéreo y la estación del ferrocarril estaban en nuestras manos, que había muchos muertos, que el gobierno se movilizaba, y que una tremenda crisis político-militar estremecía al país.

¿Por qué lo supieron?

Fácil de explicar. Todo estaba preparado. Los boletines informativos ya los habían redactado los Rico Galán, Marcué y Santos Valdés, y había agentes en "el otro lado" esperando el estallido para entregar la información inflada a las agencias periodísticas. Era el ruido que buscaban. Además, tenía muchas facetas que explotar. Todos los que morimos en Ciudad Madera (no hay que olvidar que soy un muerto... que no murió) éramos jóvenes, brillantes promesas, maestros, estudiantes y campesinos —sólo uno, Salomón, y ese porque Florentino Ibarra violó a su hermana— y había ocasión para escarnecer al anciano soldado que gobernaba a Chihuahua, y para acusar al gobierno de México de entreguismo.

Un plan perfecto. Un pozo inagotable de demagogia.

No pudo haber sido proyectado con más frialdad, ni más técnica que éste. Llevar al matadero a diecisiete maestros y estudiantes, inflamados con las prédicas marxistas, enarbolando una bandera noble, porque sí hay injusticia en Chihuahua. Nadie podría salvarse porque se les engañó con la cifra de los soldados. Dijeron que eran 40 y en verdad eran 125, bien armados, preparados y disciplinados, a cubierto en su cuartel, contra diecisiete desarrapados que aún (como cuando Hidalgo o tal vez

cuando el 5 de mayo en Puebla) peleaban con escopetas de taco. Mas demagógico no puede ser el detalle; con la promesa de la ayuda de una turba que no dejaría piedra sobre piedra del cuartel, que para los fines propagandísticos equivalía a una moderna Bastilla, aunque era de tablas.

Seguramente que todos tendrían que morir. Era imposible que se salvara uno solo. Ni quien dijera la verdad.

La mentira comenzaba al exagerar las condiciones que privan en Chihuahua como para producir un levantamiento suicida como el de San Pedro Madera; pues como se recordará, Víctor Rico Galán recibió en La Habana una regañada de Raúl Castro Ruz, que le echó en cara que aquí en México no hubiera motines, ni guerrillas, como en Africa, Asia, América del Sur, Indonesia y aún en los propios Estados Unidos.

Raúl calificó de inoperante al Movimiento de Liberación Nacional, al PCM, y a sus diversas ramificaciones no obstante el mucho dinero invertido por la URSS, Pekín y La Habana. Es decir, que le picó la cresta y lo hizo que viniera a preparar un levantamiento a como diera lugar. Se recordará que en páginas anteriores explico que cuando llegué y participé en la primera junta como comisario político en potencia de la primera brigada roja, buscamos un punto donde iniciar las guerrillas.

Estrada Villa quería la región limítrofe de Guerrero con Oaxaca; Adán Nieto la zona que colinda Guerrero con Michoacán; y que cada cual tenía un punto que recomendar; y que hasta en la siguiente reunión decidimos que fuera Chihuahua. O sea que fue un levantamiento no surgido del pueblo chihuahuense, sino elaborado en el laboratorio metropolitano, o si se quiere en la Escuela Normal de Roque, Gto., a donde nos trasladamos para cambiar impresiones con más comodidad.

También se recuerda que no era el pueblo de Chihuahua el que se lanzaba a la lucha; pues participaron en la

guerrilla sólo profesores y estudiantes que catequizó durante mucho tiempo José Santos Valdés, y que habrían ido a pelear a Tapachula, o a Mérida, o a donde les dijeran, incluso fuera de México, pues los había fanatizado el "camarada Jueves". ¿Por qué el pueblo de Madera no nos ayudó durante el combate? Porque las cosas, aunque difíciles por la dominación de los Ibarra (de Bosques de Chihuahua), no eran como para arriesgar la vida en la revuelta ordenada por Rico Galán y Marcué Pardiñas.

¡Cuántas ganas tenían de vivir y de triunfar los hermanos Gámiz!

Recuerdo las veladas en la choza que nos servía de campamento y refugio en Vilaguchi —de la Tarahumara—, que mientras contemplábamos consumirse lentamente a la vela que alumbraba la estancia, decía:

—¡Créeme, camarada Godines: yo pienso que en tanto no se haga tabla rasa del edificio social inexistente, inapropiado para la felicidad de los hombres, mientras no se le reconstruya desde sus cimientos según el plan que nos trazó Lenin —en armonía con las exigencias de su completo desarrollo— todo queda por destruir y todo por hacer.

"A nosotros corresponderá dirigir el nuevo gobierno del México nuevo en un mundo totalmente nuevo, en que todo será común a todos. Actualmente existe una desproporción afrentosa entre los agraciados de arriba y los desgraciados de abajo. La posición de unos es aplastante, y la de los otros tan aplastada, que es imposible no murmurar a las víctimas de tan odiosa desigualdad".

Y anunciaba:

"Desde la posición que yo ocupe en el nuevo régimen social de México pugnaré no sólo por la igualdad de derechos, sino también por un desahogo honesto, por la suficiencia legalmente garantizada de todas las necesidades físicas, de todas las ventajas sociales, como retribu-

ción justa e indispensable por la parte de trabajo que cada uno aporte a la tarea común”.

Yo hallaba un tanto confusas sus largas charlas, pues él carecía de una cultura realmente marxista. José Santos sólo le había inculcado odio y deseo de venganza. Empero, el muchacho era un romántico con ansias infinitas de vivir mucho para hacer la felicidad de su pueblo.

¿Puede ser un suicida?

Su hermano Emilio abundaba en sus conceptos y en sus sueños.

Al doctor y profesor Pablo Gómez, o a Miguel Quiñones Pedroza (no recuerdo con precisión) le pregunté que cómo entendía la Revolución Comunista, y me respondió:

—Conspirar contra un estado de cosas que no conviene. Significa tratar de desorganizarlo todo para poner en su lugar algo más valioso. Por consiguiente, mientras que que no se haya consolidado lo que sería bueno, no admito que no se haya consolidado lo que sería bueno, no admite que se haya revolucionado lo suficiente para el pueblo.

Oscar Sandoval terció, para agregar:

—Comprendo que aquellos hombres que miden todo por su provecho digan que basta ya de revolucionar cuando la revolución los ha conducido a un puesto en el que se sienten a la maravilla, a un punto que individualmente no pueden desear nada más. En ese caso, la revolución ha sido realizada sin duda, pero para ellos. Si nos remontamos al pasado diríamos que Richeleau hizo una revolución pero para el rey Luis y su nobleza corrompida; Henry Ford realizó otra revolución industrial que hizo más millonarios a los ricos; Tacho Somoza fabricó una revolución para él y su familia; los generales brasileiros y los argentinos y los bolivianos han hecho revoluciones, pero para su propia felicidad. Han sido revoluciones que benefician sólo a uno o dos millones de gentes. Y el mundo tiene muchos millones de seres.

“No son movimientos realizados por el pueblo y para el pueblo. Lo que tenemos que hacer, es una revolución para asegurar la felicidad de las mayorías. ¡Esa es la que falta!”

Aquellas charlas al amor de la vela y del fogón donde se asaba un pedazo de cecina, o se doraba una tortilla dura, o se ponía a hervir el café con piloncillo, descubrían el alma ingenua y soñadora de los muchachos. Unas veces eran los Gámiz, otras Pablo, en otras Quiñones, o Rafael Martínez Valdivia, o Sandoval, o el propio Salomón Gaytán, que no era un palurdo, y que tenía sus ideas y sus sueños para el futuro.

* * *

Tal como en la fallida toma del Cuartel Moncada que sirvió también de pretexto para desatar la agitación y el terror en Cuba, tan luego como comprobaron Marcué, Jacinto, Rico Galán, y otros etcéteras que la policía tragó la pildora del asalto suicida de los muchachos, sin pensar en investigar el alto mando comunista, comenzaron a sacar provecho de la dolorosa matanza.

El “camarada Jueves” fue a soliviantar a las muchachas de Saucillo, al grado que Giner hizo encarcelar a Hortensia Rivera González y a Silvina Rodríguez Sariñana; y también a Jesús Jurado Lerma, alumno de Salaires porque clamaban justicia por el crimen sin nombre cometido por el gobierno en San Pedro Madera. ¿Por qué no les dijo que él —“Jueves”— fue el verdadero criminal en unión de Rico y de Marcué? ¿Por qué no les informó que habían engañado a los muchachos con el número real de soldados, y con promesas de ayuda y de buenas armas?

Pretextos para agitación sobaban. Por ejemplo, las dos normales junto con la de Chihuahua, y la Nacional de Maestros de México producen mentores al por mayor; pero en la enorme entidad norteaña no hay plazas suficientes

para colocarlos a veces porque el presupuesto no alcanza; y en las más porque Giner le da otro destino, como por ejemplo, construir una carretera especial para su rancho. El caso es que con el horno ya caliente por la matanza de Madera, se echaron a la calle los bien carburados estudiantes y provocaron desórdenes al por mayor. Esta vez tenían el respaldo de los padres de familia, pues resulta incomprensible que se pongan fábricas de maestros y no se absorba la producción.

Hubo nuevas juntas de alto mando rojo. Fueron en Chihuahua, en las oficinas del Frente Electoral Popular. Elaboraron este programa con los siguientes puntos para convertirlos en motivo de agitación:

- 1.—Explotar los errores del Gobernador Giner Durán.
- 2.—Las arbitrariedades de la administración estatal ponerlas en vidrio de aumento.
- 3.—Aprovechar la campaña de oposición (dentro del PRI estatal) dirigida por el profesor J. Jesús Barrón.
- 4.—Sacar provecho de las rutinarias campañas del PAN y del PPS para sus fines electorales ordinarios.
- 5.—Bordar sobre la pésima distribución de la riqueza y la existencia de monopolios y latifundios forestales, ganaderos y agrícolas, y sus sanguinarias guardias blancas.
- 6.—Aunque el régimen de Díaz Ordaz no tuvo culpa, aprovechar las sinvergüenzadas e inmundicias colosales del profesor Roberto Barrios, para culpar a los nuevos funcionarios del Agrario.
- 7.—Aprovechar el enojo de la población de la capital del Estado por el empleo de gases que en persona hizo el Gral. Giner para disolver una manifestación estudiantil inspirada por los comunistas.
- 8.—Exacerbar los ánimos por la matanza de Madera, y la negativa del Gobernador a que los enterraran en ataúdes y fosas individuales.

Cinco días estuvieron en Chihuahua Marcué Pardiñas, Rico Galán y Jacinto López, promoviendo disturbios y

aconsejando una segunda acción violenta del tipo de Madera. Ahora utilizaron a los huelguistas panaderos para convertirlos en dinamiteros e incendiarios. Por ejemplo, Ernesto Amparán Orozco, líder del sindicato de panaderos y Víctor Manuel Güereca, del de sastres —ambos miembros del Frente Electoral Popular, del MLN y alumnos de la Universidad del Estado— iban a encabezar la madrugada del 26 de octubre (un mes y tres días después de lo de Madera) la toma de Palacio de Gobierno.

Una delación puso a la policía sobre la pista de la conjura, y antes que las cosas llegaran a mayores cayeron a las oficinas del sindicato de panaderos, donde también estaban las del Frente Electoral Popular y el club "Francisco Villa", y encontraron rifles, bombas "Molotov", garrotes, machetes y también unas "románticas" escopetas de "espérame-tantito". Con estudiantes de las normales de Salaces y Saucillo, con maestros titulados pero sin trabajo, con los mentores que hacían huelga por solidaridad con los desocupados, y con los que se juntaron en el momento de los acontecimientos, iban a asaltar las oficinas y proclamar desde Palacio de Gobierno una victoria del movimiento rojo en México tal como se hablaba antes respecto a Madera.

Rico Galán, Marcué y Santos Valdés catequizaron a los panaderos, sastres, a los del FEP, y del club "Francisco Villa". La misma grandilocuencia empleada en otras ocasiones, con los mismos temas y frases manidas. Se dispuso el ataque para el 26 a las 5 de la mañana, hora en que hasta los centinelas de la policía cabecean de sueño, la guardia ronca, y las fuerzas federales se acurrucan en sus camas. Iban a degollar a los guardias para no hacer ruido, cortar las comunicaciones telefónicas, capturar documentación privada y oficial del Gobernador para luego exhibir sus negocios y burradas; y luego, al despertar Chihuahua, encontrarse con la bandera roja con la hoz y el

martillo flameando en el asta de Palacio en vez de la tricolor mexicana.

También a éstos se les prometió que "los maestros rurales" del MRM saldrían a un paro en apoyo; que los electricistas de México y de otras entidades pararían y saldrían a la lucha; que los ferrocarrileros, como si estuvieran dirigidos por Vallejo, reiniciarían su movimiento revolucionario; y sólo faltó que les prometieran que el mariscal Rodion Malinowsky, a la sazón Comisario Rojo de la Guerra en la URSS, vendría a dirigir las operaciones.

Víctor Rico ofreció traerles en apoyo a los "cadetes" de su colegio militar guerrillero ultra privado; y Marcué Pardiñas pidió ser quien en persona izara la bandera roja, al compás cadencioso de "La Internacional".

La noche del 25, cuando cayeron los agentes federales en la guarida de la conspiración, sólo encontraron a Güereca, el sastre, y a Ernesto Amparán Orozco, de los panaderos. Estaban preparando cocteles "Molotov" al por mayor. Tenan llena la oficina de propaganda comunista rusa, china, cubana, revistas "Siempre", "Sucesos", y "Política", "La Voz de México", "Octubre", "Futuro", "Noviembre", y otras parecidas.

Una vez presos, rompieron a llorar.

Confesaron que Marcué les había dicho que era necesario dar un golpe espectacular para sacudir la modorra del pueblo y provocar la revolución comunista. Les sugirió que a propósito de la larga huelga de los panaderos en contra de unos patronos españoles a quienes habían dado la razón los funcionarios locales de Conciliación y Arbitraje se dispusieran a la toma de Palacio.

Les pintó la aventura de lo más sencillo. Algo así como el famoso huevo de Colón.

Un fajo de billetes que dejó Rico Galán les permitió comprar rifles de los que pasan de contrabando los armeros texanos; gasolina y botellas para las bombas "Molotov"; y también para enviar "propios" a la sierra y a otros

puntos en busca de adictos para el asalto y toma de Palacio. Hasta tenían asignado un poste a Giner.

Hubo más capturas. Empero, esos días precisamente no habían faltado a su tertulia habitual en el café "Habana" de las calles de Bucareli, de México, el hispano Víctor Rico Galán y su imprescindible pipa; y Marcué Pardiñas que también había provocado discusiones en voz alta para que se supiera que allí estaba despotricando; y el "camarada Jueves" tuvo trámites que desahogar en la Secretaría de Educación, relativos a la zona escolar a él encomendada en Chihuahua.

¡Inocentes palomitas! ¡Incapaces de quebrar un plato!

Los pobres muchachos que cayeron en Chihuahua —el sastre y el panadero— a lo mejor todavía están presos.

* * *

"Julián", con riesgo de su libertad, una madrugada me llevó hasta Parral en donde tomé un autobús rumbo a la capital de la República. No intenté disfrazarme ni eludir las miradas de nadie. Al fin que era yo el perfecto desconocido para los de allá y para el Gobierno. Rico, Marcué y Jacinto me hacían muerto y pudriéndome en la sierra.

No me fue difícil viajar por cuanto a precauciones. Lo duro fue que yo estaba herido en muchas partes; que un pulmón lo tenía lesionado, y que en el vientre había daños por otra bala. El brazo izquierdo lo llevaba enyesado y en cabestrillo, y la cabeza vendada.

Cuando me preguntaban, explica que mi coche se había volteado en Delicias, y que iba a México a recibir la atención médica adecuada. Cualquiera, con la mitad de esas heridas, estaría moribundo. Yo no. Parece que cuando nos adiestran para esos menesteres nos cambian la carne humana para hacérsela de bestias. De todos modos, el viaje casi me cuesta la vida. Mis contactos especiales en la metrópoli (los que no dependen del PCM

ni de ninguno de los granujas ya conocidos) me pusieron médico que me dejó en condiciones de seguir el viaje hasta Cuba.

Ni siquiera este médico —muy valioso y harto conocido en México, insospechable de estar picado por el comunismo— supo mi verdadera identidad. Me sobran medios para convertirme en el personaje que me dé la gana según convenga a la causa. A la que durante 27 años fue mi causa. Mucho menos supo que era yo superviviente de Ciudad Madera.

Una historia barata de aventuras resolvió el problema. Venía huyendo de Guatemala. Yo era un guerrillero que fue herido en un combate y... basta. No se dan muchas explicaciones.

Via Canadá partí después rumbo a La Habana.

Mis heridas seguían abiertas casi todas. Las vendas y algodones había que removerlos porque seguían manchándose de sangre.

* * *

En La Habana platicué ampliamente con Raúl Castro Ruz.

Sabe escuchar. No se le va una sílaba. Poco interrumpe a su visitante. El drama de Ciudad Madera lo conoció desde el principio hasta el fin. Lo relaté con gran pasión, con el dolor que me causaban mis numerosas heridas, y con el dolor por la pérdida de aquellos amigos —Gaytán, Arturo y Emilio; Pablo, Rafael Martínez, Quiñones, Peña González, Antonio Escobel, y el "prófugo"— a los que llegué a estimar por su limpieza y sinceridad. Yo había hecho mi vida entre las balas, en Venezuela; en Colombia —con el padre Camilo Torres y con "Tiro Seguro"—, y en Nicaragua, y no había intimado con mis compañeros. Además, cada uno de éstos actuaba a conciencia, no estaban engañados. Se rifaban la vida. Podían morir o vivir.

Pero en Madera no había alternativa. Sólo la muerte nos dejaron.

Raúl Castro Ruz no mueve ni un músculo de su cara. Parece que no escucha; está en éxtasis. Sus preguntas son monosilábicas. Finalmente tocó el timbre, y dio órdenes de que se me enviara a un sanatorio para mi curación y rehabilitación total. Ni condenó, ni aprobó lo hecho por Rico Galán, Marcué, y socios.

Ahora pienso que mientras platicaba yo la sangrienta aventura de Madera, él evocaba la del 26 de julio de 1953 cuando asaltaron el cuartel Moncada. Murieron muchos de los que llevaron; Fidel tomó sus precauciones; el propio Raúl "se perdió" en Santiago cuando iban; y cómo se aprovechó el ruido como base para desatar una agitación y un terror que hicieron factible la punitiva del "Granma", lo de Sierra Maestra, y la caída de Batista e instauración del régimen soviético en un país del continente americano.

En el sanatorio me abrieron casi en canal. Sacaron las balas, limpiaron y quitaron las infecciones; unieron los huesos de mi brazo izquierdo roto; usé silla de ruedas, después muletas, más tarde bastón, y un día me dieron de alta.

CAPÍTULO VII

LA CARTA DE UN QUETZAL

Estuve unos días en Santiago.

Sin proponérmelo, fui reconstruyendo el asalto al Cuartel de Moncada. Aquí pasó esto. Allí lo otro. Más allá, lo demás. Volví a recordar el Cuartel de Madera, que se había convertido en mi obsesión durante los largos meses

que pasé en el sanatorio entre bísturis, vendas, olores a ácido fénico, alcohol, y formol.

Mientras lleno de algodón y yeso permanecía horas y días en una misma posición, mi mente volaba al sitio desde donde —junto a las vías del tren— abrimos fuego contra el cuartel. Me acordé de un instante que pasó como una ráfaga: cuando Manuel Peña González y Antonio Escobel Gaytán lucharon cuerpo a cuerpo con los soldados, pues habían avanzado hasta unos cuantos metros del cuartel con unas bombas "Molotov" para arrojarlas dentro y provocar la conflagración que esperábamos del "camarada Jueves".

En aquella desigual lucha, Peña González le hundió la cabeza a un soldado al golpearlo con la culata; y luego pegó a otro y lo derribó arrebatándole su arma. Era imposible que culminara en un triunfo su hazaña. Lo cosieron a balazos y cayó de bruces en las puertas mismas del cuartel. Su compañero Escobel Gaytán desarmó a un sargento y con su propia escuadra, le despedazó la tapa de los sesos. ¡Vaya derroche de valor de muchachos!

Antonio fue muerto a bayonetazos. Ya estaba herido de balas y de golpes. Sólo pudieron acabarlo atravesándolo con el acero de las bayonetas.

Esa mañana, en Santiago de Cuba, quejándome aún de los dolores mientras contemplaba el viejo cuartel de Moncada, alguien que no le vi la cara porque caminé de prisa, me dejó un papel doblado en no sé cuántas partes. Tardé en extenderlo. La torpeza de movimientos del brazo izquierdo y el fastidio y la debilidad, me hicieron que en vez de leerlo, lo guardara en la bolsa del pantalón.

Cuando dispuse de tiempo y humor, y estuve solo, me decidí a leerlo. Era la copia de una carta que Carlos Manuel Pellecer, líder del Partido Comunista de Guatemala, enviaba a Castro Ruz. Estaba fechada en México el 24 de noviembre de 1962. Decía así:

"Fidel:

"Hace algunos años usted declaró que la Historia lo absolvería. Las ideas que entonces defendió con riesgo de su vida son ideas amadas por todos los hombres, en todos los países, y en todos los tiempos.

"Sus afirmaciones tuvieron el mérito de trascender, y su voz pareció la expresión de todos los pueblos americanos.

"Así, desde el Moncada hasta el derrocamiento de Batista, pasando por la cárcel, el exilio y la lucha en las montañas, los gestos suyos se aplaudieron en América Latina; y por un momento marcaron rumbo a los destinos populares. Mas, no es lo mismo un combatiente valeroso, Fidel, que una persona cargada de vanidad, y aligerada de escrúpulos.

"Las promesas al pueblo de Cuba hechas por la revolución —que no es propiedad suya, sino fruto de la historia que se abona con sangre y sufrimiento de millares de cubanos— han dejado de ser hermosas para convertirse en meras baladronadas personales y en humillaciones, que yo no he creído, Fidel, que fuera usted capaz de aceptar.

"Usted dio a la lucha insurgente una consigna de gran trascendencia: 'LIBERTAD O MUERTE'. ¿Dónde está la libertad de Cuba? Usted cambió esa consigna por otra que pareció oportuna: 'PATRIA O MUERTE'. ¿Dónde está la patria, Fidel?

* * *

"Patria es un pedazo de tierra poblada por hermanos donde se puede sonreír y soñar. Es nuestra casa y nuestro campo, donde nadie debe importunarnos, ni dictar nuestra conducta, donde trabajamos para que ninguno falte de pan, vestido y techo. Patria es el lar de nuestros muertos, la cuna de nuestros hijos, donde podemos pensar y actuar en el marco de las instituciones y de la ordenación jurídica que rige la comunidad que constituimos.

"Patria es nuestro mar, nuestro cielo, el aire que respiramos, la lluvia, el viento tempestuoso, el rocío de las mañanas; el bosque, el río, las aldeas y el camino; la manera de hablar y las canciones. Patria es el pudor y la gloria, nuestra familia, nuestro honor y nuestra esperanza. Patria es eso y mucho más, pero que sólo nosotros podemos amar tan emocionadamente, y por ello podemos entendernos entre sí.

"¿Cuántos cubanos tienen hoy ese pedazo de tierra? ¿Qué hay de eso, Fidel? Explíquelo a quienes creímos en usted como en un orgulloso corazón de América; a quienes le creímos violento pero generoso; audaz y justiciero, libertador y héroe. Usted y yo hemos pasado por la cárcel; sabemos cómo es triste que nos racionen la luz del día.

"Usted y yo hemos vivido en el destierro; sabemos cómo abrumba el alma recibir la aurora en un paisaje que no es el nuestro.

"Usted y yo, por mandato de tiranos, hemos visto de frente la muerte. Ambos hemos creído nuestra juventud trunca, por mandatos arbitrarios, y en el fondo de nuestras convicciones, nos habremos jurado que algún día eso no iba a repetirse para ningún patriota. Pero usted ha olvidado todo eso. Yo lo recuerdo bien con la fuerza y el vigor de la vida, y me digo que nadie —ni usted— tiene derecho a quebrantar la vida, la libertad, ni el sueño de los hombres que como patriotas aman a Cuba.

* * *

"Esa tierra ennoblecida por la sangre de Martí y de Maceo y los Mambises, es ahora una tierra a la que mancharon con chantaje. Humillada.

"Los soviéticos engreídos, como ignoran la libertad, no la quieren para los pueblos. Desconocen la dulzura de la isla y su paisaje. Vinieron a amargarla con provocaciones.

Se burlaron de usted. Negaron sus promesas, rieron con cinismo, tras escupir sobre las blancas playas.

"Sin oposición desgarraron el honor de Cuba que estaba recuperado. Usted, Fidel, no dispuso nada. No le dejaron opinar. Le impusieron órdenes igual que a un criado. Ordenes de doblar la frente que nosotros creímos indoblegable.

"En Cuba se mata, se encarcela, se persigue. Y falta el pan, el arroz, el jabón, la electricidad y la independencia. Usted sacrificó todo eso a cambio de palabras vanas.

"Estoy seguro, en Cuba, todavía se sueña y por lo mismo se canta y se baila como en los peores días de la Colonia, en espera de resurrección. Usted, Fidel, ya no es el símbolo de esos sueños; al contrario, amenaza la bondad de los mismos.

"Al que lo dude, que cuente las descargas en el 'paredón'; que cuente los niños sin hogar rodando por el mundo; que cuente los rostros enlutados; que cuente los presos políticos. No se haga ilusiones, Fidel.

"A usted un día de marzo de este año le arrojaron a los pies el cadáver de un hombre vivo a quien sus antiguos camaradas le arrancaron la honra. Era un hombre ejemplar, patriota, hijo de patriotas, nieto de patriotas; y firme como las rocas frente al embate de las olas. Se llamaba Anibal Escalante.

"Lo arrojaron a sus pies, como un trofeo. Le arrojarán a los pies otros cadáveres de patriotas, y de militantes a quienes asesinan o a quienes deshonoran.

* * *

"No será nunca una garantía ni para su poder ni para su vida, Fidel. Cuando sepan que usted pesa menos, cuando hayan colmado con desilusiones la credulidad de las masas, cuando usted esté inmovilizado por la sangre y las lágrimas de quienes le hayan maldecido, entonces

llegará la orden tenebrosa y usted se hundirá en el minuto que Moscú decreta.

* * *

"Querrá retroceder y será tarde. Su 'amigo' Mikoyan estará de nuevo en Cuba, posiblemente. Esta vez no habrá venido a sofocar la última indignación, la última rebeldía como ahora. ¡No! Reunirá asambleas para decir cómo usted se creyó grande, cómo fue vanidoso porque usted no era ni siquiera un dios pequeño. Tal vez, en el mejor de los casos. Es más probable que llegue a extraerle con escarnio de una tumba, describa los fusilamientos, las arbitrariedades ordenadas por usted, antes que su cuerpo sea cubierto, definitivamente por el lodo.

"La historia de los hombres dignos no está en el Partido Comunista. Ciertamente, usted es un comunista nuevo y ha perdido la dignidad, y por ello le tratan como a un títere. No espere que sean compasivos. Su destino está marcado por el propio sistema que usted impone a Cuba. Resentido porque no pudo dar LIBERTAD a Cuba, ni construir la PATRIA soberana que todos queríamos.

"La alternativa MUERTE ya no existe, Fidel. Usted se puso de rodillas ante un ídolo perverso, implacable, para que le salvara la vida, y con ello se ha hecho repugnante para los hombres que en América continuamos amando las patrias con que soñara Bolívar y creyendo en el fogoso pensamiento de José Martí.

"Ahora que he librado mi conciencia de las duras cadenas del comunismo, la imagen suya, Fidel —gigante de la independencia—, es en realidad mezquina, enana; y el brillo solar de Cuba que usted reflejó en otro tiempo, se hace siniestramente triste.

"Fidel, el que fuera titán, es un fantasma.

"Ahora, América no tiene ejemplos en Cuba; sólo se

aturde con montañas de palabras y se horroriza con el campo sembrado de cruces y de miserias.

Carlos Manuel Pellecer".

* * *

Cuando terminé la lectura de esa carta, impresa en mimeógrafo, me sentí mal. Me hizo mucho daño. Me hizo verme estúpido. ¿Por qué en 27 años no pensé eso antes? El guatemalteco Pellecer tenía razón. Ahora pienso que la luz se hizo posible en mi cerebro cuando supe y vi lo que era un país libre, con una libertad transparente, sin manchas, sin lunares, como la que conocí en México en el poco tiempo que pasé allí como "comisario político" de la primera brigada que iba a implantar la dictadura del proletariado en Anáhuac.

Una sensación de orgullo, de vanidad, me empezó a correr a lo largo del espinazo, por la nuca, y me llegó a los ojos. ¡Yo soy mexicano! Luego entonces, puedo ufanarme de ser de una tierra de hombres libres, que hicieron una Revolución insuperable que empezó en 1910 y está en marcha siempre hacia arriba; pero fincada y con sus raíces hundidas en el corazón del pueblo. Pude advertir que México tiene una Revolución bien amada, popular, que no se amuralla con fusiles ni con paredones, ni con ergástulas, como la comunista. ¡Hasta los partidos políticos no llamados revolucionarios como el PAN reclaman el derecho de sustentarse en sus humanos postulados! Llega a todos. Por eso México ha crecido tanto en prestigio y en bienestar general, desde que la Revolución se institucionalizó y se hizo gobierno.

Tal cual nos sentimos ligeros cuando pagamos una vieja deuda o arrojamos el fardo que llevamos en la espalda al subir una cuesta así me sentí después que me vinieron y acogí con euforia estos pensamientos. Seguramente que pesaba mucho la carga de mentiras que

acuné durante largos años de mi vida inquieta y aventurera. ¡Y ni el derecho a la existencia como pago, logré después de tanto arriesgarme en conflictos ajenos habidos o fabricados en países ajenos también!

No quito el dedo del renglón:

¡Me enviaron a que me asesinaran en Madera!

Entonces comencé a recordar muchas cosas. Por ejemplo, cuando estuve en Checoslovaquia, a raíz del derrumbe del nacionalsocialismo hitleriano. Me enviaron de la URSS como vanguardia junto con otros estudiantes del comunismo para que asistiéramos nuestro bautizo de sangre. Llegamos en marzo de 1948. En febrero tomaron el poder los comunistas. Las cosas no cambiaron de momento. Todo lo veía magnificante. Creí que era obra de los rojos y estaba admirado, sin pensar en las heroicas tradiciones de un pueblo cuya historia sólo más tarde estudié, ni tampoco en la inmensa cultura secular de los checos, exaltada durante la primera República. Y a decir verdad, cuanto fue patente a mis ojos, nada tenía que ver con el comunismo impuesto a Checoslovaquia por los soviéticos. Era la vida tradicional resurgiendo vigorosa en la euforia del triunfo sobre el nazifascismo, vida hermosa y rica, a la cual los comunistas no se atrevían a tocar aún.

Quince días después del golpe de estado, el Ministro de Relaciones Exteriores, Jan Masaryk se encontró muerto a las 6 de la mañana, como si desde la ventana de su despacho se hubiera lanzado para estrellarse contra las viejas baldosas del Palacio de Czernin que ocupa el Ministerio.

Suicidio, se dijo oficialmente. Ahora puede uno dudar, pues se completa el misterio en el extraño fin de Masaryk. El médico que le practicó la autopsia desapareció. Semanas más tarde fue hallado muerto, sin que nadie pudiera explicar las circunstancias de su fallecimiento.

Cuando el tema se abordaba, las personas guardaban silencio o evadían las respuestas indiscretas. Sólo después comprendí que aquella muerte significó el epílogo de la libertad y el principio de una nueva era de esclavitud y de horrores para la patria que fundara su padre, Thomas Garrigue Masaryk.

Jan veía con simpatía al comunismo; colaboró con ellos durante la lucha contra el hitlerismo; fue amigo de Stalin y de Gotwald. Sin embargo, lo mataron arrojándolo desde lo alto del edificio de la cancillería. Lo sustituyó Vladmir Clementis, personalidad intelectual y política, dirigente del partido comunista checo. El 3 de septiembre de 1949 murió el Presidente Benes, como prisionero de Estado, enfermo y triste. Checoslovaquia iba siendo tratada más y más cual un sujeto dependiente de Moscú.

En octubre de 1949 se iniciaron arrestos en masa. Yo tomé parte de ellos. Luego siguieron las deportaciones y los fusilamientos. Varias personas a quienes conocí como fervientes comunistas también cayeron. Fue una etapa de terror. El 23 de febrero de 1952 (ya estaba yo en otro país) me enteré por los periódicos y por cartas de amigos que la policía secreta arrestó a Vladmir Clementis. La circunstancia de que yo lo conocí y hasta traté pues estuve adscrito a su Ministerio, me hicieron apreciar su talento y su devoción al partido comunista. Por eso me impresionó el caso. A ello se agregó que en septiembre, Rudold Slansky, secretario general del partido comunista checo, fue destituido del cargo por votación unánime del comité central. En noviembre del mismo año Slansky, Clementis, y otros muchos fueron enjuiciados. Antes de la Navidad, 13 de ellos habían muerto tras de un proceso infamante.

Aunque estaba seguro que existiera como verdadera justicia, "la justicia comunista" me impresionó saber que Clementis y André Simone —que manejó la propaganda antifascista—, fueron ahorcados. Después, en Venezuela encontré a un camarada checo. Hablamos de aquellos hom-

bres y me enseñó un volumen rotulado así: "El proceso de Slansky, Clementis y cómplices". Ninguno de los cargos podría retenerse como válidos en un país con instituciones serias. Una monstruosidad inenarrable. Once de los trece enjuiciados lo fueron por judíos, como "agentes sionistas", igual que en los tiempos de Hitler. ¡Por ello fueron llevados a la horca!

Instintivamente miré hacia los lados sobresaltado. Por un segundo imaginé que los que estaban cerca de mí habían adivinado lo que estaba pensando, los recuerdos que hacía. No. Ellos estaban ensimismados. Quizás también pensaban lo mismo que yo, o recordaban días mejores, o soñaban con que pronto terminara la pesadilla.

Volví a dar vuelo a mi pensamiento, ahora libre de las trabas dogmáticas. Comencé a advertir que el marxismo es un método filosófico deficiente para explicar y determinar el desarrollo de la naturaleza y de la sociedad. La economía socialista —otra importante obra del pensamiento marxista— por su organización, por la concentración de los medios de producción, por las formas de la producción misma, por la distribución de los bienes de consumo, especialmente en la agricultura, es un típico regreso desventajoso a la economía feudal, pese a que cuenta con el desarrollo de la ciencia y con una alta técnica tomada del capitalismo exclusivamente.

La gigantesca burocracia que el sistema socialista reclama, así como los medios represivos necesarios para mantenerla, sólo se encuentran en la señoría feudal, en la nobleza, y los ejércitos mercenarios del Medioevo.

Un Estado construido sobre esa base material únicamente puede ser un Estado reaccionario y despótico. Con la desventaja que si en Europa el feudalismo se desarrolló bajo la amenaza de los bárbaros, y significa en el primer tiempo una organización social defensiva, protectora para las poblaciones y un paso adelante en el desarrollo de la sociedad, ahora que existen estados modernos y distintas

normas de relación entre los hombres, las comunidades y los Estados, fundados en el mutuo respeto y la soberanía; la URSS, como Estado no garantiza al individuo como ente moral, y no le satisface como ser animal. Le explota, le aplasta, y tampoco respeta la integridad social. Sólo por el terror y la amenaza se relaciona con otros grupos y con otros Estados. Ello nos prueba las inmensas deficiencias de la economía socialista creada por Lenin.

La artesanía y la producción artística fueron cuidadosamente extirpadas en la economía socialista, aun en aquellos países tradicionalmente ricos en ambos aspectos. A la primera le niega los medios, la inventiva personal, la actividad creadora del individuo, la acción y la fantasía. No existe, o se canaliza a través de la maquinaria del Estado, de la burocracia; por lo general, inepta, mediocre, e insensible.

El arte ha corrido la misma suerte. Sin vigor ni espontaneidad, sometido a las normas dictadas por los gobernantes de turno, intimidado. Sin libertad la idea y la forma, no logran desarrollar la sensibilidad.

Quizá la economía socialista avance hasta el extremo de permitir el desenvolvimiento del artesanado y del arte, pero eso no hará más que confirmar sus semejanzas con el feudalismo. Semejanzas negativas todas, porque el socialismo frío, tosco, despojado de moral, es estéril para ofrecernos esa pléyade de misioneros que fueron por el mundo —Asia, Africa, América— a regar la semilla de la civilización cristiana; el socialismo tampoco ha podido crear ese mundo imponente de belleza, buen gusto y armonía —obra magistral de la Edad Media; y, mucho menos, habrá producido en los estratos superiores de su organización, ese cúmulo de sabiduría de la Iglesia que tras el Concilio de Trento se desbordó por la Tierra en enseñanza y humanismo.

No se puede apreciar a pesar de cincuenta años transcurridos, que la revolución rusa esté dotada de capacidad

para producir ese desbordamiento espiritual creado por las grandes revoluciones humanistas: el Renacimiento, la Reforma, la Contra Reforma, la Revolución francesa, y en este siglo, la Revolución Mexicana.

Y en cuanto a los discutibles "éxitos" de su economía, en su conjunto son tan mezquinos, que situados en la hipótesis de haber subsistido allí el régimen capitalista, ¿cuáles serían las condiciones de Rusia en la actualidad? ¿No serían mejores en el terreno material y espiritual?

Desde el triunfo del régimen marxista en Rusia, el mundo no ha podido solazarse con tranquilidad en las obras espirituales de la cultura, de la ciencia, del progreso humano. Ha vivido estrictamente en guerra, o bajo sus terribles consecuencias; y ahora bajo sus amenazas. La propaganda sostiene que el Estado socialista es el creador de todo cuanto existe en territorio soviético y que se ha constituido sin recursos. Nada más falso.

Cuando Lenin tomó el poder, Rusia era un inmenso país y un rico imperio. Se consideraba una de las grandes potencias militares y económicas de la tierra; tenía subyugadas muchas naciones vecinas, y aunque con pésima administración, gozaba de relativa prosperidad, si bien ésta circunscrita a limitados sectores.

En cuanto a la ciencia, el arte y la cultura, los triunfos científicos rusos del pasado, son de celebridad; la literatura, la música, y las otras artes, tenían alto valor en la cultura universal. Hoy día los soviéticos hablan de su desarrollo científico, pero con todo y los muchos éxitos logrados en el terreno espacial, sus conquistas no sobrepasan a las del mundo libre, al que en muchos aspectos copian, espían y roban.

Ciertas artes se mantienen como antes, ingénitas al pueblo, pero con menos riqueza y soltura, tales como el baile y la música. No voy a hablar del pobre papel que los escritores han tenido que desempeñar en el régimen, ni de la ínfima calidad de sus producciones.

Por cuanto al aspecto espiritual del comunismo, la cosa es terrible. En Rusia, China, Polonia, Albania, Cuba, Alemania Oriental, etc. se le ha impuesto como régimen. El comunismo no es una organización política ni se mantiene en el campo de lo consciente y real. Es un fenómeno antropológico. Una nueva religión pagana con sus dogmas, con sus jerarcas, sus eunucos y sus pompas. Hay rituales tétricos, torturas, sacrificios, penitencias y mágicas encantaciones.

Quien lo abraza debe creer ciegamente sin pretender comprender ni penetrar los misterios, de cuya aplicación se encargan los médiums nacionales, o los sanguinarios dioses radicados en Moscú, Pekín o La Habana. No someterse ha significado la muerte muchas veces. La falta de flexibilidad para seguir rápidamente los cambios y revisiones de los jerarcas, también.

Otra prueba de su implacable semejanza con los bárbaros a las puertas de Roma.

Por ello, los dirigentes comunistas presumen de poderes mágicos especiales. Hacen creer que ellos, solamente ellos, poseen el conocimiento exacto del desarrollo de las leyes de la sociedad; así se hacen reconocer no sólo por los partidarios devotos, sino también frente a líderes de otros partidos no comunistas que se pliegan con credulidad y temor. Checoslovaquia ahora, y Yugoslavia antes, sufrieron lo indecible por querer administrarse sin la dirección moscovita. A Hungría la aplastaron.

La influencia que el comunismo ejerce en el seno de la sociedad y ante sus miembros, es la influencia que han ejercido otras religiones primitivas; sobre todo, si para propagarse han usado ingeniosa maldad y sacrificios humanos.

Los jefes del comunismo se hacen obedecer por miedo, en mayor o menor grado. Destruyen a sus rivales con recursos adecuados. Buscan con obstinación mantener o elevar su jerarquía. A veces, cínicamente.

Pero no se detienen en el uso de maneras brutales, como lo prueba la historia de los partidos comunistas en todos los países. Y como lo prueba lo reciente de Ciudad Madera. Hay que imponer el comunismo a balazos, con bombas "Molotov", con granadas, aunque el pueblo no lo quiera aceptar.

¿Qué no sabré, yo que a eso me he dedicado a lo largo de 27 años en Checoslovaquia, Yugoslavia, Albania, en Venezuela, en Colombia, Nicaragua y ahora en México?

Para ellos por ejemplo, es un método generalizado fomentar en el seno de los partidos, espías profesionales o aficionados. Estos ayudan a los jefes a situarse en alto, y mejor si deben hacerlo sobre la honra o sobre el cadáver de otros comunistas a quienes siguen llamando "tovarich", camaradas y hasta hermanos. Es como se acostumbra en la poderosa hermandad de los jesuitas. Espionaje, chantaje, declaraciones y deslealtades para alcanzar el papado negro.

Por eso entre los comunistas, como entre los jesuitas no existe amistad ni cariño —con excepciones contadas— no importa que uno les haya ayudado, protegido, alimentado. Sólo existe envidia y resentimiento, y cualquier hora puede ser propicia para denigrar y vengarse. No importa si mientras llega ese momento, se sonríen entre sí y se abrazan. A mí ya no sabían dónde ponerme recién que llegué a México, comisionado como "comisario político", Rico Galán, Marcué Pardiñas, Jacinto López y el "Jueves" José Santos. Y eso que ya tenían en la mente producir una matanza de jóvenes por los soldados federales, para explotar el sentimentalismo y tener una bandera que ondear; y entre esos condenados al sacrificio iba yo, que había servido impecablemente 27 años a la URSS en los cuatro puntos cardinales de la tierra.

Los asesinados en San Pedro Madera tenían valiosas aportaciones a la causa roja. No se estrenaron esa horri-

ble madrugada del 23 de septiembre. Antes del asalto, el 29 de febrero de 1964 destruyeron un puente; días después mataron a Florentino Ibarra, de "Bosques de Chihuahua" y "Celulosa"; el 12 de abril incendiaron una casa y la estación de radio; el 15 de julio atacaron a un pelotón de soldados e hirieron a tres del 52 batallón de infantería; y el 23 de septiembre, acosados por "Jueves" Santos Valdés, cayeron en la trampa de Ciudad Madera.

En el Partido, como en la cárcel, se ganan méritos mediante la mala información que se dé contra otros compañeros. Así se asciende aunque sea a puestos de ínfima categoría. Siempre tienen la satisfacción de que siendo muy desgraciados, hay todavía otros más desgraciados bajo el primer escalón de la jerarquía. El chisme, la delación, la calumnia, la intriga son métodos eficaces de destruir a un hombre en las filas del partido, aunque se cubran estas repugnantes prácticas bajo los pomposos nombres de "crítica", "vigilancia revolucionaria" y "disciplina".

Para no ir muy lejos, baste recordar lo que pasó a Julio Antonio Mella. Era el abanderado más limpio y valiente del comunismo en América. El activo y talentoso cubano estorbó a Codovila —el agente del Cominform—, y fue asesinado por comunistas en las calles de Abraham González, de esta capital mexicana, cuando iba con Tina Modotti, prominente espía roja que era su amante y que fue quien puso la trampa mortal en que cayó.

Meses después, la misma Tina Modotti fue envenenada por los rojos. ¡Así paga el diablo!

Si en Nicaragua no se hubiera adelantado Anastasio Somoza, seguramente que los comunistas habrían asesinado al maravilloso héroe Augusto César Sandino, que luchaba y vencía a los yanquis en las montañas de Chinandega y otras de Nicaragua. Fue expulsado del Partido Comunista y boicoteado. No obstante, siguió luchando hasta que salieron los gringos. Y al saborear el triunfo,

el jefe de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza lo asesinó en una emboscada callejera.

Empero ya estaba designado y buscaba la oportunidad de matarlo un enviado comunista, que se llamaba Hortensio Carrillo, muerto después en Panamá por otro agente rojo, para que no revelara la misión que le había encomendado Codovila; pues para esas fechas, ya habían elevado a la dignidad de los altares a Sandino. De repudiado se convirtió en ícono rojo, y aún ahora se le ocupa como instrumento de propaganda.

A Julio Antonio Mella, muerto por comunistas, como digo arriba recién lo llevaron —en cenizas— a La Habana y le rindieron honores de semidios. A lo mejor, si yo hubiera muerto en Ciudad Madera ya estaría en camino a los altares; como acaba de canonizar "Jueves" Santos Valdés al doctor y profesor Pablo Gómez Ramírez, profesor Arturo Gámiz, Salomón Gaytán, Rafael Martínez Valdivia, profesor de la escuela de Basúchil, Miguel Quiñones, director de la escuela de Ariseáchic; Emilio Gámiz García, estudiante, poeta y hermano de Arturo; Manuel Peña González y Antonio Escobel Gaytán, al dar a luz ese monstruo de falsedad y perfidia que llamó "Madera".

LAS REFLEXIONES DEL "JUEVES" SANTOS VALDES

En el capítulo decimosegundo de su libro, José Santos abre la boca más de la cuenta. Se echa de cabeza, aunque hipócritamente deja escapar una lágrima furtiva por los caídos en Madera. Dice así:

"Para los amigos del profesor normalista y doctor Pablo Gómez Ramírez la noticia de su muerte en Madera fue no solamente motivo de humano dolor, sino de una serie de interrogaciones, originadas en lo inexplicable de lo ocurrido; y que no fueron más que el fruto de su ignorancia en relación con las últimas actividades del doctor; últimas actividades regidas ya por la decisión de entrar de lleno en la lucha violenta, armada, pues su decepción de hombres y partido no le había dejado más salida.

"La noticia me afectó de manera profunda, máxime cuando junto con él cayeron otros jóvenes a los que les guardé una muy grande estimación, como al profesor Miguel Quiñones Pedroza, al que también habré de referirme de manera especial.

"Conocí a Pablo Gómez Ramírez (dice en su mea culpa o en su cortina de lágrimas José Santos Valdés) a mediados de 1948 o 49. Ya era profesor y llegó a San Marcos, Zac. comisionado por la SEP, lo que lo obligó entonces a suspender sus estudios de Medicina. Se encargó de algunas materias, entre las que estaba la de Trigonometría en tercero de secundaria. Alegre y poseedor de un inalterable buen humor, hábil jugador de basquetbol y dominó, pronto se ganó la más completa simpatía de los estudiantes normalistas y del personal docente, administrativo y manual. Su juventud, sus ambiciones personales y su amor por la justicia social nos identificó luego, máxime cuando como catedrático, no sólo era muy cumplido sino también muy capaz profesionalmente, lo que le dio además de la simpatía, un visible y manifiesto respeto de sus alumnos.

"Años después lo encontré ejerciendo la medicina humana en Buenaventura y Flores Magón, Chih. y atendiendo cátedras en la Normal Rural de este último lugar. Sus actividades sociales le quitaban mucho tiempo, y su situación económica no tenía nada de bonacible; pero se-

guía firme en su militancia dentro del PPS y de la organización campesina de Jacinto López.

"Por circunstancias de carácter político y divergencias en cuanto a la táctica que él consideraba justa, y que aplicó en la lucha por la tierra, tuvimos diferencias que no rompieron nuestra amistad. La intervención mía lo ayudó en 1963 para que siguiera en Saucillo en sus cátedras en la Escuela Normal Rural, después de la explicación que tuvo en la ciudad de Chihuahua con el Oficial Mayor de la SEP. Pero tenía encima la tremenda presión de Giner, que admirablemente utilizó las invasiones de tierras para convencer al Gobierno Federal que no había tal descontento campesino en Chihuahua, sino agitación estudiantil en contra de su gobierno; agitación provocada por los maestros rurales, federales y estatales, y que obedecía a causas puramente políticas.

"Con esa maravillosa simplicidad de que es dueño, así como después de todo, haría responsables a 'los palominos'; por esos días los normalistas de Salaiçes y Saucillo junto con Pablo Gómez y sus compañeros tenían la culpa de todo lo que de malo ocurría en el Estado. Fue así como consiguió al terminar el año escolar 1964-65 en junio, que la SEP ordenara el cambio de Pablito, como todos lo llamábamos, y de otros de sus compañeros a escuelas tan alejadas de Chihuahua como San Diego Tekax, Yucatán; y Perote, Veracruz.

"Con ese motivo, en los días 15 al 25 de agosto de 1965, coincidíamos frecuentemente en el hotel "Atlanta" de la ciudad de México. (¿Coincidían, o se citaban?) El andaba tratando de evitar su cambio y yo gestionaba lo necesario para mi jubilación. Varias veces desayunamos, comimos, o merendamos juntos; alguna vez en casa de alguna de mis hijas, en la que recetó y alivió a una sobrina con cuya enfermedad otros médicos habían fracasado; y nuestra reunión terminaba en largas conversaciones sobre

la situación de México, de Chihuahua, y en particular, su problema personal".

(Era cuando andaba carburando al médico para que se levantara en armas.)

"A veces se mostraba completamente deprimido, y consideraba una derrota completa tener que dejar el Estado, abandonar la lucha campesina, que era lo que más le apasionaba. Ya para dejar la ciudad de México, creí haberlo convencido de que la situación era completamente transitoria; que aceptara el cambio, atendiera las necesidades de su familia y que siguiera manteniendo la ideología revolucionaria y que de momento se conformara con la orientación y el auxilio que podía prestar a los estudiantes rurales y a los campesinos con los que en su nuevo centro de trabajo iba a entrar en contacto.

"Cuando le informé de esto a varios de sus amigos más cercanos, que además me habían pedido que los ayudara a convencerlo de que no tenía por qué desesperarse, les dio gusto saberlo: ellos como yo, querían evitar que cayera en la desesperación, que es algo en lo que no debe caer un revolucionario.

"Las cosas tenían que cambiar, y él podría volver a Chihuahua. El sabía que el propio Presidente de la República había hecho posible que se librara de una prisión injusta, gestionando su excarcelación en Delicias; y que además, le había dado protección llevándolo en su propio camión oyendo los puntos de vista que sobre problemas de la entidad, él quiso darle a conocer al entonces candidato Díaz Ordaz".

(Sin embargo, Pablito, claro, aconsejado y enviado por Santos Valdés, se levantó en abierta rebelión contra el régimen federal; y que no se diga que fue contra Giner, porque la guarnición de Ciudad Madera era federal; y además, porque ya está dicho, el plan ordenado por Raúl Castro a Víctor Rico Galán, que éste transmitió a Marcué, a Santos Valdés y a Jacinto López, era derrocar

al gobierno y colocar en Palacio Nacional la bandera roja de la hoz y el martillo, instaurar la dictadura del proletariado y sustituir el himno de Nunó y Bocanegra por la "Internacional". Ya se ve la gratitud de los comunistas. Díaz Ordaz rescató de la cárcel a Pablo, y éste corresponde poco después levantándose en armas. Si hubiera caído Díaz Ordaz en sus manos, lo habría fusilado.)

Siguen las reflexiones de "Jueves":

"Habíamos hecho un análisis completo del pasado y del presente y cuando menos —eso me pareció—, se había convencido de que una batalla perdida no significa perder la guerra. Lo convencí de que no le guardaba ni la más mínima sombra de rencor por nuestras discrepancias, ya que con la decisión con que acostumbro a hacerlo, gestioné y obtuve que dos de sus compañeros también sacados de Saucillos, no salieran a los lugares lejanos a los que en un principio los enviaban: el profesor Muñoz quedó en Aguilera, Dgo., a unas horas de su hogar, y Ramoncito Soto en Salaiques, a dos horas más de la capital en donde reside su mamá.

"Regresé a Lerdo confiado en que los tres —Ramoncito, Pablo y Muñoz— habrían de regresar a Saucillo, y de que la política agraria en el Estado habría de cambiar a favor de los campesinos. Era una actitud si se quiere ingenua la mía; pero el hecho de que durante la huelga con que los normalistas recibieron al nuevo régimen, la Presidencia de la República ordenó que los estudiantes siguieran recibiendo alimentación, pré, y los demás servicios asistenciales; y además las intervenciones que conocí, destinadas a evitar que algunos funcionarios públicos impacientes y atrabiliarios usaran de la fuerza para someter a los huelguistas, me hizo pensar en que me había equivocado pues, esta es la verdad, creí firmemente que en llegando don Gustavo Díaz Ordaz a la Presidencia de la República sus primeras víctimas serían los estudiantes de las normales rurales.

"Y como no fue así, pues ha resultado lo contrario de lo que supuse, este hecho me inclinó a pensar que las circunstancias cambiarían como arriba afirmo, en favor de los campesinos chihuahuenses".

* * *

"El estupor fue mi primera reacción, y de inmediato procedí a tomar las medidas necesarias para hacer luz en la conciencia pública, hasta donde las limitaciones que padezco lo hicieran posible, en el sentido de que los muertos en la humana matanza de Madera eran personas moralmente valiosas y por lo mismo, respetables. 'Siempre' y 'Política' acogieron mis explicaciones, y el semanario 'La Voz del Pueblo' de Torreón, Coah. fue el primero en dar a luz un trabajo que titulé 'Mártires, no bandidos'".

(Como puede advertirse, ya hasta tenía listos sus artículos para proclamar la heroicidad de los muchachos de Madera, y culpar al Gobierno de asesino, cuando él, José Santos Valdés, fue el que los encandiló a la aventura, como me consta, y lo certifican las numerosas cicatrices de mi cuerpo. Este Santitos es de los que se ponen el parche antes de que le salga el grano.)

"Todo esto —sigue diciendo "Jueves"— porque con su acostumbrada torpeza, el general Giner trató de que prosperara la especie de que los asaltantes del cuartel en Madera, eran una gavilla de bandoleros, de asesinos y de bandidos. Al mismo tiempo empecé a comunicarme con las personas más estrechamente ligadas por los lazos de la amistad, con Pablo y otros de los Mártires de Madera. Para todos, el hecho constituyó una dolorosa sorpresa. Nadie tenía noticia de que se hubiera ligado al grupo de Arturo Gámiz García, y mucho menos de que intentaran acometer la acción suicida que les costó la vida".

(Conque suicidas, ¿eh?... ¿Por qué no dice que nos ensartó a todos con la promesa de que en persona él in-

cendaría el cuartel acompañado de Marcué Pardiñas; y que Rico Galán iba a volarlo con sus brigadas de dinamiteros? ¿Y por qué no dice que nos prometieron los líderes del M.R.M. encabezar al pueblo de Madera para pasar a cuchillo a los "cuarenta" (y no 125) soldados acuartelados? ¿Y por qué no cita la incumplida promesa de Arturo Orona, de enviarnos rifles de alto poder, y M-1 y M-2? ¡No fuimos suicidas, sino víctimas de un criminal engaño de quienes nos enviaron!

Sigue "Jueves":

"Uno de sus amigos —el que estuvo más en contacto estrecho con él hasta principios de septiembre—, me hizo estas dos afirmaciones importantes. Pablo estaba convencido de que lo mejor para él y para su lucha era irse a terminar el año escolar en Perote, Ver., escuela normal rural en la que las vacaciones llamadas grandes, se inician a fines de noviembre. Pablo no tenía, como era lo acostumbrado, dinero ni siquiera para comer. Otros, también íntimamente ligados al doctor, me confirmaron que había decidido aceptar el cambio y que carecía de recursos económicos. Posteriores averiguaciones revelan que intempestivamente cambió de parecer; que regresó a Chihuahua y de nuevo —y ahora huyendo— tuvo que dejar su tierra para regresar a la ciudad de México; de que regresó para incorporarse a 'la guerrilla' del profesor Arturo Gámiz García.

"Carecía, pues, de dinero para comprar armas, parque, medicinas y pagar pasajes. (¿Para qué iba a comprarlas si las ofreció el magnate del comunismo, el lagunero Arturo Orona? Puras M-1 y M-2 de fabricación checa.)

"Hay quien afirma que Miguel Quiñones Pedroza dejó su escuela en Ariseáchic, y fue a la capital donde hizo un préstamo en el ISSSTE, y que ese fue el dinero que emplearon en su regreso a Chihuahua. No lo creo todo".

Lo que sigue de las "reflexiones" de "Jueves", no tiene abuela:

"Mi más profunda convicción es la de que cayeron en manos de provocadores y que éstos no solamente les proporcionaron recursos: los lanzaron a una aventura en la que encontrarían la muerte. Para ellos, los provocadores, lo que importaba era el escándalo. Lo demás carecía de importancia".

(¿Puede darse mayor cinismo y desvergüenza en José Santos Valdés al "suponer" que los muchachos cayeron en manos de provocadores que los lanzaron a una aventura... cuando precisamente él fue el instrumento y el provocador? Tira la piedra y esconde la mano. ¿En dónde estarán esos provocadores? ¿Cómo se llamarán? ¡Miserable!)

Sigue la desvergüenza y el mea culpa de "Juevitos":

"En la mayoría de quienes me han comunicado sus reflexiones sobre el particular, priva una manera de pensar: la de que fueron engañados, pues por más optimismo que tuvieran sobre las posibilidades de éxito, tenían que partir de un hecho primario: mientras ellos no llegaban a veinte, dentro del cuartel había ciento veinticinco hombres armados, diestros en el manejo de las armas de fuego, y además, entrenados para la defensa y el ataque; y lo que contaba mucho en un caso así, encuadrados en grupos sujetos a un mando y disciplinados.

"Que sabían cuántos hombres había en el cuartel y que además conocían el horario de las actividades diarias, lo revelan dos hechos: Gámiz traía consigo el plan de ataque de donde se deduce que primero se dio cuenta personalmente del factor físico y que sería inadmisibles que no lo hubiera hecho, tuvo que recoger informes sobre la cantidad de hombres en contra de los que iban a luchar, y armamento con que contaban. Se hace duro creer que Arturo, Pablo, y los demás jóvenes hubieran confiado nada más en el factor sorpresa, pues como dejé establecido, los informes que tenían les permitió iniciar el ataque

en el momento en que juzgaron más favorable para ellos: cuando los soldados estaban desarmados, desayunando.

"El grito de '¡rindansel!... ¡están rodeados!' revela que hasta el último momento mantuvieron la esperanza de que tal cosa sucediera. Es verdad que se supone que el ataque al cuartel fue hijo de la desesperación (¡No!... ¡De la consigna que recibimos envuelta en promesas de ayuda!) y que en él iban a jugarse el todo por el todo, y que de vencer, ellos esperaban contar con apoyo de numerosos habitantes de la región. (Ya va apareciendo el peine.)

"Pero tuvieron que pensar en que su problema verdaderamente grave se presentaría indiscutiblemente, después del éxito. Y aquí es donde la suposición del engaño se hace más furte. No es fácil descartar que tuvieran esperanza más o menos fundada, de que al iniciar el ataque recibirían el apoyo de parte de la población. (Así fue, por boca de Rico Galán, de José Santos Valdés, Manuel Marcué Pardiñas y de los profesores otonianos Jesús Sosa Castro y Juan Reséndiz.)

"Todos cuantos nos hemos comunicado nuestras reflexiones creemos que con la experiencia que ya tenían Arturo y algunos de los que lo acompañaban, el asalto lo planearon considerando otras posibles ayudas. (Sí. El incendio del cuartel, las M-1 y M-2, los dinamiteros, y el pueblo en masa.)

"¿De dónde y de quiénes? Nadie lo sabe ahora; pero es cuerdo pensar que tal cosa ocurrió, porque las actividades anteriores de algunos del grupo atacante hacen ver que no eran del todo novatos".

Sigue "Juevitos":

"Hay quienes se hacen esta pregunta: ¿Para qué llevaban una gasolina que ni siquiera usaron? Se responden ellos mismos que la gasolina es elemento básico para las bombas "Molotov", y que tal combustible estaba destinado a incendiar locales del cuartel que, además, siendo

como son de madera, arderían fácilmente y aquí esbozan otra conjetura:

"Probablemente algunos de los atacantes perdieron el control a la hora de los disparos y del estallido de la dinamita y vacilaron o francamente no cumplieron la tarea que se les había encomendado; circunstancia que los soldados aprovecharon todo lo posible. Todos los comentarios y el mismo parte oficial revela que los soldados, una vez que se armaron, salieron a campo raso utilizando las tácticas aprendidas hasta localizar perfectamente los sitios desde donde se les disparaba.

"Si como se publicó, el tiroteo se prolongó por una hora y media, el mando castrense pudo calcular cuántos eran aproximadamente los atacantes, si es que desde antes no poseía informes relativos al número aproximado de los que en un momento dado podrían atacar. Todo mundo sabe que un buen comandante no sólo se atiene a los efectivos con que cuenta; acumula el mayor número de informes que le es posible sobre quienes pueden atacarlos".

"Conjeturas, sólo conjeturas elaboradas por quienes tratamos de explicar lo hasta ahora inexplicable. Me parece demasiado primaria la explicación dada para calificar el asalto como fruto únicamente de la desesperación y de la imprudencia. Los asaltantes muertos se llevaron a la tumba lo que puede hacer luz y los que están vivos (algunos vecinos afirmaron haber visto huir a cuatro que se supone iban mal heridos porque apenas podían sostenerse sobre los caballos) probablemente por largos años no revelarán el por qué y el cómo de este hecho sangriento que segó la vida de ocho hombres jóvenes y valiosos y llevó luto y dolor a las familias de los seis soldados muertos y de los heridos".

(Sí. Nos salvamos cuatro, gravemente heridos. Y aquí estoy para revelar ese por qué, y cómo estuvo lo del cuartel en Madera. Es lo que estoy haciendo.)

* * *

Siguen las reflexiones o mea culpa de "Juevitos":

"Que esta acción suicida (y dale con suicida) tiene que constituir una enseñanza para quienes tienen la convicción firme de que llegó el momento de la lucha armada, y de que ya están dadas las condiciones para que México se lance a ella buscando un cambio violento de su régimen social, es indiscutible. Creo que el asalto al cuartel de Ciudad Madera merece ser estudiado no sólo a la luz de sus resultados objetivos, sino de las conclusiones a que nos puede llevar el acto suicida —llamémosle así— de los Mártires. El sacrificio constituye una sangrienta protesta en contra de una situación social caracterizada por el abuso y la explotación que los campesinos pobres sufren de parte de los poderosos por su dinero y por su influencia sobre el poder público, al que han convertido en su aliado.

"Pero es también una lección que hay que aprender y asimilar hasta convertirla en provechosa para la lucha revolucionaria. Cabe pensar en que un movimiento de franca rebeldía no es problema que puede resolver un grupo aislado; que se necesita la participación organizada de la masa de descontentos; y además, que debe hacerse lo necesario para que simultáneamente otros brotes obliguen a los defensores del régimen imperante, a distraer sus fuerzas porque, de otra manera, los concentran sobre un solo objetivo, y hacen fracasar el esfuerzo revolucionario".

(Todavía cree "Juevitos" que habrá quienes los sigan cuando haya otra invitación a guerrear.)

A lo largo del libro, una obsesión vuelve monótono a "Jueves"; y es la de que quienes participamos en el ataque caímos en una trampa y fuimos vil y miserablemente engañados. ¿Cómo no va a estar obsesionado si

él fue el culpable. Además, como táctica de lucha, o como estrategia de su cobardía, acude al sobado recurso del ladrón que sale gritando:

—¡Al ladrón!... ¡Agarren al ladrón! —y él mismo emprende la carrera seguido de la turba en persecución de otro supuesto mañoso.

Acá, tan pronto en Estados Unidos y en México se publicó la alarmante noticia del asalto al cuartel, inmediatamente José Santos se dedicó a propalar que "hubo trampa y que hubo engaño". De ese modo, nadie lo culpa. No se fijan en él, porque es el que está gritando:

—¡Al ladrón!... ¡Agarren al ladrón!...

Tan es un consumado técnico en tirar la piedra y esconder la mano que lo confiesa paladinamente en la página 19, cuando dice:

"No sé si alguna vez lo he escrito, pero lo he dicho muchas veces: comencé a trabajar en 1932 con el Partido Comunista y debía probar mi capacidad de militancia para tener derecho al carnet. Esto ocurría en Tamaulipas; tenía que hacer circular 'El Machete', luchar en los grupos de trabajadores por la línea de frente único; y además, de cuando en cuando si los compañeros lo creían necesario, dar pláticas a los campesinos y obreros para 'encuerar' como ellos decían, a Abelardo Rodríguez, Presidente de la República; al Jefe Máximo de la Revolución Plutarco Elías Calles, etc. Y lo hice, y gracias a una serie de precauciones cuidadosamente tomadas, y que muchas veces no conocí, ningún soplón ni político alguno pudieron aprehenderme o denunciarme".

También esta vez en lo de Madera volvió a poner en juego su habilidad para esconderse después de haber tirado la piedra. Nos mandó al matadero mediante el plan perfecto de que no se salvara nadie, en vez de ir a quemar el cuartel como lo había prometido, deslizándose al amparo de la oscuridad hasta sus paredes de madera, y rociarlas de gasolina. Dado que los "sardos" iban a estar

ocupados repeliendo el ataque desde la vía, la escuela, la iglesia, la camioneta y aquella casa, el "camarada Jueves" iba a bañar de líquido inflamable el cuartel. Las bombas "Molotov" de nosotros y los bombillos de dinamita que iban a lanzar Rico Galán y Marcué, se encargarían del resto.

Me acuerdo que cuando le pregunté de qué medio se iba a valer para consumir el episodio, pues yo sentía que sus mejores años ya pasaron, aquellos que le daban agilidad porque sus músculos eran elásticos, me respondió con cierto aire de suficiencia:

—Es un secreto, tovarich; permíteme que no exponga mi plan. Tú sabes... —y acercándose a mi oído susurró—: Somos muchos aquí. Puede haber algún soplón. Yo no me fio ni de mi sombra. Una cosa sí te aseguro; y es que a la hora que comiencen los "cocolazos", verás arder al cuartel por los cuatro costados. Te gustarán sus llamas. Alumbrarán la madrugada. ¡Esa es cosa mía! —y le brillaron los ojos con luz extraña.

He visto hazañas homéricas, de portento, realizadas por miembros del FLN en Venezuela y en Colombia. Aventuras de novela. Por eso no puse en duda la palabra del "camarada Jueves". En esta lucha todos los recursos son buenos.

Sin embargo, no entraba en la mente de José Santos Valdés convertirse en héroe homérico. Sólo trataba de consumir un crimen colectivo perfecto. La muerte de todos los guerrilleros sería de un efecto colosal para los fines de propaganda, y para carburar el sentimentalismo de los llorones. Pero ya está visto que no hay crimen perfecto. Siempre queda alguna prueba que denuncia al criminal. Y en este caso, la prueba soy yo. ¡Si... yo; el muerto que vuelve de la tumba para acusar!

Cierto que tres o cuatro más, aunque heridos, tuvieron la suerte de salvarse gracias a las patas veloces de sus corceles; pero ellos nada sabían del trasfondo de la cri-

minal intriga roja. Eran nada más carne de cañón, víctimas jóvenes elegidas para el martirio, para el holocausto; pretexto ideal para clamar a grandes voces al cielo y al infierno venganza porque los mataron, los asesinaron, los soldados federales.

¡Cuántas cosas se pueden gritar para que sirvan a la propaganda!

A ellos, y a los que murieron, no los invitaron a la reunión de "alto nivel", como ahora se acostumbra decir ridículamente de las juntas de cabecillas o cabezones. Simplemente, Víctor Rico Galán, Manuel Marcué, José Santos Valdés y Jacinto López se encargaron de inflamar su amor propio, su valentía, su vanidad, su espíritu de sacrificio y su disciplina al Partido, para imponerles como consigna la toma del cuartel de San Pedro Madera.

Dieron su vida —o su sangre nada más— sin saber la trampa asesina que les habían puesto sus propios líderes. Por eso estos muchachos que se salvaron de la matanza no sirven para testigos. ¡Yo sí!

Fueron más dignos los jefes nazis que pedían voluntarios para misiones en las que advertían que no iban a volver, pues no los engañaban; y entonces su fanatismo les hacía cuajar hazañas maravillosas al grito de ¡Heil Hitler!, igual que sus camaradas japoneses, que también en misiones suicidas voluntarias ascendían al grado de héroes en el momento de exclamar ¡Banzai!

¡Por qué no se llamó a esos mismos muchachos —incluyéndome a mí aunque no soy joven— y se nos pidió el sacrificio supremo de la existencia a nombre del Partido, de la causa, del ideal, intentando la toma del cuartel? Somos tan estúpidos los comunistas que por nuestro fanatismo exagerado lo habríamos hecho; y a lo mejor hasta habríamos cuajado la epopeya 17 hombres mal armados, de capturar un cuartel guarnecido con ciento veinticinco soldados excelentemente pertrechados, entrenados y comandados.

Pero eso suponía una relativa generosidad de Rico Galán y pandilla al darnos la oportunidad de ingresar voluntariamente al martirologio laico de los rojos. No querían héroes, sino víctimas, para hacer escándalo y soliviantar el ánimo del pueblo.

Cuánta razón tiene Ravines cuando cuenta aquella escena de su retorno a la tierra del socialismo en el invierno de 1938:

—La miseria rusa de aquel año —como la de ahora— quizás sólo se diferenciaba en magnitud de la que me había apabullado en 1929 y más tarde en 1935. El triunfo impetuoso de los planes quinquenales no se reflejaba en la vida corriente. Veinte años después de la revolución era deprimente: no sólo escasez, miseria, soportada por millones de seres humanos, sino además, aire de gentes aterrorizadas, que sienten fisgadas, que se mueven bajo vigilancia, que actúan como si estuviesen sintiendo en la nuca el frío cañón de la pistola, o delante de los ojos la perspectiva de la Lubianka...

“La criminalidad del régimen soviético se alzaba con un cinismo grueso y violento. Había un repugnante descaro en la vida de aquella sociedad creada para servir de modelo a la humanidad futura... A cada paso, en cada circunstancia, se exhibía un abismo entre la teoría y la práctica, entre lo que se decía y se hacía, entre los discursos y la realidad. El más abyecto y abribonado cinismo lo invadía todo, impregnando la ensangrentada tierra socialista”.

Esa impresión se la confirmó con creces su viejo amigo Dorogan, que fue a visitarle en secreto a su cuarto del hotel:

—Tú sabes, Dorogan, que soy amigo tuyo... —subrayé.

—¡Nada!... en Rusia, bajo el régimen soviético no hay amigos. En ningún país comunista hay amigos. Aquí la amistad es un sentimiento burgués que ha sido expul-

sado fuera. Si tratas de auxiliar a tu amigo que está en aprietos con la N.K.V.D. (policía secreta) pues te liquidarán a la misma hora que a él, o le obligarán a señalarte como criminal y hasta le harán servir de verdugo de la suprema justicia proletaria.

“Cuando vine a hablarte no pensé un instante en que eras amigo mío: todo se mueve y todo lo que se mueve cambia; tú podías haber cambiado. Al venir a verte sólo pensé que a ti esto te repugna tanto como a mí y que, en tu caso, yo tenía ya mi coartada: me llevaste regalos, fuiste a verme, a saludar a mi mujer y a mis hijas, y yo no recibí nada y di aviso a la N.K.V.D., a la sección que trabaja dentro del Komintern”.

—Te has vuelto cínico —dije casi involuntariamente.

—Parece cinismo, ¿verdad? Y no; es sólo instinto de conservación, hipocresía para salvar la vida y poder seguir arrastrando una existencia sórdida...

—El argumento sólido —le dije— es que el régimen soviético ha abolido las clases sociales; aquí no existen las clases, y por lo tanto no hay división de clases, ni intereses de clase.

—La sociedad sin clases, ¿verdad?... —preguntó burlándose—. Deja las frases y mira los hechos. Por donde has ido en Rusia has visto diferentes categorías de gentes: obreros calificados que viven pobremente si les comparamos con el obrero francés o alemán; otros que viven mal; numerosas categorías que viven muy mal; y algunas, las más bajas —el mayor número—, que tienen un nivel de vida —zoológico, le llamo yo— viven como animales inferiores... ¿sí, o no?

—Sí, es verdad.

— Pero lo que no has visto son las condiciones en que arrastran sus vidas los millones de presos políticos, sometidos a trabajos forzados en los campos de concentración. ¡Nadie que no lo haya visto, tiene idea clara de lo que es aquello...! Afuera, ustedes hablan de demo-

cracia, de libertad, de derechos humanos y no hacen nada por impedir toda esta bestialidad, por denunciar siquiera lo que pasa en Rusia...

"Y sobre todas las categorías, por encima de las diversas capas burocráticas, de oficiales del Ejército Rojo, de funcionarios del partido y del soviét, hay una casta que ocupa una situación de privilegio escandaloso. Es una casta porque vive mejor que todos nosotros; gana bien, se nutre mejor, tiene preferencia en las raciones, en los zapatos, en la ropa. Ocupa las mejores viviendas; logra adquirir muebles, batería de cocina y hasta bicicletas para sus hijos o sus sobrinos. Son la casta privilegiada de la sociedad soviética. Y esta casta es la policía de la N.K.V.D.

"En Rusia —continuó— la policía soviética, o sea la N.K.V.D. no es como en los países capitalistas democráticos, una institución integrada por individuos que pertenecen a ella. En Rusia, la policía es una especie de vastísima red de agentes, de espías, de delatores, de informadores, que lo invaden todo: la fábrica, las oficinas, los koljoses y los talleres, los cuarteles, el Komintern. La N.K.V.D. recluta sus agentes en todos los campos, en las más diversas actividades, en las más distintas categorías de individuos. Todo agente, sin excepción, recibe alguna forma de paga por el servicio que presta: aquel tiene primacía en la ración de pan; éste obtiene que se desaloje de la casa que él habita al excesivo número de pobladores; un tercero obtendrá un puesto de portero en cualquiera de las casas la Vivienda; un cuarto alcanzará un mejoramiento sustancial del standard de vida de su familia entera, si es que la hija bonita, hablando idiomas, se ofrece como prostituta a los extranjeros en los hoteles elegantes o en las fiestas a donde acuden extranjeros.

"Todo está organizado de modo tal que la policía, esta casta tenebrosa y severamente controlada, viva mucho mejor que el resto de la población. Y todo está engranado

en este régimen de modo que la población entera trabaje y entregue una gruesa parte de su trabajo para que los miembros de esta vasta organización policial disfruten de un nivel de vida mucho más elevado que el resto de la población.

"Además —añadió—, es inútil que te asegure que el total del partido bolchevique forma parte de la policía y trabaja, quiéralo o no, para la policía... ¡Ah, querido camarada; somos cobardes, nauseabundamente cobardes! Lo soy yo, lo eres tú, lo son todos estos que soportan y se resignan. Y éste era el pensamiento nuevo y regenerador con el cual soñábamos frente a la decadencia burguesa. Dime ahora: ¿quién es más decadente? ¿Ellos o nosotros?

"Ahora has visitado algunos koljoses, ¿verdad?..."

—Sí, hemos visitado hasta seis.

—Los más prósperos seguramente. Habrás visto que en esos koljoses hay hasta media docena de personas, en algunos casos llegan a quince o a veinte, que son quienes distribuyen el trabajo haciendo en realidad de capataces; llevan cuentas, y actúan como los negociadores de los productos del koljoz. En resumen: gentes que trabajan menos los que tienen a su cargo una labor mínima, suave...

—Sí, efectivamente, comprobamos eso.

—Pues esa media docena, o esa veintena de personas, no solamente no intervienen en las faenas del campo, y llevan una vida descansada, sino que se llevan la mayor parte de las utilidades del koljoz. Pero no han llegado a esa situación de privilegio por méritos heroicos; están allí porque así lo quiere la omnipotente N.K.V.D., la policía sanguinaria de tu precioso camarada el líder máximo de la URSS. Todos esos privilegiados son policías, son vigilantes, son delatores, son los tentáculos, los ojos y los oídos de la policía soviética en el koljoz y en la aldea. ¿Quién protesta?... Y dime... ¿visitaron las fábricas?

Pues allí pasa algo semejante. Los obreros pagan su cotización sindical cada semana; no hay uno solo que escape a este pago; es el impuesto más puntualmente pagado en toda la extensión de nuestras gloriosas repúblicas socialistas soviéticas. Y toda esta cuantiosa cotización, descontada en la ventanilla del pago semanal, va a la caja del sindicato. Y de esta caja sale el sueldo de los camaradas dirigentes sindicales, de sus funcionarios, de sus ayudantes, de los que no prestan servicios en la fábrica propiamente, sino que dedican su tiempo a ocuparse del sindicato. ¿Sabes tú lo que quiere decir esto?

"Pues que esos, a ese precio, vigilan, espían, siguen, inventan, aterrorizan a los trabajadores. Y tales dirigentes están donde están porque así lo ha dispuesto en su alta sabiduría la N.K.V.D. Para qué te voy a decir que esos dirigentes, funcionarios y ayudantes disfrutan de un nivel de vida superior, del que no gozan ninguno de los auténticos trabajadores de la fábrica; y no laboran como obreros, no producen, salvo el caso de que sea espía que vigila en el interior; en los tornos, en los telares, junto a los motores, a las fraguas, a los crisoles. También hay de estos a millares... Y sólo por un poco de mantequilla, de jabón, de chocolate; por una ración más de chorizo, o de jamón a la semana... Barato, camarada; te aseguro que nadie organiza en el mundo una cosa como esta a tan vil precio.

"Aquí vivimos bajo un régimen socialista; estamos regentados por un gobierno soviético que administra sabiamente la Dictadura del Proletariado. Aquí el obrero que hace un gesto de descontento es privado del carnet sindical, de la tarjeta de trabajo, de la tarjeta de racionamiento... Se le priva del derecho a comer, del derecho a trabajar, del derecho a vivir... Aquí, el obrero soviético no puede cambiar el trabajo; no tiene siquiera la libertad de elegir el trabajo que le guste. Aquí los obreros somos

esclavos; no nos queda sino un camino: aceptar lo que el gobierno soviético y lo que la N.K.V.D. impongan".

—En el mundo capitalista —dije por aguijonearlo— el obrero se declara en huelga.

—Y en el mundo capitalista —asintió—, con su policía, sus tribunales, sus leyes y sus parlamentos, se permite hacer huelga; te la reconoce como un derecho y hasta se da el lujo de poseer una legislación sobre huelgas. Y abre discusiones y se arma la de Dios es Cristo y los obreros pelean con sus patrones hasta que los patrones llegan a un acuerdo con sus obreros. ¿Verdad?... ¡Qué suave!...

—¿Y aquí qué? —volví a decir con indiferencia...

—Huelga, dijiste. ¡Uy, pero qué matanza sería aquella! ¿Te imaginas las pistolas de la N.K.V.D.? ¡Mil, tres mil, treinta mil, cincuenta mil, sus padres, sus hijos, sus mujeres, saliendo a pie hasta el círculo polar y al mar ártico y a las tundras heladas a dejar los huesos sobre la nieve?

"Nadie diría nada; el Occidente se encogería de hombros, las estrellas viajeras del Komintern continuarían pronunciando sus discursos contra los crímenes horribles del imperialismo yanqui, contra la piratería del imperialismo inglés, por la gloria y grandeza moral del augusto y noble camarada líder máximo de la URSS. Y si algo se rumorease, pues un Congreso en Defensa de la Paz en cualquier parte, saldrían los rublos convertidos en dólares, y artistas, novelistas, gentes que viven en el pentagrama, idiotas de todos los matices y pícaros que aman hacer turismo gratuito, pues irían a lanzar invectivas contra los crímenes del mundo capitalista, y a loar la magnificencia de la patria socialista. Mientras tanto, nosotros nos pudríamos aquí, y pagamos todos los gastos... hasta el último kopek.

"Aquí la dirección sindical es todopoderosa, como que forma parte integrante del acerado engranaje policíaco; dispone de todo lo que el obrero puede necesitar; de las

viviendas y de la ración de carbón; de la comida, y de los sanatorios; del salario y de la calificación de la calidad del trabajo; de la escuela para tus hijos y de las vitaminas para tu madre achacosa... y así en el país del socialismo cada obrero está cogido dentro de un engranaje cuyos dientes lo exprimen, lo estrujan, lo trituran. Y lo peor, lo más degradante, cada obrero sabe conscientemente que está vigilado, que lo siguen, que lo espían; y así le hacen sentirse más esclavo aún y le prueban que, además de esclavo, es impotente y es cobarde..."

—Pero —sugerí— el gran mal del sistema...

—El gran mal —replicó Dorogan— es que se ha tomado en cuidadosa consideración que el motor de la sociedad es la lucha de clases, que dijera Carlos Marx; y se ha olvidado por completo que el gran motor del hombre individual, del hombre fundamental e integrante de la sociedad, es el anhelo de ser algo más, de superar sus presentes condiciones materiales y espirituales de existencia por otros mejores para él mismo y para los que le son queridos. Han olvidado ese invencible y vital instinto biológico que es el amor del hombre por sí mismo, por la vida, por su porvenir, por el porvenir de sus hijos y de todos aquellos a quienes todo el hombre se siente atado por ligaduras indisolubles. Le quieren amputar su egoísmo instintivo y vital y se vieron forzados a colocar en vez de este motor, el otro, repugnante, y envilecido y envilecedor: la policía, el terror, el espionaje, la permanente amenaza de los campos de concentración.

—Pero es que será hasta que se suprima la división de los hombres en clases antagónicas...

—¡Por favor!... —exclamó Dorogan—. No vengas a estas horas a repetir como un disco las frases teóricas, que has repetido tantas veces ante la boca abierta de los camaradas comunistas y simpatizantes... En la Rusia de hoy es probable, es seguro, casi seguro en absoluto, que han sido ya suprimidas las clases: no hay señores

feudales, ni hacendados, ni clase burguesa, ni capa social dueña de los instrumentos de producción. Todo ha sido socializado; no hay más clases como en tu mundo capitalista; pero mira bien que esas clases han sido reemplazadas por algo peor... por castas... Las castas de los que mandan, y las castas de los que obedecen sin chistar... Hemos regresado a una época más primitiva; es mejor decir, más primaria: hemos retrogradado...

Y siguió con acidez:

—Entre los trabajadores, a estas horas hay diecisiete categorías que son otras tantas castas; ellos viven según su casta; tienen o no jabón, según la casta en la que están encasillados; comen o no comen un trozo de mantequilla a la semana, según la casta a que pertenecen; mastican pan blanco o engullen pan negro vinagre, en concordancia con la casta que les asignó el sabio régimen comunista... ¿Qué tal tu supresión de las clases sociales?

Yo pensaba en la dura crueldad de sus palabras y en el terrible realismo que ellas expresaban. Su crítica no teorizaba en efecto; se circunscribía a mostrar, a descarnar, a exhibir hechos irrefutables.

Y entonces pude ver con nitidez que a la luz de esos hechos históricos y palpables no se trataba sólo de un mal régimen comunista, de su concepción inhumana, de su policía, de sus medidas drásticas, de su incapacidad para abarcar y comprender en su integridad la condición humana, sino que se trataba de algo mucho más profundo, más trascendente; de algo que sentía imprescriptible, consubstancial con la vida misma del ser humano; era toda la concepción del sistema bolchevique; todo su sentido extrahumano; toda su racionalidad técnica, helada, implacable y no sólo ajena al hombre, sino además, contraria al hombre...

No era que Stalin y su criterio georgiano asiático habían deformado la concepción leninista; era que la idea capital de la dictadura, de la supresión de las libertades

políticas, de la abolición de los derechos humanos, de la dominación de una clase, de un sector, de un grupo o de un clan, sobre el resto de la sociedad, conducían, con destino inexorable, a ese mismo punto de envilecimiento, degradación y criminalidad a que había llegado el régimen ruso. Stalin era, en consecuencia no un autor de tal perversa monstruosidad, sino el mero ejecutor de un plan que se desarrollaba concorde con su propia esencia y con una lógica implacable; no era el creador del horrendo drama, sino tan sólo su cínico intérprete; aquella carrera de lobos famélicos no sería contenida entonces por paliativos ni por accidentes; ni por acuerdos o cambios de orientación, o por caída o desaparición de tal o cual personaje protagonista; lo esencial era allí una cuestión de libertad humana, de elevación y triunfo de la dignidad del hombre, de apertura plena ante el individuo, de la posibilidad de conquistar su libertad, y de vivir sin sobresalto ni angustia, bajo su amparo.

Como si regresase de una localidad abstracta y oscura, dije despacio:

—Comprendo; es claro, pero poco a poco, la Constitución staliniana...

—¡Ja, ja...! —clamó Dorogan en voz baja—. Pero qué ingenuidad más estúpida. ¡Cómo los engañan con una farsa escrita en papeles! ¡Mira una cosa, bobo!, bajo el régimen zarista había elecciones y los príncipes, los boyardos, los funcionarios y caciques de aldea, hacían trampa; imponían elecciones fraudulentas. Pero nadie, ¿entiendes bien?... nadie en el mundo ha ideado y ha realizado un fraude mayor que el de las elecciones rusas bajo la constitución staliniana. En tu mundo capitalista tienes la posibilidad de votar en pro o en contra; de gritar contra la trampa; o decir que no, por lo menos. Aquí, bajo el régimen socialista, bajo la Constitución más avanzada y progresista del mundo, no tienes sino un camino, uno solito, sin alternativa: tienes que votar por la lista

única; la que está integrada por los candidatos que presenta el partido, después que ella ha sido revisada por la N.K.V.D. Quizás podrías votar en blanco... ¡ah!... pero buscarán y buscarán hasta descubrirte, si es una aldea. Y allí donde aparecieron varios o muchos votos en blanco, pues se diezmará a la población; realizarán lo que en el lenguaje político de la N.K.V.D. se denomina "la limpieza política"... ¡Toma! ¡Te la regalo!

—Pero luego circulan en el mundo —objeté—, las declaraciones oficiales afirmando que se han realizado las elecciones más democráticas del mundo, con un índice insignificante de abstención.

—Sí, lo sé; esas son las declaraciones —replicó con desprecio—. ¡Pero has tropezado en tu vida con algo más groseramente mentiroso, más abribonado y cínico que las declaraciones soviéticas o las afirmaciones o negaciones comunistas? Hemos caído demasiado bajo, amigo mío. Mentimos sin el más mínimo respeto por la fe de las gentes; les engañamos, ayudamos a retocar la farsa, llevamos a cuestras el agua que necesita el molino del cinismo que se ha hecho parte de la idiosincracia del hombre soviético. Cinismo que se ha incorporado a su psicología, que le da fuerza para sostener como verdades las más indecentes bellaquerías sin que la sangre le suba a la cara, sin que se le caiga el rostro de vergüenza.

“Los ciudadanos soviéticos —siguió hablando—, principalmente los comunistas, nos hemos vuelto impúdicos hasta el asco. No tenemos esa vergüenza que si se tiene en el Occidente, para decir mentiras. Es claro que al otro lado mienten, tratan de engañar, cuentan cuentos. Pero sólo hasta cierto límite; cuando llegan a él, cuando la mentira se hace demasiado burda, cuando sienten que tienen que pasar de la mentira al cinismo, pues prefieren detenerse; les da pudor, sienten vergüenza. Aquí no; y esta es una de las realizaciones morales o amorales del régimen socialista. Aquí se miente groseramente, se sos-

tiene la mentira hasta el fin, suceda lo que sea; hemos llegado a la apoteosis del cinismo; estamos superando a los nazis, como cínicos; los soviéticos y los comunistas somos los virtuosos del cinismo”.

—Me interesan tus reacciones psicológicas —dijo Dorogan— pero mucho más, que esto tenga algún efecto afuera; que se diga todo esto y que la gente honrada no apoye esto, que no le dé el calor de su fe y de su adhesión. Y que tú y los hombres como tú se pongan frente a frente a la realidad; es decir, a su fracaso. Porque eso sí, querido camarada, hemos fracasado. Soñamos fundar el socialismo y no hemos hecho sino colaborar en la creación y sostenimiento de un régimen que no tiene corazón. Nos lanzamos a realizar una revolución sangrienta para liberar a la Humanidad, y hemos sometido a los trabajadores al más infame de los yugos.

“¿Qué somos los comunistas? Somos aquí y fuera de aquí los bienhechores del mal; hemos tomado una ideología romántica, sedienta de justicia, henchida de generosidad, y hemos fabricado con ella el collar y el bozal del perro que le hemos puesto a la clase trabajadora: en Rusia y en todo el mundo. De seres libres los hemos convertido en instrumentos dóciles, serviles, oportunistas y pícaros. Porque el que se vuelve mentiroso, farsante y cínico al final, es un pícaro. Y eso somos la mayoría de los comunistas; en especial los que tienen en las manos el pandero.

“¿Es así o no es así?... —exclamó—. Es muy duro pero es la tremenda verdad. Los comunistas somos los granujas más cínicos desde los Borgias; quizás desde más atrás: desde los que condenaron a Sócrates a beber la cicuta. Insurgimos como los héroes de la libertad y hemos resultado los más diestros artífices de la esclavitud...”

* * *

Hace muchos años que murió Stalin. Su sucesor, Krushchev derribó sus estatuas, borró su nombre de toda Rusia, lo desenmascaró como a un tirano loco y sanguinario, y aquel Genio Universal hasta hacía poco, fue declarado un vulgar ignorante... ¿y para qué? El mal no estaba en Stalin, estaba en el régimen, que siguió siendo el mismo; y poco importa cómo se llame cada nuevo déspota. Cayó Krushchev, lo sustituyeron Breznev y Kosiguin, y las cosas en la URSS van de mal en peor. Incluso está perdiendo su gigantesco imperio colonial.

COMUNISMO IGUAL A MENTIRAS

Cuanto dijo Dorogan a Ravines en aquella charla en Moscú también lo sabía yo: pero cuando a uno lo fanatizan, en realidad lo vuelven a uno mentiroso. Cierto: los comunistas somos los virtuosos del cinismo.

Vamos de mentira en mentira, construyendo una montaña que ya aterroriza al mundo. Por ejemplo, la URSS se esfuerza ahora por deslumbrar a las masas con sus aportes a la conquista del espacio. Aparte de que se contempla un caso de aprovechamientos más o menos lícitos, de descubrimientos científicos occidentales, es un hecho aplastante que en los predios de la sabiduría y de la invención, la contribución rusa es poco menos que nula. Basta por ejemplo otear el panorama de la medicina para verificar que no fueron los rusos los que descubrieron la circulación de la sangre, ni la anestesia, ni la asepsia, ni la vacuna, ni los rayos X, ni los antibióticos, ni otras cosas de uso tan común, pero de tanta utilidad como la plebeya aspirina.

Ni aun siquiera es de invención rusa la doctrina marxista. Fue un filósofo alemán, Karl Marx. Pero cincuenta años antes de que apareciera el famoso Manifiesto Comunista (1848), ya Francois Babeuf, en plena Convención había propuesto un programa de siete puntos, inspirados en el "Contrato social" de Jean Jacques Rousseau, programa cuya ideología fuera, a su vez, desarrollada en el Manifiesto.

El Estado ruso se organiza por Iván el Terrible que es el primero en asumir el título de Zar. Con sus bayonetas y sus "voivodes" quiere extender sus dominios hasta el Báltico. Se lo impide empero, el rey Esteban Bothory, de Polonia. Así asoma en la historia el imperialismo moscovita. Huerto cerrado al Occidente, sólo bajo el reinado de Alexis Romanoff se establecen en Moscú los primeros ingleses y en Novgorod los primeros alemanes y suecos.

Corresponde a Pedro el Grande realizar el anhelo de Iván, de llegar al Mar Báltico. En el sur, engulle a la Ucrania y encadena a Polonia.

Muere a los 53 años tras un reinado de 43 años, caracterizado por un formidable esfuerzo por "occidentalizar" a sus dominios. Sus sucesores estarán a turno, bajo la influencia alemana, francesa o inglesa. Catalina II arrebatada a los turcos las bocas del Don y del Dnieper. Se anexa luego Crimea. Es ya dueña del Mar Negro. Su máxima aspiración futura: los Dardanelos, abiertos ahora a los navíos. Repartición de Polonia. Se apodera de Minsk, de la Volhynia, de la Padolia, de la Lituania y la Rusia Blanca. La línea Dwina-Dnieper son sus nuevas fronteras.

Hasta aquí llega el imperialismo ruso cuando sobre la historia aparece la silueta gigantesca de Bonaparte. En medio de sus guerras, el imperialismo moscovita sigue avanzando. Caen bajo sus garras Finlandia, la Besarabia y el Gran Ducado de Varsovia, creado en Tilsit por Napoleón.

Nicolás I, su sucesor, conquista el Cáucaso y el Turquestán. Se hace llamar "protector de los cristianos en los Balkanes". Alejandro II pierde la Guerra de Crimea, y tiene que aceptar la neutralidad del Mar del Norte y de los Estrechos; pero avanza más allá del Turquestán. Logra que se le reconozca la posesión de la Besarabia, de Batoum y de Karks. Sus sueños de conquista de los Balkanes tienen, empero, su fin en el Congreso de Berlín, de 1878.

El "nihilismo", negación de toda creencia, y que en Rusia tiene por objetivo la destrucción radical de las condiciones sociales, sin plan alguno para sustituirlas por un estado definitivo, se anota su primera víctima considerable en el zar Alejandro II.

Reacción vigorosa contra los nihilistas por su hijo y sucesor Alejandro II. Agitaciones proletarias. Movimiento revolucionario de 1905. Concesiones liberales: la Duma. Y al fin, la bandera del zar, del último zar Romanoff, ondea en Puerto Arturo. El avance imperialista ha llegado ya al Pacífico. Pero Puerto Arturo es la guerra: la guerra con la nueva potencia amarilla que acaba de asomarse a la civilización, y que tiene también sueños imperialistas. Mukden primero, y luego el desastre naval de Tsóu-shima obligan a replegarse al imperialismo ruso.

En 1917 ve Rusia a los ejércitos del Kaiser Guillermo de Hohenzollern llegar a Riga y ocupar Bukovina. La guerra lleva tres años cuando entra en acción Vladimir Ilitch, más conocido por su seudónimo Nicolai Lenin.

Rusia depone las armas y sella la traición a la causa de los Aliados con el Tratado de Brest-Litovsk. Lenin abandona los estados bálticos Finlandia, la Ucrania y Polonia; pero establece el régimen soviético bajo la dictadura del Partido Bolchevique.

Woodrow Wilson acude en salvación de la Democracia. Con el concurso de los ejércitos de los Estados Unidos, toman los Aliados la ofensiva en la Champagne,

en la Picardie, del Mouse al mar. Resultado: armisticio de Rothondes. El imperio alemán se desmorona. Se desintegra la monarquía dual austro-húngara. El águila bicéfala de los legendarios Hapsburgos emprende su último vuelo y se hunde en el panteón de la Historia.

La nueva Rusia, mejor dicho, la URSS seguirá desde entonces sin desvíos la ruta roja que le traza Lenin. Al renunciar a la guerra quedará debiendo a los Estados Unidos quinientos millones de dólares.

Mas es un hecho la dictadura del proletariado en el país de las estepas. Tras ocho años de luchas contra los koulaks, contra la acción franco inglesa, mientras Wilson, enfrascado en la batalla por la Liga de las Naciones, se lava las manos y deja de prestar a las dos potencias amigas el concurso que hubiera sido decisivo, la URSS es reconocida en 1925 por varias naciones. Al año siguiente, 1926, será México la primera república latinoamericana en hacerlo cuando era Presidente el general Plutarco Elías Calles. Stalin, agradecido, le envía como su representante diplomático a madame Alejandra Kollontay, una de las estrellas más refulgentes del Olimpo rojo.

Desde entonces el comunismo empezó a perfilar sus planes de conquista de las Américas, y comenzó a tender sus redes iniciales sobre los estudiantes y los obreros. De sus filas saldrán los futuros líderes. Uno de los pioneros será el cubano Julio Antonio Mella, a quien más tarde los propios comunistas por órdenes de Codovila —miembro de la dirección internacional del Komintern— asesinan en las calles de Abraham González cuando lo acompañaba su amante y colaboradora Tina Modotti, quien tendió la trampa para que lo mataran. Poco tiempo después, ella también fue eliminada por los mismos, para que nunca revelara el gran secreto de este crimen que por haberse achacado originalmente al dictador de Cuba, general Machado (mentira propalada por los mismos comunistas ase-

sinos) estuvo a punto de que se rompieran las relaciones diplomáticas entre México y Cuba.

Estados Unidos estorba a la URSS en sus planes de absorción física y política de todos los países, y por ello emprendió la guerra contra ese país, aunque nada tienen que ver las ideologías comunista y capitalista, sino la cuestión económica. Ambos países son imperialistas. Ambos tienen bajo su influencia a muchos pueblos débiles, subdesarrollados; aunque la URSS se ha engullido a naciones que estaban más adelantadas social y culturalmente que Moscú, como sucedió con Checoslovaquia, Polonia, una parte de Alemania, Yugoslavia, Bulgaria, Albania, Rumania; y físicamente los países bálticos Lituania, Estonia y Letonia.

En 1928 con motivo del VI congreso mundial de la III Internacional se dieron instrucciones a los partidos comunistas iberoamericanos para una ofensiva contra el imperialismo americano; o sea, contra los Estados Unidos. Estas fueron; y de las cuales, cuando me enviaron de la URSS a Venezuela, Colombia, Nicaragua y a mi patria México, me dieron copia-consigna:

"En la América Latina los comunistas deben tomar parte activa en todo momento y lugar en el movimiento revolucionario de masas dirigido contra el régimen latifundista y contra el imperialismo, aun allí donde este movimiento se encuentra todavía bajo la dirección de la burguesía. El Partido Comunista sin embargo, no debe en caso alguno, supeditarse políticamente a sus aliados temporales. Sin dejar de luchar por la hegemonía durante el movimiento revolucionario, los partidos comunistas deben en primer lugar luchar por la independencia orgánica y política de los mismos, persiguiendo como fin, convertirlos en partido dirigente del proletariado. Los comunistas, en su agitación y propaganda deben subrayar especialmente las consignas siguientes:

"1.—Expropiación sin compensación, y entrega de las

plantaciones y grandes latifundios a los braceros para el trabajo colectivo, repartiendo la tierra confiscada entre los campesinos, arrendatarios y emigrantes. (Estos son siempre rusos; y ahora chinos, cubanos, checos y de otros países satélites, para que a la hora del triunfo sean ellos los que tengan en sus manos la dominación política, social y económica. Tal es el caso de Cuba, y lo que quieren hacer en México.)

"2.—Confiscación de las industrias extranjeras y de las grandes empresas de la burguesía nacional y de los grandes terratenientes. (Cuando se hacen del poder, confiscan hasta las misceláneas y parcelas. Tal es el caso de Cuba, donde el Estado ya es el dueño no sólo de la conciencia y de la libertad [pues confiscó en primer término a la libertad y a la dignidad], sino que ahora hasta de los más microscópicos negocios, como son los puestos de legumbres en los mercados, y los "changarritos" donde sólo vendían maní [cacahuates].)

"3.—Anulación de las deudas del Estado, y liquidación de todo control sobre el país por parte del imperialismo yanqui. (La dominación debe transferirse a la URSS.)

"4.—Armamento de los obreros y campesinos y conversión del ejército en una milicia obrera y campesina; y

"5.—Instauración del poder de los consejos de obreros, campesinos y soldados en lugar del dominio de clase de los terratenientes y el clero".

Muchos de esos puntos —o mejor dicho todos— resultan atractivos para diversas gentes en los países bajo la propaganda comunista, y por eso logran adeptos. Se les atrae con ese quintuple engaño. La realidad es muy distinta. Por eso ahora Cuba gime bajo la bota de Moscú, que pesa demasiado.

La consigna que recibimos los agentes destacados en el extranjero es trabajar a los estudiantes, ganarlos a la causa aunque para ello haya necesidad de comprar sus

conciencias. Para tal fin se les atiborra de propaganda escrita y oral. Se les encandila confiándoles la dirección de los grupos, y para satisfacerlos a todos, se crean diez, veinte, o mil grupos si es necesario, para que sientan halagada su vanidad. Como los jóvenes son susceptibles de las ideas heroicas, se les calienta la cabeza, se les estimula su vanidad; y como el socialismo es una palabra romántica que atrae a todos los que se sienten apóstoles, caen en la trampa bien pronto.

A México ha destinado la URSS (y también China, Cuba y demás países satélites), mucho dinero para la compra de conciencia de los estudiantes. Hay agentes en la Universidad (en todas sus escuelas y facultades) en el Instituto Politécnico Nacional, en las Escuelas Normales (la Nacional de Maestros y la Normal Superior) en las Normales Rurales diseminadas en la República, en las escuelas agrícolas, en las Universidades estatales y en los tecnológicos.

La inversión de dinero en maestros es cuantiosa.

Yo recuerdo que delante de mí se hizo este comentario en Moscú:

—¡Cómo nos está resultando costosa la conquista de la juventud mexicana! Millones van, y poco se consigue. ¿Qué ocurrirá? ¿En dónde estará la falla?

La mayor suma la gastan en catedráticos del IPN y de la UNA. A fin de no despertar suspicacias, pues el desfile de maestros por la caja de la Embajada rusa en México sería tan largo como la "cola" que hacen en los cines cuando la película es buena, se ha repartido el gasto entre las embajadas de Cuba, de Polonia, Checoslovaquia, Rumania y aun de países árabes que aunque no son comunistas, se prestan para hacer la compra de conciencias universitarias.

No extraña, pues, que en todas las algaradas estudiantiles esté la dirección en manos de los agitadores comunistas; entre los cuales se tienen grupos como la Liga

"Espartaco", la Confederación Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) y la Unión de Estudiantes Socialistas, la CJM, la Federación de Estudiantes de las Escuelas Normales de la República; y la de Estudiantes de Escuelas Agrícolas.

Cualesquier pleito callejero entre estudiantes debe aprovecharse para que crezca y se obligue a la intervención de la policía, a fin de acusar al Estado, de enemigo de la juventud. Se debe fomentar la división entre los grandes centros de cultura (como por ejemplo la UNA y el IPN), a fin que choquen, y el Gobierno imponga el orden. Entonces los agentes comunistas realizan la unión de los dos rijosos, y hacen causa común contra el Estado.

CHIHUAHUA

El asalto al cuartel ocurrió en un pueblo que primero se llamó San Pedro, y al que se agregó más tarde "Madera", porque es centro de las más grandes explotaciones forestales. Ahora ya no se le dice San Pedro, sino a secas Madera.

Eso queda en Chihuahua.

Por ello, hablaremos de esa entidad, aprovechando la lección de geografía que da en el comienzo de su "Gran Mentira" que llamó "Madera" y que yo llamaría "Historia de una horrible infamia", o "El crimen que quiso ser perfecto" y que escribió José Santos Valdés, conocido como "Jueves" en las secretas reuniones del comunismo mexicano.

Chihuahua es la entidad más extensa del país. Sus 247,087 kilómetros cuadrados abarcan un territorio superior al de muchos países de nuestra América y Europa.

Al mismo tiempo —gracias a extensión tan vasta que abarca desde el meridiano 103 al 109 y desde el paralelo 25 al 32—, ofrece las más variadas situaciones humanas engendradas en una geografía complicada; como que va desde las llanuras que se inician por el sur en Zavalza, el desierto que propiamente es el Bolsón de Mapimí hasta Ojinaga, y los pedazos de Sahara de Samalayucan hasta los valles espléndidos de Jiménez, Camargo, Delicias, Allende y las elevadas tierras de la Sierra Madre Occidental, cuyo pico más alto es el Cerro de Hahinora o de Muignora como también se le dice, y que se eleva 3,992 metros sobre el nivel del mar.

Chihuahua representa el 12.53% del total del territorio nacional; y en el caben decenas de veces algunas otras entidades como Morelos, que se puede acomodar cincuenta veces, y Aguascalientes cuarenta y cuatro.

La estepa chihuahuense hace al humano la vida dura, pero no imposible. Aun dentro del mismo Bolsón de Mapimí, hombres y animales sobreviven. Los valles son una delicia para los ojos y verdaderos paraísos serán cuando la Revolución Mexicana culmine su espléndido programa en ese enorme confin.

Sus ríos, que resultan escasos dentro de la extensión (realidad que impide considerar si su distribución es buena o mala), llevan las aguas de sus áreas de escurrimiento hacia el Pacífico, cruzando y beneficiando antes tierras de Sonora y Sinaloa; hacia el Golfo de México por el cauce del Río Bravo y a la llamada vertiente interior cuyas lagunas no figuran entre las importantes del país.

Sus ríos principales son el Bravo, que sirve de límite con Estados Unidos, y en el cual desemboca el Conchos, cuyas aguas escurren de una cuenca de 21,367 kilómetros cuadrados, por área precisada en dos de sus estaciones hidrométricas: Conchos y Burras. Los escurrimientos máximos fueron aforados en las dos estaciones de referencia y en su mayor parte cruzan la estepa y van a desmi-

bocar en el Bravo. Los aforos dieron en Las Burras un gasto mínimo de 296 metros cúbicos y un máximo de 2,200 metros cúbicos.

El San Pedro, que se une al Conchos, tiene una cuenca de 10,750 kilómetros cuadrados; un gasto mínimo de 116 metros cúbicos, y de 1,400 al mayor. Todas esas aguas van en un largo viaje de centenares de kilómetros hasta derramarse en el Bravo.

De la vertiente interior dos pequeños ríos van a desembocar a las lagunas de su nombre: Casas Grandes y El Carmen. El primero con escurrimientos de 35.1 millones de metros cúbicos y el segundo 42.4 millones.

Los ríos y arroyos afluentes que bajan de la Sierra Madre al Pacífico constituyen el origen de tres grandes ríos: el Yaqui y el Mayo en Sonora, y el no menos famoso El Fuerte, en Sinaloa. Chihuahua cuenta por consecuencia, con escasas aguas fluviales que aún no han sido aprovechadas cabalmente, aunque ya son muchos los sistemas de riego, represas y sistemas derivadores que ha hecho el Gobierno, porque el presupuesto mexicano aún padece severas limitaciones.

Ahora que me ha tocado en suerte hacer vida libre en México he podido medir el esfuerzo de su gobierno como intérprete de la Revolución de 1910, para dar prosperidad y ventura al pueblo. Eso contesta la angustiosa pregunta que se hacían en Moscú:

—¿Cómo nos está resultando costosa la conquista de la juventud mexicana!... Millones van, y poco se consigue. ¿Qué ocurrirá? ¿En dónde estará la falla?

La respuesta es clara:

En que la Revolución Mexicana —anterior a la Rusa—, es humana y es acertada; en tanto que la rusa es asesina y esclavista. Yo he visto —“con estos ojos que han de devorar los gusanos cuando muera”, como decía mi padre cuando yo era un adolescente alumno de la Secundaria “Moisés Sáenz”— el esfuerzo del régimen mexicano para

dotar al pueblo de escuelas, grandes y pequeños caminos, obras de grande y pequeña irrigación, centros de alta, mediana y primaria cultura, centros sanitarios y asistenciales, régimen de garantías, empeño en que todos disfruten de libertad y de justicia, diversiones bellas y honestas y prácticas democráticas en la selección de sus dirigentes.

Hay brotes de descontento, como en todos los países de la tierra y en el seno de todos los hogares; pues la condición humana propicia disgustos hasta porque vuela una mosca; cosa que hay que achacar a alguien. Pero descontento popular como por ejemplo existe en los países dominados por el comunismo, eso sí que no. Las cosas no pasan de una fugaz intervención de gendarmería por una vez.

Es tanta la libertad, y es tan grande la generosidad de sus altos mandatarios, que pude advertir casos como el de los normalistas rurales de donde salieron mis compañeros de la trágica aventura de Ciudad Madera, que al iniciar su gobierno Díaz Ordaz le hicieron una prolongada huelga, y no sólo no los molestó ni aplastó, sino que los colmó de bienes. La repitieron dos años más tarde, y los beneficios que les otorgó son tantos, que superó sus más audaces demandas. Y el caso de José Santos Valdés “Jueves”, que él mismo relata en su libro.

Conspiró para que el licenciado Gustavo Díaz Ordaz no llegara a la Presidencia de la República; incluso, si era necesario llevar a cabo el magnicidio. Naturalmente que José Santos Valdés no iba a ser el realizador, sino el inspirador. (Tira la piedra y esconde la mano; tal cual en Madera.) Los ejecutores iban a ser dos alumnos de Salaiques. Eso fue en abril de 1964. Voy a cederle la palabra, aunque cuente las cosas a su modo rehuyendo como siempre su participación. Es “el gran inocente”:

“Los días que el entonces candidato a la Presidencia de la República pasó en Chihuahua, yo estuve trabajando

en Aguascalientes, Zacatecas y Guanajuato. El 9 —sí— mal no recuerdo— fui llamado urgentemente a Atequiza, Jalisco, y comisionado a El Quinto Yemóvari, Son., y a Mexicali porque los alarmistas hablaban de conspiraciones, motines; y en ningún caso encontré algo que justificara tales informes. Pero el acta, pese a lo descabellado de su contenido, fue enviada a la ciudad de México; y cuando regresé el 27 o el 28 de abril del mismo 64, los mismos políticos hicieron circular en los corredores de la SEP una versión: yo sería expulsado del país...

"Sobró quien me informara sobre la existencia del acta, y me aconsejara hablar con el político fulano, con mengano, y perengano; pero no lo hice. Esperé a diciembre, y fui directamente a donde procedía ir; y allí —cuando menos eso me dijo— supe que el señor Díaz Ordaz me aconsejaba vivir tranquilo. No habría represalia alguna en mi contra". (¿Qué habría ocurrido en la URSS si Lenin, Stalin, Krushchev o Breznev hubieran descubierto el complot para asesinarlos? Al "camarada Jueves" lo habrían convertido en talco. Igual le habría ocurrido si hubiera planeado matar a Mao, a Fidel, o a cualquier funcionario menor de la jerarquía roja. En México, el Presidente Díaz Ordaz no sólo no molesta al conjurado magnicida, sino que le dice que esté tranquilo; y lo deja en su trabajo, mejorándolo de condición.

Pero la gratitud de los comunistas es muy singular. ¿Cómo correspondió José Santos Valdés? Pretendiendo incendiar el país con una revuelta roja que inició en el cuartel de San Pedro Madera.

¿En qué parte de la tierra hay una Revolución tan generosa que produce Siervos de la Nación y no dictadores? ¡Sólo en México!, que para mi vanidad, es mi tierra y la de mis mayores.

Seguiré con la clase de geografía sobre Chihuahua para delimitar el territorio que fue motivo de este libro: ¡Madera!

Un mapa nos muestra los sistemas de riego como manchas alargadas, desplazándose por el centro de norte a sur; Casas Grandes, San Buenaventura y El Carmen; y las manchas además de largas se vuelven anchas, en el centro de la línea con los sistemas de Delicias, Meoqui, Rosas y Julimes, mancha que se completa con la lombriz en arco que configura el imponente sistema Camargo. Más al sur, casi pegado al territorio de Durango está el sistema de riego de las Villas de Coronado y López. Las distancias que los separan son de decenas y centenas de kilómetros; dejando entre ellas grandes extensiones de llanuras secas o de montañas, en las que no puede todavía prosperar la agricultura y la ganadería.

Además, Chihuahua tiene varias presas —embalses; uno tan grande como el de La Boquilla— y decenas de miles de hectáreas son regadas con las aguas que almacena. En Chihuahua todo es grandioso. La Naturaleza ha sido pródiga: creó allí junto a la estepa de pastizales abundantes en épocas de lluvias, los médanos de Samalayucan, y la aridez escabrosa de muchos cerros talados hasta el límite, fuente de recursos que pronto serán utilizados para hacer la felicidad de no sólo el millón y medio de habitantes de Chihuahua, sino de cinco millones más. Agricultura, ganadería, metales, bosques, caza, pesca, de todo hay en esta tierra cuyo nombre se vuelve interjección de protesta hasta en el lenguaje de los niños.

También hay objetos geográficos que ya se estudia la forma de aprovecharlos como fuente de ingreso proveniente del turismo y por lo mismo de actividad remunerada para quienes viven en Chihuahua:

a).—Camargo cuenta con aguas radiactivas y peces codiciados.

b).—En uno de los afluentes de lo que se llama más adelante el Río Mayo, existe un salto de agua de maravilla. Es uno de los más grandes del mundo. Imponente y bello salto, en el que el agua cae de 311 metros de

altura. Hace mucho que debería estar produciendo energía eléctrica y atrayendo viajeros. Antes que el actual régimen concluya, según oí decir, será centro de turismo y central eléctrica.

c).—Es famosa, legendaria mejor dicho, la belleza de la imponente maravilla que lleva por nombre Barranca del Cobre. Arriba nieve y frío, cedros, robles, pinares; y abajo calideces, y los productos del trópico.

d).—Chihuahua cuenta con centros mineros que le dieron categoría señera en México y en el mundo. Parral, Santa Bárbara, San Francisco del Oro, fueron junto con el de Naica y otros más, nombres mágicos para atraer a hombres de empresa, a hombres en busca de trabajo y a toda clase de seres humanos, incluyendo hasta los aventureros o gambusinos. La plata, el plomo, el cobre, el zinc, daban riqueza, e hicieron muchas fortunas desde los tiempos de la Nueva España. Siguen siendo fuente de riqueza que da trabajo a miles de obreros.

Un territorio tan grande con llanuras, desiertos, valles cuajados de árboles que son un regalo para la vista; con montañas boscosas y una altura media superior a los 1,200 metros, y donde se encuentran alturas que van de los 2,000 a los casi 4,000 metros sobre el nivel del mar tiene forzosamente que registrar variedad de climas. Veranos ardientes en la estepa y el desierto, e inviernos con temperaturas de 20 o más grados bajo cero. Zonas frías que sólo distinguen las estaciones por las aguas frías del verano, y las aguas heladas del invierno.

Un territorio así tiene variedad de productos vegetales. Algodón, maíz, frijol, trigo, sorgo, que su agricultura produce. Lechuguilla, guayule, candelilla y bosques de pinos que la Naturaleza ofrece. Sandías melones y calabazas en abundancia. Árboles frutales de afamada producción, piñoneros, nogales, manzanas, durazneros, membrillos, perales, parras y otras frutas sabrosas y raras todavía en el país como el níspero de Valle de Allende.

El algodón chihuahuense es tan famoso en el mundo como su trigo, que permite a los de aquella entidad comer el pan oloroso y tibio de sus tahonas. Los productos agrícolas y los metálicos emprenden camino al sur y también al norte. Pagan mejor y rinden buenas ganancias las uvas, los melones, manzanas, algodón, el ixtle y la cera de candelilla cuando se venden en dólares.

Como puede verse, hay muchas fuentes de riqueza que los regímenes de la Revolución han mejorado y acrecentado. No hay el hambre que presentan los que quieren justificar aventuras guerrilleras. Se muere de hambre el holgazán. Al que quiere vivir, le sobran oportunidades en todo el Estado. Por eso el asalto al cuartel de Madera se intentó con profesores catequizados y no con campesinos. Y los profesores no podían tener hambre porque disfrutaban de un salario garantizado que si no es espléndido, es mejor —once veces más alto— que el que ahora paga Cuba, y tres veces y media mejor que el de los mentores rusos en el campo. Tienen los maestros rurales mexicanos el diario sustento asegurado. Con lo de Madera, insisto, sólo se trató de hacer ruido. Justificar el dinero que mandan los países comunistas para enrojecer a México, y hacer que las guerras que los imperialismos rojo y amarillo libran en otras regiones del mundo tenga en México su campo de batalla.

Lo que buscan es que en vez de que los horrores de la guerra los sufran en Vietnam, ese mal lo padezcamos los mexicanos en nuestra tierra en una intensidad aún no conocida en los peores sitios de lo que la Cochinchina. Se busca provocar a Estados Unidos para que se desplace sobre México, nos invada, y entonces "acuda la URSS en nuestra defensa, y nos hagan pedazos entre los dos, en una guerra que no será jamás nuestra".

He hablado con claridad y con la mano puesta sobre el corazón.

Este trabajo adolece de errores, pues yo he sido agitador profesional, provocador de conflictos en diferentes países, aleccionado en las escuelas especiales de Moscú, Leningrado y Smolensk. Yo no he sido escritor, salvo para manifiestos y panfletos que tenía que preparar en los diversos idiomas que aprendí; y que eran indispensables para hacer proselitismo en favor de Moscú, y para generar conflictos aprovechables para la propaganda roja. Libros, eso sí que no he hecho nunca uno. Por eso siento que éste adolece de atropellamiento y de mala distribución de su material. No me importa. He querido decir mi verdad, mis muchas verdades, y no importa que una vaya antes, y la otra después. El orden de los factores no altera el producto.

A través de mi penosa experiencia de 27 años como agitador internacional comunista, he comprobado que en América Latina hay políticos insospechables de simpatía hacia el régimen de Moscú, o al de Pekín o La Habana, militares que abominan del comunismo, y que no vacilan en declararlo fuera de la ley; hombres de izquierda honestos pero ingenuos son posibles de transformarse en cooperadores, consorcios vergonzantes, o protectores amigables de los comunistas. La carencia de firmes principios políticos les hace concebir la monstruosa ingenuidad de que en un momento, ellos pueden utilizar y aprovechar los servicios de los comunistas, sin ser aprovechados por éstos, y sin que el comunismo eche raíces, organice fuerzas subterráneas, y conquiste posiciones de las que no será luego arrojado fácilmente.

En América Latina falta clarividencia en muchos Gobiernos para ponderar y adquirir una clara visión de la verdadera magnitud del peligro comunista. Falta voluntad de resistencia, sobran actitudes interesadas, complacientes y culpables. Falta la combatividad que se ha hecho

ya imprescindible para hacer frente, en forma total y con recursos totales, al más grande peligro que haya amenazado a la humanidad desde que salió de la húmeda oscuridad de las cavernas.

Faltan limpieza honorable y consecuencia democrática en gran número de países de la América Latina. Es fantástico que se pronuncien solemnes anatemas contra la dictadura en la URSS, en China, en Cuba y otros países mártires, y que se amparen villanas dictaduras, como las que imperan en muchos países del hemisferio.

El mejor colaborador del quintacolumnismo ruso, chino y cubano es el despotismo de muchos gobiernos indoamericanos. Y lo que indigna a los pueblos, lo que les subleva y les induce a otorgar sus simpatías a la propaganda soviética, es la indiferencia en unos casos y el amparo moral en no pocos, que las naciones democráticas del Hemisferio otorgan a las dictaduras y a los dictadores.

Una sincera y eficaz lucha contra el comunismo en América exige en primer término, respeto por la opinión pública y por la libertad de los ciudadanos; exige acerada consecuencia hacia las normas y la vida democráticas; observancia austera de principios, que si deben ser defendidos con la sangre y con la vida, deben ser inalienables.

Los pueblos de nuestra América de habla española no se convencen, no podrán ser convencidos de las ventajas que trae para el hombre el sistema democrático de vida, no lograrán ver con claridad la disyuntiva y la oposición entre la tiranía soviética y la democracia occidental mientras comprueben que al propio tiempo que condena la opresión rusa, se bendicen y se saludan como democráticos procedimientos inicuos, ejecutados con cinismo y con brutalidad por varios de los dictadores que padece América Latina.

Los pueblos del sur del Suchiate hasta la Tierra del Fuego, incluyendo las islas que hoy son naciones en el

Caribe, no comprenden por qué la lógica política y moral ha de ser transvertida de modo tan grosero, tan sólo porque se cruza el océano: no comprenden cómo la dictadura puede ser abominable en Rusia, Alemania Oriental, Polonia, China, Bulgaria, Hungría o Albania, y cómo acá esa dictadura ha de ser buen método de gobierno, ensalzado en pomposos discursos diplomáticos en las tierras de este Continente.

A causa de semejante confusión ideológica y práctica, el sentido sencillo, honesto y simplista del hombre del pueblo no quiere ver una lucha entre democracia y tiranía, sino sólo como la pugna feroz entre dos potencias igualmente fraudulentas. Por esto no habrá lucha eficiente contra el comunismo si no hay al propio tiempo práctica sincera de libertad y democracia.

En gran número de países de nuestra América española falta conciencia lúcida del peligro. Florecen las peores formas de apaciguamiento y la más estafalaria fauna de apaciguadores. Se rehusa aceptar la aplastante y compacta conclusión de los hechos de nuestros días.

No sólo es que Rusia quiere la guerra, prepara la guerra, está movilizada para la guerra, está desarrollando ya su propia manera de hacer la guerra, sino que hoy, antes y mañana, el comunismo es la guerra.

* * *

Desde hace muchos años un grupo de empecinados quiere transformar los sistemas democráticos revolucionarios mexicanos, sustituyéndolos por los empleados en Rusia y sus satélites.

Los que conociendo las tragedias que viven los países sometidos a regímenes comunistas, persisten en trastocar el orden en México lo hacen para ser ellos quienes tengan el mando de la nación, aunque como Castro Ruz, siempre supeditados al amo del otro lado del mar. Y los

que simpatizan con el comunismo y se adhieren encandilados por la propaganda, lo hacen porque no conocen el infierno rojo. Piensan que cuanto de mal o de verdad se dice, es falacia o propaganda del imperialismo yanqui.

He platicado con comunistas mexicanos, guatemaltecos, cubanos, venezolanos, colombianos, nicaragüenses y de otras latitudes que han ido "al paraíso del proletariado" y vienen confusos, pues no pueden hacerse a la idea, así de golpe y porrazo, que estuvieron soñando con un edén cuando en verdad es un purgatorio. Lentamente se han desintoxicado algunos, y acaban por renegar del mal momento en que soñaron para sus patrias el encadenamiento y la muerte de su libertad y de su dignidad.

Yo he vivido largo tiempo en la URSS.

No tiene secretos para mí el comunismo internacional porque se me adiestró para propalar sus mentiras. Nada más que llega el momento en que se impone la verdad porque uno la ve o la disfruta, y entonces no hay disciplina capaz de mantenernos bajo ese signo de indignidad.

El gobierno de Moscú esclaviza a millones de ciudadanos de un gran imperio, sostenido por las bayonetas; ellos no tienen satisfacciones materiales, ni tienen, como todos los demás hombres del globo terráqueo, la alternativa de elegir un camino de libertad. Polonia, Hungría, Ucrania, Checoslovaquia, Bulgaria y Alemania Oriental no son los únicos territorios coloniales, aunque es allí donde más y con mayor claridad se manifiestan los métodos del Partido Comunista para mantenerse sobre poblaciones que le adversan.

Las escandalosas luchas de poderío entre la URSS y la China Comunista; la violenta campaña de injurias contra Albania; y ahora contra Checoslovaquia porque está liberalizándose, sacudiéndose la tutela y retornando a la libertad; ese juego a ratos habilidoso y a ratos violento contra Yugoslavia, las intromisiones contra el gobierno de

Rumania, la criminal cercenación del territorio de Alemania, las brutalidades en Berlín, la constante política de chantaje atómico, la humillante situación creada en Cuba a consecuencia de las aventuras y provocaciones soviéticas, son evidencia de la incapacidad del comunismo para encontrar la solución justa, generosa, humana, asentada en la razón, y en la paz para el desarrollo de la sociedad y sus beneficios, que en cambio México halló desde el 20 de noviembre de 1910 con la Revolución que iniciaron Francisco I. Madero, Francisco Villa y Emiliano Zapata; y que una vez hecha gobierno ha superado sus etapas y mejorado aún los más caros sueños de quienes dieron su vida al grito de: ¡Tierra y Libertad!

El caso de Cuba prueba a los latinos que la URSS no puede absorber nuestros productos económicos, ni ayudar a nuestro desarrollo, sino bajo condiciones políticas intolerables, y eso, muy precariamente. Prueba también que la Unión Soviética no puede comprender nuestros conceptos sobre la libertad individual y sobre la soberanía de los Estados. Cuba es un campo destruido por las maniobras políticas soviéticas poco edificantes, que han puesto en ridículo al siniestro payaso barbón de la Sierra Maestra, del "bogotazo", y del cuartel Moncada.

Mao Tse Tung se proclama el verdadero intérprete del comunismo y mete su cuchara en México, y en distintas naciones de América, Asia, Oceanía, África e incluso Europa; como en la reciente crisis obrero-estudiantil de París que bamboleó al general De Gaulle.

Veamos al comunismo chino. Es inhumano. Sus métodos son bestiales para dominar a las poblaciones chinas; el quebrantamiento de la economía, el hambre en las ciudades, en los campos, la falta de libertad. "El capitalismo necesita de la guerra para vivir", han dicho los comunistas. Y a la inversa, los comunistas chinos aseguran que necesitan de la guerra para no dejar de existir. Eso es un sofisma. Los hechos demuestran que los regimenes comu-

nistas sobreviven al odio de los pueblos gracias a la guerra y porque amenazan al mundo con sus fechorías. El Partido Comunista Chino —con todo y el libro rojo de Mao—, con su poder y experiencia, no es capaz de superar en lo fundamental el atraso físico y moral de China. Para mantener su dominio acude a la conquista de nuevos territorios, como el Tibet; y lanza sus ejércitos sobre la India, pisoteando sin escrúpulo las resoluciones de coexistencia pacífica de la conferencia afroasiática en Bandung.

No sustenta ningún principio real. Ha divinizado a Mao, hasta el ridículo. Los enamorados en vez de hablarse de amor, deben comentar elogiosamente el pensamiento de Mao; y hasta para que el arroz resulte más esponjoso y rico, hay que cocinarlo pensando en Mao.

Por eso, ahora que conozco la libertad; que he visto a un pueblo realmente civilizado y pujante, porque es libre y revolucionario, como es México, no concibo ni perdono que gentes como Marcué Pardiñas, Rico Galán, Jacinto López, Demetrio Vallejo, Valentín Campa y otros más como el "camarada Jueves" José Santos Valdés, quieran victimar a México y hacerlo un cerdo más de Moscú, al estilo Cuba.

Por eso, al igual que Arturo Gámiz García, digo también:

¡QUE POCA MADRE TIENE JOSE SANTOS VALDES!

